

SELECTA

REVISTA MENSUAL, LITERARIA Y ARTISTICA

Año I.—Núm. 11

EMPRESA ZIG-ZAG
EDITORES PROPIETARIOS

Santiago de Chile, Febrero de 1910

DIRECCION:
CALLE TEATINOS 666

Precio: 1 peso



EL BAÑO DE LA NINFA

CUADRO DE EDWARD J. POYNTER

HECHOS Y NOTAS

EL verano se ha dejado caer sobre nosotros en oleadas que sacuden la atmósfera con soplos de fuego. Los árboles inmóviles, con sus hojas polvorientas, piden al cielo gotas de agua que no vienen. La tierra no puede proveérselas, pues apenas el agua que tenemos en Santiago alcanza para la bebida, pero no hace mucha falta á los hombres que usan, de preferencia, el alcohol, á pesar de la Liga y las patentes.

La fuerza enervante del calor ha llegado á tal punto que bien se puede repetir entre nosotros la frase del andaluz desembarcado en Río: "Aquí el calor es tan fuerte que las gallinas suelen poner los huevos fritos..."

Y, como sucede siempre en este tiempo, se ha producido, de golpe, la emigración veraniega. Todos se van; huyen á las playas de la costa en busca de un soplo de aire fresco, á pesar de que para frescuras nos bastaría con las que diariamente suministran los honorables del Poder Legislativo. Pero así lo exigen las dulces tiranías de la moda. Es preciso gastar un sentido en los hoteles, y alquilar casas de á dos mil pesos mensuales, y llevarse un coche á Viña, como si el gasto ya no fuera suficiente. Comienza en las estaciones de balnearios la irritante competencia del lujo, el afán de presentarse como príncipes, de lucir trajes las mujeres, y dar "lunch" con champaña los hombres, y de tirar la casa por la ventana, aparentando lo que no se tiene.

Es de figurarse, dentro de la vida actual, la existencia de un padre de familia con hijas casaderas, obligado á llevarlas á un balneario de moda, en exhibiciones de elegancia, con victoria puesta en Viña y caballos ingleses más costosos que una dote. Es un suplicio que no supo adivinar el Dante en su Infierno. Y si el desgraciado contemporáneo nuestro es de aquellos que venieron ó hipotecaron su fundo para comprar ganaderas sin ganado ó auríferas sin oro, en la fiebre loca de negocios de la época del resurgimiento; si es de aquellos que se creyeron millonarios y que lo fueron por un día, la cosa es más grave. La idea de lujo y de fortuna ha penetrado en los cerebros infantiles de sus hijas, y junto con eso, la creencia de que necesitan exhibirse en un marco dorado para encontrar marido. Es que vivimos en una época de engaño en que nadie se resigna á mostrarse realmente como es y con lo que verdaderamente tiene.

Se considera necesario arrojarse polvo de brillantes á los ojos, exhibirse con gran tren, y se produce, involuntariamente acaso, la comedia del engaño mutuo. El joven, tan galán, que parece un figurín de modas, no es, en la mayoría de los casos, dueño de sí mismo: todo pertenece á otro, las prendas de vestir al sastre, las camisas á su camisero, los zapatos á la tienda respectiva. Cuanto lleva puesto lo debe, y como decía un tunante, con cierta filosofía, no hay que pagarlo porque "el deber es sagrado".

Cierto hombre de negocios, amigo mío, ha mejorado la fórmula. "Nunca pago las cuentas viejas, decía... y las nuevas las dejo envejecer... para que se parezcan á los vinos".

El galán se dirige á casa de un pariente, en Viña, y en último caso, al hotel, con equipaje imponente, y en la noche "trabaja" en el tapete verde, para saldar su cuenta. Lo mueve, sin duda, un propósito honrado. (En la mañana irá á la playa, no para bañarse, lo que juzga un exceso, sino para ver gente y divisar á la virgen de sus sueños, esperándola con toda la paciencia del cazador experto. Y llega, en victoria, regiamente puesto. El papá se pone á disertar sobre la cosecha y sobre el fundo, en presencia del joven elegante que luce, por primera vez, un completo gris y un panamá con el ala parada, préstamo bastante oportuno de un amigo, y una corbata de color resodá que basta para encender en dulce fuego el corazón de la muchacha. Los pantalones doblados y el chaleco á listas completan la obra de seducción traidora.

Ambos se juntan, mutuamente atraídos... ¿De qué hablarán? No hay que vacilar; del tiempo. Es un terreno fácil y agradable, y el menos comprometido, pues no hay peligro de planchas. Peor sería que el joven preguntara: "¿quién es esa gorda sonriente parecida á un perro de aguas", y que le contestasen: "Es mi tía..." El inventor de las frases sobre el calor ó el frío, merecería una estatua de brillantes, la cruz de la Legión de Honor y el Premio Nobel.

El muchacho ha producido buen efecto, se le juzga discreto, no dirá jamás locura alguna, puede llegar á Ministro, y acaso morirá dentro de un traje de senador de la República, pagado con la herencia de su suegro.

Este, por el momento, se la pega igualmente á su futuro yerno. El fundo de que habla es de rulo y de terreno malo, situado en unas serranías á las cuales sólo podrían llegar águilas. Pero sabe hacer la parada con su cosecha, con los trajes de las niñas y su aire seguro y tranquilo de banquero.

Más, ese afán de engaño no es cosa muy nueva. Ya en tiempo de nuestros abuelos se hablaba de aquellas familias que se despedían para el campo, arrojaban puñados de paja en el zaguán y en la puerta, cerrándola cuidadosamente, y encerrándose por toda la temporada. Habían salido á veranear, al último patio. Sólo cuando habían temblores ó incendios se verificaban las llegadas repentinas.—"¡Cómo te apareciste, hijita!—Si llegamos anoche...—¿Juntito con el temblor?...—Así no más es. Mi mamita lo adivino porque á la Juana se le quebró el espejo.—Algo malo debía de suceder".

La vanidad humana obliga al mundo á vivir en sainete. Debían ser agradables aquellos tiempos sencillos de antaño, en que los hacenda-

dos chilenos hacían viajes en birlochos ó llevaban á sus familias en carreta. No tenía entonces la existencia esa monotonía irritante del progreso, del viaje en tren rápido, dejando pasar los paisajes por la ventanilla del vagón, sin tiempo para detenerse á contemplarlos. Antaño se llevaba en la carreta fiambres y provisiones como para un picnic, y no faltaban tañadores de guitarra, ni canciones melancólicas ó alegres. El viaje era un paseo, á veces un poco largo, pero lleno de encanto y de sabor silvestre, en el cual el hombre se embecía en la contemplación de un paisaje, en que existía más íntima comunión con la naturaleza y con la sencilla verdad de las cosas. Ahora mismo, los viajes en automóvil, al través de la Europa, tratan de resucitar aquellos tiempos, de dar más reposo á las facilidades de la contemplación de un viaje.

Aunque no lo queramos, por distinto camino volvemos á lo antiguo y encontramos que debía existir algo deliciosamente ingenuo en los placeres olvidados del tiempo viejo.

★

Y ya que hablamos del tiempo viejo, es justo recordar que se acerca la celebración del centenario de nuestra independencia, de la gran época gloriosa que rápidamente se hunde en la penumbra de la historia. Son las bodas de oro de nuestros recuerdos, las páginas más hermosas y puras de nuestra vida. El pasado nos domina á pesar nuestro. Los muertos nos gobiernan, según la expresión de Heriberto Spencer; los muertos mandan. Una parte del alma de las generaciones que ya son polvo, continúa viviendo en medio de nosotros, nos transmiten sus preocupaciones y sus gustos, junto con instituciones añejas y gerarquías basadas sobre antiguas costumbres y razones sociales, que ahora no obedecen á los motivos que las originaron.

La antigüedad vive en medio de nosotros y el espíritu nuevo se infiltra, lentamente, con las nuevas líneas y las nuevas modas, en el traje y en el pensamiento, en las costumbres y en las maneras diversas de sentir y de interpretar la vida.

En el año último, con motivo de la celebración del centenario de nuestra Independencia, se llegó á concebir una idea interesante: la de una exposición histórica de la Colonia. Allí se reunirían los restos dispersos de las épocas pasadas, fragmentos de la conquistista y de la Colonia, muebles, armarios y cajadas talladas, viejos taburetes, sillones de cuero, cajas incrustadas y baules de cuero, en los cuales se encerraban las galas de un matrimonio. Veríamos las cornucopias del siglo dieciocho, los santos esculpidos en madera, las viejas mesas Luis XV, las cómodas incrustadas, los muebles Imperio, los cacharros de loza, y las rejas laboreadas de hierro de Viscaya. Nos hablarían de la conquista esas espadas toledanas, cortas y anchas como las de los Romanos, con las cuales pelearon nuestros abuelos en las campañas homéricas de Arauco, tan noblemente cantadas en los versos de Don Alonso de Ercilla y Zúñiga. Las peinetas de teja, de porte descomunal, los abanicos de pintada cabritilla, las miniaturas, nos traerían la imagen graciosa y risueña de mujeres bellas que danzaron la pavana y el minué, de mujeres que fascinaron con sus ojos negros ó azules y sus cabellos rubios á generaciones desaparecidas hace más de un siglo. La clave, con sus cuerdas rotas, nos traería el eco de otras canciones y de otros amores muertos, de juramentos y de ensueños desvanecidos en la sombra de un pasado lejano.

¿Por qué se ha detenido y paralizado la hermosa idea de la Exposición Histórica del Centenario?

La moda de lo antiguo ha vuelto. Ya no existen en Europa, ni en los Estados Unidos, salones que se precien de elegantes en los cuales no aparezca la resurrección del mobiliario antiguo, del cuadro de tonos vetustos del bibelot de vieja Sajonia ó de Seves. Las vitrinas ostentan miniaturas y abanicos, porcelanas y peinetas. Sobre los sofás y los biombos desfilen sus tonos pasados las sedas y tapices de rosa vieja, de verde ó azul marchito. Las enormes fortunas imponen la manía de las colecciones de cuadros de alto precio y de objetos centenarios, con tanta exigencia como los automóviles y los yachts de placer. La reunión de objetos antiguos es hoy día mucho más que un capricho de fantasía pasajera; es una ocupación grave y absorbente, carrera delicada y exquisita á la cual dedican algunos su fortuna y su talento, su gusto sabio y delicado, su inagotable paciencia. Para apreciar el arte de un viejo Cristo de márfil, de un esmalte limosino, de una porcelana rara, de un arma bella, se necesita alma de artista, gusto quintesenciado, refinamiento espiritual. Eso no podrían comprenderlo nunca esos advenedizos que todo lo cifran en la posesión del dinero. El anticuario de buena cepa tiene algo del adivinador ó del zahorí. Necesita comprender la belleza de esas cosas, de las cuales la vida se retira. Las necesidades que crearon esas cosas, esos objetos raros, desaparecen, pero el objeto antiguo les sobrevive y las explica. Y cómo las multitudes y los ignorantes jamás alcanzarán á comprender el sentido oculto y divino de los objetos viejos y de las costumbres muertas, solamente los escogidos irán á ellas, á desentrañar el adorable secreto de las épocas muertas.

En otros siglos, ciertos artistas escogidos desentrañaban el misterio de una sociedad y de una raza, construyendo alguna catedral maravillosa, un elegante "campanile", cincelando un caliz, como Benvenuto Cellini, ó los botones de un traje, ó el puño de una espada, ó bien bordaban de manera primerosa la casulla de un Pontífice, de un abate ó de un alto dignatario de la iglesia. Y

como dice un escritor, esos artistas poseían un sentido local muy fuerte y netamente visible á los ojos del espíritu. Pintábase el ardor y la molición veneciana, el alma fina y seca de Florencia, la alegría física de Flandes, con Rubens, la poderosa fuerza española con Velazquez ó sus vírgenes de ensueño con Murillo; la galantería francesa con Watteau y Chardin. Las costumbres y las diversas maneras de sentir de los pueblos se revelaban hasta en el tallado de sus cofres, en el dibujo de sus encajes, de finura sutil y transparente, en las líneas de sus estatuas, en las combinaciones de sus tapicerías, en la forma de sus armas de combate.

Después de la victoria, los triunfadores se entregaban al saqueo, y llevaban de vuelta á su país los objetos de arte que servirían de modelo y que trasladarían de un pueblo á otro el sentimiento de lo bello, una concepción más alta y exquisita de la vida. Así pasaron á España las artes italianas, conducidas por la espada de

un Juan de Austria ó de un Gonzalo de Córdoba. En la literatura española, el mismo Cervantes y Lope se enriquecieron moralmente con los tesoros de poesía italiana del Renacimiento.

Para comprender verdaderamente una época es preciso contemplarla en las intimidades del mobiliario y del traje. Si el Gobierno de Chile y los aficionados á las bellas artes y á la historia se pusieran de acuerdo para dar realce á una Exposición Histórica, podríamos presentar algo interesantísimo, como supo hacerlo Vicuña Mackenna en la Exposición del Coloniaje, hace cuarenta años.

Ningún país de Sud América ha sabido conservar, con más cariño que nosotros, los restos de civilizaciones y de épocas pasadas. La reunión de ese haber común, desparramado por casas y familias, produciría una visión admirable de la sociedad perdida, y una resurrección de la patria primitiva, permitiéndonos comprender mejor á nuestra época.

LUIS ORREGO LUCO



Una comida en casa del Almirante

MANUEL BLANCO ENCALADA

ME propongo daros á conocer lo que era Santiago y su sociedad allá por los años de 186...

Han pasado cincuenta años, más ó menos, y vereis si hemos ganado en cultura, como generalmente se cree. Los grandes eran inferiores en número, á lo que son ahora las familias que constituyen, por decreto propio, la pomposa "aristocracia". En aquellos tiempos no se usaba esa palabra de hecho, pero... existían de derecho las prerrogativas, basadas en sólidos cimientos.

Entre los más distinguidos hogares se contaba el del almirante Manuel Blanco Encalada que, no necesito decirlo, era el famoso y caballeroso captor de la fragata española "María Isabel". Era un gran señor en toda la expresión de la palabra.

De noble raza, hermano menor del Marques de Villapalma, había sido educado en el Colegio de Nobles de Madrid. Entusiasta por las ideas de libertad, tan de moda en aquella época, abandonó su brillante carrera, vino á Chile y se enroló en el ejército patriota.

Cubierto de glorias, rodeado de respecto, de simpatía y de cariño, vivió sus últimos años en su casa de la calle de Agustinas, que había edificado por los planos del hotel que habitó en París, y que llenó del todo el confort, el lujo y la riqueza severa y sólida que distinguía el gusto de aquella época. Más de una vez debió imaginarse que estaba en París, pues todo se lo recordaba: sus muebles, los retratos de sus amigos y conocidos, los sirvientes que con fidelidad lo siguieron y que conservó siempre.

Ahí, conmovido mostraba el retrato de Eugenia de Montijo, condesa de Tebas, y la más hermosa de las soberanas de su época. En el retrato, con cariñosa dedicatoria, de su puño y letra, le recordaba la amistad que siempre había unido á las dos familias de Montijo y Blanco Encalada y firmaba "Eugenia, emperatriz de Francia". Seguían los de los Condes de Montijo, padres de Eugenia; la duquesa de Alba, la princesa Matilde, el general Maignien y tantos otros. "¡Es la galería de mis recuerdos, hijita!" decía, mostrándolos el almirante.

La señora Carmen Gana de Blanco era toda una dama de Corte;

siempre lujosamente vestida con trajes de París que, por ser de gusto severo, no desdecían de sus años ni de su alta situación; amabilísima, muy atenta y muy "comm' il faut", conservando restos de una gran hermosura, nadie llegaba á su casa que no saliera felicísimo de su bondad y atención. Era la gran señora sencilla y correcta. Tenían tres hijas, Mercedes, la mayor, era una rosa blanca con su cutis mate aterciopelado, unos dientes de perlas y la boca de infinita gracia, que hacía contraste con sus grandes y rasgados ojos soñadores. Carmela, la segunda, era también hermosa, dulce y suave como un jazmín. Casada con don Rafael Correa y Toro, hijo mayor de los condes de la Conquista, era el encanto de cuantos la conocían; y por fin, la hermosa y fatalmente desgraciada Teresa, la menor de todas, era un tipo de perfecta hermosura, de talento, de energía indomable y de valor á toda prueba. Esposa del riquísimo minero don Francisco Echeverría, vivió la mayor parte de su vida en Copiapó, y murió ahí despedazada por una máquina de amalgamación... sólo tenía 29 años.

Pero no adelantemos los acontecimientos.

No se hablaba por aquel tiempo en la tranquila y novedosa Santiago sino de la primera comida que se iba á dar en casa del general Blanco.

Noticias iban y venían; se preguntaba en el vecindario, se indagaba de los amigos y, así, las estupendas noticias iban corriendo de boca en boca: las invitaciones se habían enviado ocho días antes, no convidaban á las niñas, ¡cosa más chocante! Había al pie de cada invitación cuatro letras cabalísticas R. S. V. P. "¡Y eso, hija, qué quiere decir?" preguntaba una señora á su amiga. "Algún insulto, sin duda, para reirse de la gente". "¡Pero, cómo? "¡Ya veremos, pues, yo aunque me convidaran, no iría; faltaba más con esas letras!" "¡De todo han de hacer alharaca!" decía, una señora cotuda, abanicándose. "Miguel, que sabe de eso, me explicó que quería decir: *Reservado Si V. Pide*. Ahí tienen las cuatro palabras, y muy útil que les será saberlo á las que van..." "¡Ah, ahora sé, pues si está claro!"



UN SALVAMENTO AL AMANECER.

CUADRO DE STAUHOPE A. FORBES. A.R.A.



Mlle. DE ROMAS, POR DROUAI

Los servicios eran de oro y los platos de una loza que llamaban Severa, y así corrían los comentarios y los días volaban.

Llegó por fin el 24 de Septiembre. A las ocho, hora inusitada para aquellos tiempos, la casa estaba magníficamente iluminada.

En la puerta un alto y corpulento personaje, vestido de librea y lleno de cordones, esperaba á los invitados y detenía la avalancha de "tapadas" que se precipitaba, con inmensa curiosidad, para ver de cerca á las señoras y caballeros que llegaban y que tenían que librar una verdadera batalla para abrirse paso por entre ese grupo de fantasmas negros, que ocultaban cuidadosamente sus rostros. Las frases alegres, picantes, retozonas y... ¿por qué no decirlo? impertinentes también, se cruzaban y provocaban carcajadas á la "sordina".

El portero, impenetrable en su severa dignidad, abría calle á la llegada de algún pesado carruaje, de alto pescante, cubierto de paño ó terciopelo con anchos flecos que caían ocultando la armazón. Se bajaba pesadamente el lacayo, abría la portezuela, bajaba "la pisadera" para que descendieran, primero el caballero para dar la mano á la señora que con dificultad salía, con su amplia "crinolina", de aquella "boite à surprises", como alguien llamaba á las pesadas carrozas.

Subiendo las cuatro ó cinco escaleras, flanqueadas de dos leones, esperaba otro sirviente de frac, pantalón corto con hebilla, media blanca de seda y flamante zapatilla de charol. Abría, inclinándose, las puertas de vidrio del elegante vestíbulo de grandes columnas romanas; amoblado con severos muebles de puro estilo Enrique IV, de encina vieja, tallados á mano y con forro de terciopelo rojo.

Gaetano, el mayordomo, esperaba ahí de pie; abría las puertas del salón y "anunciaba" á la persona que llegaba.

El almirante y la señora Blanco recibían ahí, con exquisita amabilidad, á sus huéspedes.

Las luces, que caían de las arañas de cristal y bronce, de los ganchos iguales, pegados á las paredes, daban infinito encanto á aquellos ricos muebles de palisandro y bronce dorado, tapizados de lampas color cerezas; se atenuaba en las paredes cubiertas de la misma tela, en las pesadas cortinas que cubrían las puertas, recibiendo el brillo de las cornizas de madera dorada; las luces cambiantes de los cristales que se jugaban entre las flores de la al-

fombra d'Aubusson, daban á aquella el aspecto de un "parterre" y, al pasar, descansaban un momento sobre riquísimos jarrones de Sevres, obsequio del Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Mr. Druin de Lhuys; sobre una graciosa estatua, original de Canovas ú otro objeto de arte, iban á perderse atraídos por las brasas ardiendo de la chimenea que, de cuando en cuando, lanzaban llamaradas azules verdosas, rojas ó amarillas; efectos que daba la savia al quemarse, de la perfumada leña de "Guayacán" que era la que se usaba en las chimeneas de las casas señoriales, es decir, á aquellas que las encendían, por cierto, no eran todas, pues, entonces como ahora, se creía que el fuego era dañino. Se gufan á éste otros grandes salones tapizados de lampas amarillas, separados por columnas y que no admitían, en su sencillo esplendor, sino objetos de inestimable valor. Rodeaban las paredes de estos salones los retratos, de cuerpo entero, de los antepasados de la familia, ostentando grandes escudos nobiliarios cada uno de aquellos odores, marqueses, generales, enviados especiales, etc., cubiertos de blasones, señores de Calatrava y de la Montera. Parecían felices de encontrarse rodeados de ese lujo que les correspondía. Uno de ellos, cuyo nombre no recuerdo, vestido todo de negro, á la moda del reinado de Felipe II, adelantaba una pierna mostrando en ella la famosa condecoración de la Liga "Hony soit qui mal y pense".

Pero volvamos á Gaetano que con su acento italiano anunciaba á los invitados, destrozando de cómica manera los nombres.

"¡Il comte é le comtessa di la Coquita!" decía, mientras adelantaban el respetable caballero don Juan de Dios Correa y la señora Nicolasa Toro de Correa, con su ancha crinolina, su traje de terciopelo verde y cubierta de preciosa pedrería; su finísima figura iluminada, en ese momento, por enigmática sonrisa, su mirada que paseaba escrutadora por trajes y mobiliario sin perder nada de su cortésana dignidad, hacían de esa figura de noble chilena un tipo de estudio que no desdecía por cierto de las de igual rango en la Corte española.

"Su Exellenza la signora del Monte". Era la señora del Presidente Montt, que alta, gruesa, de facciones muy finas, y seguro continente, avanzaba del brazo del almirante con aspecto terco y como despreciativo.

"¡Il signor Ambrose dil Monti!" gritó Gaetano.



"¡Bruto!" le dijo el almirante, con voz que él creyó imperceptible, pero que hizo sonreír á los que estaban cerca.

"Ma perdon, Sua Exellenza, il nome est ici", y mostraba la tarjeta.

"¡Allez-y!" le contestó el almirante.

Mientras este rapidísimo diálogo tenía lugar, Ambrosio Montt se inclinaba y rozaba respetuosamente con sus labios la alhajada mano de la señora de Blanco.

"¿Y su linda mujercita, Ambrosio, no ha venido?" preguntábale la señora.

"A última hora sufrió un síncope: qué quiere usted, achaques naturales..." y su boca finísima se sonrió con satisfacción.

"¡Vamos! ¡Qué pronto!" le dijo la señora en voz baja y con malicia.

Ambos se sonrieron é interrumpió el coloquio, Gaetano, que seguro ahora de no equivocarse, pues conocía muy bien á los que entraban.

"¡Su Exellenza il President generale Bulnes!" dijo y se paralizó con la mirada de desesperación y furia que le lanzó el almirante.

"¿Má qu' est ce que j'ai fatto?" se decía mientras la alta y gruesa figura del general Bulnes avanzaba dando el brazo á su pequeña y graciosa esposa, la señora Enriqueta Pinto de Bulnes, que no podía contener la risa al ver la desesperación del pobre Gaetano.

La recepción fué cordialísima, la risa de doña Enriqueta fué contagiosa, y con Félix Blanco, que la saludaba, hicieron graciosísimos comentarios que pusieron de buen humor á los dueños de casa.

"¿Cómo estás, hijita?" le dijo el almirante besándola paternalmente en la frente; "estás elegantísima, así me gusta verte, y tu marido, qué buen mozo, qué gran señor!"

"¡La signora Madalena Vicuña de Subercaseaux!" interrumpía Gaetano, mientras se adelantaba una hermosísima mujer, muy alta, esbelta, de grandes ojos azules, cabellos claros y porte aristocrático.

"¡Magdalena, cómo está usted, siempre tan hermosa!" iba diciendo el galante dueño de casa, mientras Gaetano precipitaba los nombres.

"Don Juan del Sol, don Luís Pereira, don Matías Cousiño, don Luís Cousiño, don Ruperto Vergara" y por fin "el coronel de Sessé y señora".

"¡Faites servir!" mandó el señor de la casa y el desgraciado Gaetano se retiró contento y humillado de su incomprensible desventura.

El salón presentaba el más precioso y animado aspecto; grupos de señoras y caballeros conversaban animadamente, recorrían los salones, "coqueteaban", como se decía entonces, mientras que otras sentadas, hacían comentarios y murmuraban en voz baja.

Algunos caballeros sacaban sus relojes, mostrando así que les parecía llegado el tiempo de comer.

Se abrieron de par en par las puertas del vestíbulo, y avanzó con paso firme y seguro Gaetano, se acercó á la señora de Blanco y dijo inclinándose:

"¡Madame est servie!"

Palabra mágica que trajo el bienestar á muchos semblantes.

Se formó una confusión hasta que se encontraron las parejas, que de antemano se había designado para ir juntas al comedor. Cerraba la majestuosa marcha el almirante, dando el brazo á la señora de Montt.

Lo primero que fijaba la vista al entrar al comedor era la brillante chimenea encendida, y proyectando sus rayos sobre dos sirvientes que, inmóviles, esperaban las órdenes de sus amos.

La mesa era lujosísima con profusión de candelabros, fruteros y objetos de plata artísticamente cincelados. No se usaban entonces la profusión de flores que hoy poetizan y perfuman los banquetes; nada más que un ramo en el medio y frutas muy escogidas, dulces de todas clases.

Por cierto que hoy no desdiría en nada de ese regio arreglo con su mantelería finísima, sus copas de cristal de roca muy tallado, que al romperse en ellos las luces de las arañas de bronce producían colores vivos y cambiantes.

La comida y los vinos eran mejores, muchos mejores que lo que ahora se ofrecen en las casas más ricas y elegantes.

La conversación era cultísima, llena de gracia y de "esprit", dirigida por las interesantes señoras de la casa; risas sonoras, argentinas y pronto terminadas, se oían en varios puntos; se hablaba de todos menos de política y de religión, aunque la primera estuviera en el período álgido de odios personales y agitación, que había representantes del Gobierno, con la señora de Montt á la cabeza, y de la ardiente oposición, más apasionada entonces que lo que es ahora, de la que, uno de sus principales centros, era la prestigiosa casa de don Juan de Dios Correa; nadie habría podido vislumbrar siquiera que, en aquella reunión, se encontraban gentes que se odiaban. Un observador atento, habría encontrado en eso la solución del enigma de ciertas sonrisas, de miradas oblicuas, de una ligera expresión de odio que contraía á veces algún músculo de esos rostros impasibles de mujeres de mundo.

Cuatro sirvientes servían las viandas, Gaetano vigilaba la corrección del servicio, sirviendo los vinos más escogidos, mientras que los dos, que estaban al lado de la chimenea, obedecían las órdenes del mayor volviendo en seguida á su inmovilidad de estatuas.

Luís Cousiño con sus ojos lánguidos, su tez pálida, sus rizados bigotes, sonreía complacido oyendo la gentil y graciosa conversación de la incomparable Mercedes Blanco de Villamil. Amigos desde París, tenían mucho que decirse,



EL SUPPLICIO DE TANTALO

EDUARDO J. POYNTER

y olvidándose del resto de los convidados se perdieron en el laberinto de sus encantadores recuerdos.

"Oye, Mercedes", díjole á su hija el almirante, "pregunta á Cousiño por qué no vino la Isidora".

Ella le respondió haciendo una graciosa mueca con la mano, tamiendo que el general no le oyera, y que quería decir "¡no pudo!".

"¿Qué dices que no fué invitada? Yo escribí la tarjeta, es decir, los nombres; pues, hombre, lo siento. Ya me extrañaba yo que siendo usted tan culto, no hubiera contestado".

Enrojació Cousiño, mientras Mercedes le decía: "No conteste, que quede así".

Teresa era la estrella de aquella brillante y escogida reunión. Vestida de tul blanco, con una corona de rosas malvas, blancas también, muy escotada, con una magnífica "riviere" de albos brillantes, solitarios en las orejas, en el corpiño, en los brazos, en los dedos. Brillaba con la doble aureola de su juventud espléndida, de su gracia, de su ingenio y de su altiva independencia. Hubo un momento en que, embebida en una seria conversación con don Matías Cousiño, no prestaba oído á los galantes requiebros de su compañero de la izquierda.

"¿Qué me decía usted, Ramón?" preguntó volviendo hacia él su altiva y hermosa cabeza, después de que alguien interrumpió su interesante conversación con don Matías.

Se turbó por un instante el joven, pero reponiéndose, contestó:

"Que está usted preciosa esta noche, Teresa", dijo con un sí es no es de impertinencia.

"¡Siempre lo mismo!" suspiró ella, "no debió usted tener el premio de imaginación en el colegio", prosiguió Teresa con profundo desdén; "bien sé que soy todo lo que usted dice; para eso me compongo, me alhajo pero... no es para usted que lo hago"; mirándolo con cierta sonrisa coqueta y burlona, se volvió del otro lado.

Pero él era listo, muy vivo, conocía bien á las mujeres, por lo que no se inmutó y le contestó con aparente candor, alzando un poco la voz.

"¡Pues, para mi gusto, usted y Nicolásita son las mejores!"

Viva llama brotó de los ojos de la joven hermosa, que contestó con tono frío y acerado volteando la cabeza:

"Sí... ella está bien alhajada", y un gesto irónico plegó sus labios.

Lo oyó la señora, sin que en nada se alterara en su amable fisonomía, sólo la mirada de sus ojos claros cruzó un segundo la del joven.

Pasaron algunos minutos, y luego, como si viera á Teresa por primera vez, inclinándose un poco como para admirarla mejor, le dijo:

"¡Qué bien estás, Teresa! Te ha probado bien el Norte! Has engordado y estás quemada... ¿paseas mucho?"

Esta flecha de parto no mereció que Teresa se molestara, en apariencia, aunque sola sorprendió todo lo que encerraba de satírica crueldad.

La comida había concluído. Los caballeros condujeron á las señoras al salón y volvieron á fumar.

Quedaron éstas solas, y las escaramuzas finas y delicadas se cruzaban con graciosa dejadez.

Volvió la señora de Correa á buscar á Teresa, y mirándola de arriba abajo, le dijo:



NOMADES

STANHOPE A. FORBES

"Tienes un bonito vestido, Teresa, ¿te lo hicieron en La Serena?"

"No, Nicolásita", contestó la joven risueña, "es obra mía", y encojiéndose de hombros continuó, "¿qué más dá?... Tengo la seguridad de estar siempre bien, yo, á los menos así lo creo... ¡como eso es lo principal! ¿Usted misma, no se siente que está muy bien? ¡Y ese vestido que lleva es tan viejo! ¿Qué tiempo hace que lo hizo usted arreglar por uno de mi mamá?"

Perdió su calma por un segundo la señora condesa, pero luego se echó á reír.

"¡Já! ¡Já! ¡Já! ¡Qué graciosa eres!" decía, divisoando al joven Ramón Varas.

"Venga usted acá", le dijo, "¿cree usted que este vestido es tan viejo?"

"No hay nada en usted, Nicolásita, que no sea elegante, rico, *comm'il faut*, y siempre es la mejor", contestó con convicción el joven, que era un gran amigo de ella y de su familia.

Concluyó la velada después de las doce, que se retiraron todos encantados y admirados de esa espléndida manifestación hecha á sus amigos por el almirante Blanco Encalada.

Ya ven, mis lectores, que hace cincuenta años, ya conocíamos en Chile el lujo, la elegancia y el confort. Lo que vamos perdiendo es la gracia, el refinamiento, la finura exquisita que era el patrimonio de lo que hoy llaman aristocracia y que en aquel tiempo se llamaba "la buena sociedad".



Vista del pabellón argentino

Recuerdos de otra Edad

MI ENTRADA A LA VIDA LITERARIA

Fué noche de alegría aquella del 25 de Octubre de 1872.

A eso de las siete y media, con las solemnidades entonces acostumbradas, recibía en la sala del Consejo Universitario mi diploma de bachiller en Humanidades, tan deseado y esperado desde mi primer día del Colegio de los Padres Franceses.

Entre otros, y al mismo tiempo que yo, lo recibían mi amigo Ventura Carvallo Elizalde y mi amigo y condiscípulo Carlos Monckeberg.

Desde ese momento, me sentí con más autoridad y más aplomo para continuar en el desempeño de una clasecita práctica de Gramática Castellana, que la inagotable bondad del Padre Augusto había confiado á mi aun escaso aprovechamiento en los estudios del idioma. Y me hacían falta aplomo y autoridad, porque mis discípulos habían sido mis compañeros de aulas y de patio, y algunos eran de más edad que yo.

En Marzo siguiente ascendí varios grados en la escala del Profesorado. Se había retirado mi antiguo y querido profesor de Retórica y Poética, don Gabriel René Moreno, y yo entré á reemplazarlo.

Hacía mi clase al obscurecer, y á eso de las siete y cuarto nos retirábamos juntos los tres profesores de afuera que concurríamos á esas horas.

Los otros dos eran don Manuel Egidio Ballesteros, que desempeñaba la asignatura de Historia de la Literatura, y el hoy malogrado don José Francisco Vergara Donoso, que tenía á su cargo un Curso de Filosofía, ramo en que entonces era una verdadera y distinguida autoridad.

A pesar de mis escasos años y de mi humilde posición social, uno y otro solían favorecerme con su trato al caminar hacia arriba de la Alameda, en las noches frías otoñales, y sobre las tristes hojas amarillas que caían sin cesar de los altos álamos que entonces eran el único adorno y el solo verdor de ese paseo.

Una noche—sería allá en Junio—el señor Vergara Donoso, sabedor de mis constantes aficiones literarias, me preguntó si no me sería agradable entrar á formar parte, como socio activo, del Círculo de Colaboradores de "La Estrella de Chile", y en el

mismo acto me insinuó que él haría mi presentación en la forma ordenada por el respectivo reglamento.

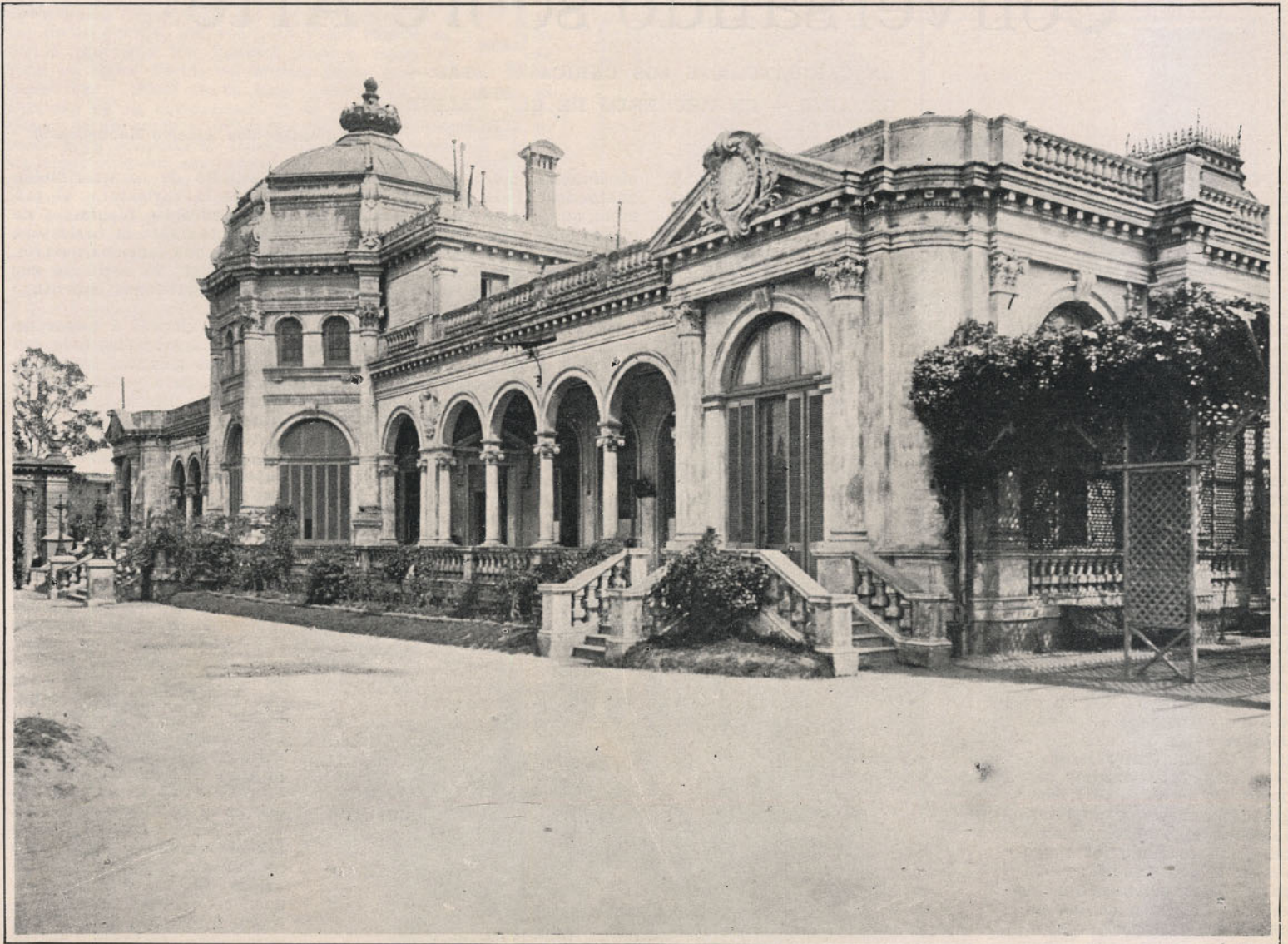
Es imposible describir la impresión que en mi alma causó semejante ofrecimiento. El corazón me dió un vuelco, y sentí como que se me agrandaban los horizontes de la vida. ¡Yo, pobre y humilde, que sólo era conocido de los bondadosos maestros por mis modestos triunfos de colegio, y por mis incipientes trabajos literarios en la Academia interna del establecimiento; yo, iba á sentarme al lado de Aguirre Vargas, de Larraín Covarrubias, de Gumucio, de Enrique del Solar, cuyas colaboraciones en "La Estrella de Chile" eran el so.º de mis horas de recreo en el Colegio, y cuyos nombres eran á cada rato pronunciados, en nuestras discusiones literarias, con un respeto que excedía de la veneración y rayaba en lo supersticioso!

Acepté con íntimos agradecimientos, que se mezclaban á reticencias infantiles, y llegué á mi alejado hogar con la conmoción de quien ha recibido el primer "sí" en las declaraciones del amor, del que siente, al alcance de la mano ya, lo que juzgó un ideal soñado é imposible de alcanzar.

A la semana siguiente, un día martes, me comunicó el excelente colega que la noche anterior había yo quedado recibido como socio activo del Círculo de Colaboradores, y que antes de mucho llegaría á mis manos la certificación oficial de esa aceptación.

En efecto, muy luego me trajeron una carta en cuyo sobre se veía el sello de la institución á que yo ya pertenecía: "Luceat lux vestra coràm hominibus", era el lema del Círculo de Colaboradores de "La Estrella de Chile", y la misiva venía firmada por don Eduardo Ossa, distinguido joven que desempeñaba el puesto de secretario de la institución, y que desapareció tempranamente de la vida pocos años después.

El lunes siguiente, á las siete y media de la noche, en compañía del estimable caballero que había sido mi padrino en ese mi ingreso á la vida literaria, me encaminaba, no sin cierto secreto temor, hacia el sitio en que celebraba sus juntas semanales el Círculo de Colaboradores.



Vista de uno de los pabellones de la Exposición

Hallábase en la calle de Ahumada, esquina á la de Agustinas, en un edificio de amplias proporciones, con altos de galería corrida, y en cuya esquina del piso bajo había, como ahora, un almacén italiano de provisiones, que abarcaba ese costado hasta la ancha puerta de calle; y en el otro, en el de más hacia la Plaza, se hallaba la gran Droguería de Fabián, que antes había sido de la firma Mongiardini, y hoy es de Daube y Compañía.

Era la casa de la respetabilísima señora doña Luz Covarrubias viuda de Larraín, madre del hidalgo y discretísimo caballero don Raimundo Larraín Covarrubias, hoy Consejero de Estado de la República.

Entrando por el amplio zaguán empedrado, y, llegando al patio, hacia la izquierda, se divisaban puerta y ventanas profusamente iluminadas.

Iba á principiar la sesión.

Entramos á un salón, amueblado de sofás y sillones de brocado encarnado, de rica seda, y con cuatro estantes, de jacarandá, repletos de escogidos libros. Al fondo se hallaba una mesa ovalada, de las de centro de sala, tras de la cual se veía sentado el presidente de la institución, don Vicente Aguirre Vargas. Rodeábanlo, á derecha é izquierda, y en los asientos que por uno y otro lado seguían hacia la entrada, distintos jóvenes, de edades diversas, pero todos de rostro y maneras distinguidos, que acreditaban su consagración al estudio y á las tareas literarias.

Avanzó á recibir al nuevo socio, que se presentaba todo encogido y casi tembloroso, el dueño de casa, el señor Larraín Covarrubias, de porte caballeresco y de maneras atrayentes, y que tenía tan exquisitas y halagüeñas frases para recibir á sus colegas, que en el acto inspiraba confianza y desechaba temores. Sentía uno luego que se hallaba á sus anchas en esa mansión de la hidalguía y del sentimiento.

Con el desembarazo propio de quien ha mamado en la leche la urbana cortesanía, me hizo conocer al presidente y demás miembros del Círculo, y quedé de hecho en aquél que era para mí en ese momento algo como el Senado de las patrias letras, nó por la edad de los que las cultivaban, sino por la discreta distinción que ahí lo informaba todo.

Me senté al lado de quien había sido mi introductor, y luego se dió comienzo á la celebración de la junta, demorada un tanto por la llegada del nuevo consocio.

Mientras se leían el acta y otros documentos, pasaba yo revista á las fisonomías que estaban á mi alcance, y me sentía no sólo satisfecho, sino casi envanecido de hallarme en tan se-

lecta compañía. Cada una evocaba en mi memoria uno de los nombres que tantas veces había visto al pie de trabajos en prosa y verso de "La Estrella de Chile", y que representaban para mí los *diu* menores de mi Literatura.

Se leyeron diversas composiciones, y, proclamado el turno para la junta semanal siguiente, perdió la reunión su carácter ceremonioso, y, puestos todos de pie, se formaron diversos grupos de animada conversación.

A poco, una galante invitación del joven dueño de casa hacía pasar á la antesala á cuantos habían quedado después de terminada la sesión.

Sentada en un ángulo, en un sillón de brocado rojo con flores de oro, vestida de traje sencillo y enlutado, una noble matrona recibía á los amigos de su único hijo. Era la señora Luz Covarrubias de una fisonomía que jamás podrá borrarse de la memoria. Apacible y sonriente, pero con una especie de velada melancolía, en sus hojos clarísimos, de indefinible expresión, había siempre una amabilidad que envolvía simpática y patriciamente á cuantos alcanzaba su miraba. Inspiraba respeto profundo y cariño á la vez. Yo quedé subyugado por su superior distinción, y por ese aroma de virtud que se aspiraba á su alrededor.

Algunas semanas después había merecido de mis compañeros que me honraran con el cargo de secretario de la corporación, y de editor del periódico órgano suyo, "La Estrella de Chile". Era mucho para mis dieciocho años no cumplidos.

Cada hombre tiene en la vida un período de meses, de días ó de horas en que cree haber sido feliz, con esa relativa felicidad que puede á veces alcanzarse en la azarosa existencia humana. Mi período fué aquél.

Había llegado á la realización de mis aspiraciones literarias de Colegio, y tenía á mi lado á las santas mujeres que me habían recibido á las puertas de la vida.

Mi hermana mayor, con su cariño y sus cuidados, arreboló hermosamente las horas serenas de mi infancia; me acompañó en los días alegres de la ya lejana juventud; y después, en la calle de la Amargura de mi vida de estos últimos años, ha sido mi consuelo y mi sostén. Y hoy mismo, en que todo lo veo asombrado por el dolor, el recuerdo de su virtud y la invisible pero cierta protección con que me alienta desde el lado de Dios, son lo que me da fuerza para seguir arrastrando la que me tocó en lote, pesadísima carga de la existencia.....

Conversando sobre Arte

LA CARICATURA Y LOS CARICATURISTAS.—
GAVARNI. — UN RECUERDO DE COURTELINE

A mi amigo don Alberto Mackenna S.

POCAS palabras se prestan á interpretaciones tan variadas y, muchas veces, tan erróneas como las palabras: caricatura, caricaturista. Con esta uniforme denominación se entienden casi todos los dibujos de formas más ó menos exageradas, de intenciones más ó menos graciosas, llevando al pie, generalmente, leyendas satíricas ó cómicas. Pero, en realidad, ¡qué diversidad, qué fundamentales diferencias hay entre todas estas obras ú obritas que una sola palabra sirve para designar! Desde la simple deformación, que consiste en dar á la más característica de las facciones de una fisonomía un desarrollo, una exageración que la haga aparecer grotesca, lo que, en el fondo, es la genuina, la legítima caricatura, hasta el banal apunte que sólo sirve de pretexto á un chiste más ó menos fino, ¡cuántos géneros y cuántas variedades! La sátira política, la sátira de costumbres, el género por el cual se ha inventado en España la palabra sicaléptico y que es sencillamente el género licencioso é indecente, las historias cómicas con ó sin texto, cuyo inventor fué Topfer, las siluetas, los tipos animalizados ó vice-versa los animales humanizados, todo eso es conocido con el nombre de caricaturas; y gracias á esta generalización, una gran parte del público está naturalmente acostumbrado á considerar la caricatura como un arte inferior y á los caricaturistas como artistas sin importancia ó de un orden muy rebajado... y esta opinión es de las más injustas y falsas. Entre los caricaturistas (pues no hay otro modo de designarlos), hay grandes artistas, y no relativamente, sino absolutamente, tan grandes como los mayores en el arte general; y comparar estos artistas con los autores anónimos de los miles de mamarrachos, con intenciones cómicas que llenan diariamente las revistas cómicas ilustradas, es lo mismo que comparar á Cervantes, Rabelais, Shakespeare ó Molière con los autores de los "Vaudevilles" que se representan en los cafés cantantes. Y no fué por casualidad ó petulancia que cayeron de mi pluma los nombres de Cervantes y Molière, pues los grandes caricaturistas, los que tienen genio son los genuinos descendientes, discípulos y émulos de estos colosos, como lo son también de Aristófanes, de Plauto, de Rabelais, de Sterne, de Dickens, de France, en una palabra de todos los que, dotados del dón de la observación y de la clarividencia, han pintado la humanidad, haciendo obra de moralizadores, al mismo tiempo que de artistas, nó, por el método de los sermones y de la severidad ceñuda, sino, al contrario, con la sonrisa, la ironía indulgente y la alegría matizada de melancolía.

Los orígenes de la caricatura se pierden en la noche de los tiempos. El primer hombre que, con un pedazo de carbón ó de tiza, procuró trazar una figura sobre la pared de su caverna, fué el primer artista, y, al mismo tiempo, el primer caricaturista. Los símbolos de las primeras religiones de la India y del Egipto, los cuerpos humanos con cabezas de animales, ¿qué son sino especies de caricaturas, expresando ciertos instintos y ciertas ideas? De la Grecia, de Roma, quedaron pocos vestigios de caricaturas; pero, ¿cómo se podría dudar de la existencia del arte de la caricatura en la patria de Aristófanes y de Plauto, de Esopo y de Fedro? Además, en Pompeya, se encontraron numerosos "grafitos" que son las caricaturas populares con que la gente del pueblo, en todas las épocas, ha adornado (?) las paredes, los mismos con que se hizo saber al adorable Bergeret, de Anatole France, que el público no ignoraba sus infortunios conjugales!

Llegando á los tiempos modernos, los caricaturistas tienen unos antepasados bastante respetables en Leonardo de Vinci y Miguel Ángel, nada menos, que buscaron en la caricatura, no un fin de

observación moral, sino más bien un estudio de caracterización anatómica. Pero el verdadero iniciador de la caricatura, el primero que dedicó enteramente á ella sus admirables facultades de observador y de artista, y cuya manera de concebir la caricatura en su lado más noble y artístico, es la misma que tenemos todavía, fué en el siglo XVI el francés Jacques Callot: la serie de sus grabados de soldados, mendigos, lisiados y vagabundos constituyó una obra maestra en el género.

En el siglo XVIII, el arte de la caricatura empezó á tomar un gran desarrollo y una importancia cada vez mayor, sobre todo con el inglés Hogarth y los grabadores y pintores galantes franceses, á cuya cabeza estaba Debucoirt. Sin embargo, para poder llegar á su apogeo, la caricatura necesitaba la completa libertad, la libertad que el siglo XIX dió al mundo. Durante el siglo pasado, pues, el número de caricaturistas de talento que florecieron en toda la Europa y la América es casi incalculable, desde el genial pintor español Goya, hasta los actuales, pasando por el suizo Topfer, el alemán Busch, los franceses Daumier, Gavarni, Granville, Monnier, Travies, Cham, toda la pléyade inglesa del Punch, para llegar á los Forain, Caran d'Ache, Willette, Léandre, Faivre, Sem, etc...

El marco de este estudio es demasiado estrecho para que pueda extenderme sobre la historia de la caricatura y todas las observaciones generales que el tema puede inspirar, y es tiempo ya que me concrete al gran artista que es el objeto de esta conversación, al que hizo inmortal el seudónimo de Gavarni con que firmaba los admirables dibujos y litografías, que representan toda una época y todo un estilo. Pero antes, sin embargo, quiero decir algo sobre las maneras de entender la caricatura en las diversas naciones y razas, maneras tan distintas y que reflejan á tal punto la esencia del temperamento de cada pueblo, que muchas veces, los caricaturistas son incomprendibles para el gran público de un lado á otro de las fronteras, ó por lo menos los rasgos más agudos para los nacionales son los que escapan casi completamente á los extranjeros. Yo tampoco, aún conociéndola, puedo escapar á esta ley y aunque tenga una admiración sin límites para los dibujos del alemán Busch, por ejemplo, como la tengo en literatura para los ingleses Dickens y Sterne, no estoy seguro de poder gozar con ellos como lo puede hacer un alemán ó un inglés; diré; más, tengo la seguridad de que muchos detalles, que son

esencialmente interesantes para ellos, son los que para mí pasan desapercibidos... Y tomando, como ejemplos, á Busch, á Dickens y á Sterne, he buscado justamente á los tres artistas, que á través de su fantasía y de su forma personal y tan original, tienen un fondo de observación profundamente humano y general, ¿qué decir, pues, de los que son puramente humorísticos, como Mark Twain y como toda una serie de caricaturistas ingleses y norteamericanos?

Sin embargo, no creo equivocarme al afirmar que de todas las escuelas de caricaturistas, la más humana, la más profunda, la más filosófica y también la más piadosa es la escuela francesa. ¡Cuántos de los dibujos de los grandes maestros franceses empujan con una carcajada y terminan con un sollozo! Por eso esta escuela reconocería como maestro supremo (¡siempre hay que volver á él!) á Cervantes y tendría como biblia y evangelio el Quijote. Y efectivamente, hay entre las caricaturas no solamente francesas (no olvidemos á Goya), sino del genio latino, y las inglesas, toda la diferencia que hay entre el Quijote y el Gulliver, el uno la obra maestra de la caridad, de la piedad y de la nobleza de sentimientos; el otro, obra maestra también, del excepticismo,



Gavarni, retrato de Himself.

de la burla fría y seca, del goce en constatar y en pintar las deformidades, sin consuelo y sin esperanza y en una forma que sólo los ingleses pueden entender. Por eso Paul de Saint Victor ha escrito sobre Swift estas líneas definitivas: "Swift es un gran hombre en Inglaterra; en Douvres ya va decreciendo y en Calais tiene las proporciones de un hombre ordinario. Su genio es demasiado insular para aclimatarse fuera del país. El personifica con un vigor singular las condiciones violentas de la raza sajona. Pero su talento, que entusiasma en Inglaterra, no inspira en otra parte sino estupor y disgusto..."

Desgraciadamente, los caricaturistas ingleses parecen inspirarse más en Swift que en el exquisito Sterne ó el admirable Dickens, y se complacen más, como el maestro de todos ellos, Hogarth, en la representación de deformidades físicas y de observaciones superficiales y malignas, á lo Thackeray, que de filosofía y de moralización, á lo Dickens.

Guillermo Sulpicio Chevallier, que debía adoptar más tarde é inmortalizar el seudónimo de Gavarni, nació en París en el año 1804, de una familia de modestos burgueses: no reveló, en sus primeros años, ninguna disposición especial para el dibujo; sin embargo, después de unos estudios clásicos regulares, entró á la Escuela de Artes y Oficios y estudió durante algún tiempo el dibujo de máquinas. De ahí, pasó al taller de un grabador aquafortista, que le mandó á Europa para ejecutar un trabajo. Desde algún tiempo, había principiado á hacer algunos pequeños dibujos artísticos, con los cuales se procuraba ciertos recursos. Cansado de los distintos oficios que había empezado á ejercer, resolvió hacer un viaje á pie de Burdeos hasta los Pirineos, y cuando llegó á Tarbes, medio muerto de cansancio y de pobreza fué recogido y adoptado por un caballero que había sido íntimo amigo de su familia, el señor Leleu, inspector-ingeniero de la provincia. Durante tres años, vivió ahí, ayudando á su protector en sus trabajos, y también, dibujando muchos paisajes y tipos de los Pirineos, á los cuales había tomado un gran cariño, tanto que cuando, algunos años más tarde tuvo que buscar un seudónimo, escogió el de Gavarni, del famoso valle de los alrededores de Tarbes. La evolución de su talento fué lenta y metódica, pues, sus primeros dibujos eran muy secos y mezquinos y no dejaban esperar que pudiera llegar un día á la admirable libertad y amplitud de ejecución de las acuarelas y litografías de la época de su completo desarrollo. Sus dibujos llamaron, sin embargo, la atención de un editor de París, que



¡Fuerte!...



...Se ama á este hombre—no por su hermosura—ni por su posición social—ni aún por su fortuna, nó; es un hombre á quien se ama porque es él...

le encargó varias series, tanto que pudo dedicarse entera y profesionalmente al arte. Su temperamento refinado y su elegancia natural hicieron que uno de los primeros encargos serios que tuvo fué el de crear y dibujar modelos de vestidos y de sombreros de señoras para la revista "La Mode", que dirigía Emilio de Girardin. Tuvo ocasión de ver, poco antes de venir á Chile, la colección casi completa de las acuarelas originales que constituyeron esta serie y que hoy pertenecen á un coleccionista refinado, M. Fenaille; es imposible ver algo más fino, delicado y precioso que estas obritas, que, por cierto, son probablemente únicas en la historia de los grabados de moda. Pero el joven artista tenía entonces 26 años, comprendía que estaba destinado á un arte más serio y elevado: sin embargo, es indudable, que su estilo tan personal, la precisión, la elegancia y la fantasía de sus dibujos, son debidos en gran parte á estos primeros trabajos que le obligaban á una minuciosa exactitud; desde luego, en las acuarelas de la revista de moda, procuraba colocar dentro de los vestidos, seres llenos de vida y de movimiento y por eso, acumulaba apuntes, estudios, dibujos de todo lo que se presentaba á su vista en la revuelta marea de la vida parisiense. Al fin, pudo publicar una serie de grabados de Tipos de París y otra de Máscaras y disfraces, que le llevaron, de golpe, á la fama y á la popularidad. Y desde entonces, hasta su muerte en el año 1866, su carrera fué toda de éxitos y de triunfos: pero un carácter inquieto y ciertos instintos de bohemia, causaron no pocas perturbaciones en su vida privada, aún después de haber llegado á la popularidad, hasta hacerlo caer una vez y por algunos meses, en la famosa cárcel por deudas de Clichy, por la cual pasaron tantas celebridades parisienses. A este percance se debió, por cierto, una de sus más admirables series, la titulada "Clichy". Esta vida ajitada y llena de incidentes curiosos, como los cuatro años que pasó en Inglaterra, en que sus obras habían provocado un entusiasmo tal que fué llamado y contratado para dirigir una publicación, creada especialmente para él con el nombre de "Gavarni en London", esta vida, decía, explica la variedad de su obra inmensa y también las variaciones de humor y de estado de alma que esta obra revela, desde la alegría bulliciosa de las escenas de Carnaval, hasta la amargura á veces trágica de "Les lorettes vieillies", "Les Petits murlants", "Clichy" y sobre todo los famosos "Propos de Thomas Vireloque", de quien un crítico ha dicho que es una figura concebida por Balzac y modificada por Edgardo Poe.

Esta intensidad de emoción y esta fuerza de observación que hicieron, que en muchos de los dibujos de Ga-

varni, hasta de los en que la ejecución es la más admirable, la leyenda, es decir, la parte literaria y filosófica, estuviera á la altura de la parte artística, dan á la obra de este gran artista un caracter especial que el tiempo no hace sino acentuar.

Tuvo también Gavarni la rara suerte de immortalizar con su lapiz unos tipos que, al contrario de otras grandes creaciones del genio literario y artístico, existieron verdaderamente, pero que habían sido creados, sin embargo, por su fantasía de inventor de vestidos y disfraces. Todas estas figuras carnalescas de la época de Luis Felipe y del segundo imperio, que rompiendo con la tradición de los bufos italianos, los Pulcinella, Arlequin y el afrancesado Pierrot, marcan y simbolizan una época, los "Débardeurs", los "Chicards" que son los héroes de vida de Bohemia, de Murger, forman en todo, un conjunto y una transición hasta los refinados humoristas de ahora, todas estas figuras, de alegría bulliciosa, fueron ideadas, lanzadas por Gavarni, dibujante de disfraces, y fueron después immortalizadas por Gavarni, artista admirable, filósofo profundo y entristecido, que por debajo de las máscaras y de los disfraces, veía las angustias, las tristezas, las amarguras de la vida real, veía toda la tragico-media humana.

Ciertos grabados, como el "¿Comerán hoy?", como el de la madre rodeada de chiquillos enflaquecidos y moribundos, como las escenas de la calle de Londres, se levantan en forma de trágica acusación contra la sociedad moderna, contra el egoísmo "imperator et rex". Desaparece el caricaturista, el dibujante gracioso e ingenioso, queda un acusador público que clama contra las injusticias sociales, que llora sobre los vencidos de la vida, sobre todos los de mala suerte, que estigmatiza á los vendedores crueles,—ó lo que es peor todavía.—indiferentes.

Toda esta parte de la obra de Gavarni bastaría para asegurar la gloria y la inmortalidad de un artista, aún si no fuera apoyada y completada por tantas obras exquisitas de gracia fina y de delicada elegancia. Aunque no sea indispensable, pues hay muchas obras de arte que triunfan únicamente por sus cualidades plásticas y exteriores, el sentimiento humano, el inmortal "le qui ne meurt pas", de Barbey d'Aurevilly, es decir, la piedad y la caridad, da á las obras del ingenio una amplitud que las hace impercederas. Conmover y hacer pensar, á la par que deleitar, conseguir que la inteligencia y el corazón participen de los goces de los sentidos, ¿no es el secreto de todos los grandes genios, no es el efecto de la chispa divina?

Me parece del caso, recordar una de las grandes emociones de mi vida, un hecho que abrió en mi destino muchos horizontes, despojó muchas incógnitas.

Era en la época del centro Libre de "Antoine". En otra ocasión dije lo que fué esa época de la juventud de mi generación. Mi amigo Courteline había publicado, en forma de novela corta, su inmortal "Boubouroche" y Antoine le había insinuado la idea de trasladar el cuento al teatro. La lectura de la comedia nueva fué un éxito prodigioso, que después ratificó el público refinado del Teatro Libre y que, pocos años después, consagró la Comedia Francesa, incluyendo "Boubouroche" en el repertorio de sus obras maestras. Pero lo que quiero recordar aquí, es lo que fueron los ensayos de la comedia, dirigidos por el mismo Courteline. Nunca, nadie ha visto reír al autor de tantas carcajadas como son las obras de Courteline: apenas, de tiempo en tiempo, asoma una débil sonrisa

bajo su bigote rubio y ralo. Para dar una idea de la comedia "Boubouroche", por sus situaciones imprevistas, por sus invenciones originalísimas, basta decir que la risa del público no cesa ni un momento y llega á ser convulsiva, y el poder y la fuerza, la "vis cómica" de esta pequeña obra maestra es tal que ni los intérpretes escapan á ella, y que en la prueba más tremenda para las obras de este género, los ensayos, el entusiasmo y la alegría no decayeron ni un momento, aún en los que, como yo, no dejaron ni una vez de asistir á estos ensayos. Pues bien, todo el tiempo que duraron dichos ensayos, el único trabajo, la única preocupación del autor, de Courteline, fué hacer comprender á los intérpretes, y sobre todo, al principal, al encargado del papel de Boubouroche, que si las situaciones eran cómicas, el personaje y el fondo de la comedia no lo era; que, al contrario, el espectáculo de un hombre bueno, generoso, confiado, que por esas mismas cualidades era la víctima de una mujerzuela perversa, era un espectáculo más bien triste y algo trágico: que ellos, los actores, no eran unos payasos, ni la pieza, una farsa, sino un trozo de vida, que como todos los trozos de vida, llevaba, debajo de las apariencias más banales ó cómicas, verdades crueles y observaciones amargas y que el drama de un corazón, aunque sea de un hombre vulgar y de aspecto ridículo, es siempre hondamente conmovedor... Y al fin, les decía, que sólo comprendiendo la comedia de Boubouroche así, no hacían de ella una payasada, sino le daban su verdadero caracter y su intensa vida... El genio del autor se comunicó

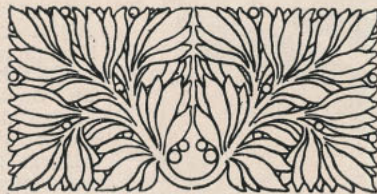


La planchadora

á los actores, y efectivamente "Boubouroche" fué un triunfo y un "acontecimiento".

Pero yo nunca pude olvidar estas lecciones de Courteline y los actores, y desde entonces comprendí mejor lo que era el Quijote, de Cervantes, y lo que eran las grandes caricaturas, como las de Gavarni que, después de hacer reír, hacen pensar y pueden llegar á hacer llorar.

RICHON-BRUNET



El corazón de una Geisha

ERA el tiempo en que empezaba á despertar de su largo sueño el país del Sol Levante. Se había entablado una lucha violenta entre las ideas viejas y las nuevas, y éstas llenas de vigor y luz iban triunfando sobre las tradiciones de los siglos.

Una falange de jóvenes ardientes había formado una especie de logia, que sus enemigos llamaron la Secta Bohemia, cuyos miembros, con la pluma y la palabra, predicaban la regeneración, la vida nueva y el derecho.

En el fondo de sus castillos antiquísimos protestaban los viejos samurayes, y en regiones más alejadas del bullicio intelectual de las ciudades todavía había señores medievales, hasta los cuales no habían llegado aún las palabras sagradas de reforma que el Mikado dirigía á su pueblo.

Y en las provincias que dependían de aquellos soberbios jefes encontraban más dificultades que en cualquier otra parte los emisarios del progreso.

Una vez llegó á Kyoto un joven entusiasta, que á la hora de la tarde en que los kurumas descansaban y en que ya no se oía el lento y penetrante grito de los vendedores ambulantes, se presentó en la plaza pública y anunció al pueblo la buena nueva: pidió que ayudasen todos á la obra sublime de crear una gran patria moderna y refirió las maravillas que allá, en países remotos, había visto. Habló de las civilizaciones de Occidente y encantó á sus oyentes refiriendo los prodigios de regiones ignoradas y grandiosas.

El auditorio había aumentado poco á poco y escuchaba mudo y asombrado las palabras de vida y entusiasmo que caían como trigo en tierra fecunda, en el alma triste y orgullosa del Oriente.

Al descender de las gradas de la antigua estatua que le habían servido de tribuna, se acercó al orador una anciana que, inclinándose profundamente ante el joven, le dijo:

—Mi señor, vuestras palabras han conmovido hasta el fondo de su ser á mi señora, la geisha Shinaye, que os suplica honrar su pobre mansión con vuestra presencia tan noble y hermosa.

—Decid á Shinaye que agradezco su benevolencia, respondió Marinaga, y que en breves momentos iré á prosternarme ante su talento y su hermosura.

Marinaga encontró en Shinaye una alma más bella aún que su rostro. Ella era la geisha emancipada ya, pues su exquisita comprensión del arte la había puesto en situación de libertarse del yugo de su dueño.

Era hermosa con esa hermosura misteriosa de las mujeres del Oriente. Era de una inteligencia feliz y de un corazón tierno como el arrullo de las palomas. Aquella luz nueva que traían las palabras de Marinaga la entusiasmó y amó la reforma y al reformador.

Y en un nido, alejado del ruido de la ciudad, vivieron algunos días felices el apóstol bohemio, la geisha amante, su hermana Amine y la vieja criada Omitsu.

Pero las teorías nuevas del extranjero empezaron á disgustar al gobernador Tonosuke. Habló del asunto con el señor de aquel territorio y éste recomendó á su subordinado deshacerse de Marinaga, pero con astucia y disimulo, pues la Secta Bohemia adquiriría cada día mayor poder y prestigio.

Amigos desconocidos y patriotas avisaron á Marinaga del peligro que corría, y éste, á instancias de Shinaye, estuvo retirado algún tiempo en su casa, donde se preparó un escondite en prevención de lo que pudiera ocurrir.

Tonosuke ideó entonces dar un banquete y convidar á la experta bailarina Shinaye sin la cual no había fiesta en Kyoto. En su ausencia, sus esbirros registrarían la casa y prenderían secretamente á Marinaga.

★

Una tarde Shinaye y Marinaga sentados junto al diminuto brasero conversaban de sus ideales y sus amores. La pequeña Amine se ensayaba en el chamicen y la vieja Omitsu preparaba la modesta cena.

De pronto se oyó un ruido prolongado.

Alguien tocaba el gong de bronce, colgado á la entrada de la casita. Shinaye hizo un signo á Amine y esta, dejando el chamicen, se levantó y fué á mirar á través de un invisible abertura practicada en el biombo puesto frente á la ventana.

—Es el criado de Tonosuke, dijo Amine en voz baja, dirigiéndose á la feliz pareja.

Marinaga, suavemente dominado ya por Shinaye, acudió al escondite y ésta colocó algunos cogines alrededor de una mesa baja de escribir, cubriendo así con disimulo la pequeña entrada del subterráneo en que se había ocultado su amante.

A poco se presentó Omitsu, seguida de un respetuoso mensajero:

—El noble y poderoso Tonosuke, dijo, envía un emisario á suplicar á Shinaye se sirva asistir á una fiesta que da á sus amigos hoy en su casa, una hora después de puesto el sol.

Mi señor, añadió el mensajero, agradecería mucho á la hermosa Geisha, á la flor de Kyoto, que llevase á Amine y una tocadora de chamicen, mi señor consideraría incompleta su fiesta si sus convidados no pudiesen admirar las gracias y el arte de la primera bailarina del Japón.

Mientras hablaba el mensajero, Omitsu, que sospechaba una celada, hacía á Shinaye signos de negativa. Shinaye tomó en cuenta el mudo consejo y contestó ambiguamente al criado del gobernador:

—Es sensible para vos, dijo al mensajero, que esta indicación no haya llegado más oportunamente. Esta tarde he prometido bailar en el jardín de Sintho. Si Tonosuke me hubiera indicado su deseo anoche, yo habría acudido á su llamado con verdadero placer, porque nada me es tan grato como obedecer sus órdenes; pero bien veis el compromiso que debo satisfacer.

Verdaderamente no sé qué contestar; permitidme ir á leer de nuevo la invitación que he recibido, pueda ser que encuentre alguna excusa para no ir al jardín de Sintho.

Shinaye pasó á la habitación contigua y, levantando una esquina de la finísima estera que cubría la estancia, comunicó por un tubo especial, lo que ocurría á Marinaga.

—Seguramente, dijo éste, Tonosuke proyecta registrar la casa en vuestra ausencia; pero no importa. Aceptad la invitación, que ya veremos modo de combinar algo más tarde.

Volvió Shinaye á la sala y dijo al mensajero:

—Es demasiado lo que yo venero al muy noble gobernador Tonosuke para no preferir su invitación, á la que había recibido anteriormente; no me será difícil excusarme con los amigos del jardín de Sintho. Decid, pues, á vuestro señor que estaré en su casa á la hora que se ha servido indicarme.

Partió el mensajero, Omitsu volvió á su cocina y las dos hermanas quedaron en la sala sin hablar y entregadas á tristes presentimientos. Por fin Amine exclamó:

—Este es el resultado que venía yo previendo desde hace días. Los rostros desconocidos que paseaban por la calle, el espionaje de que somos víctimas, todo eso me hace pensar que Tonosuke tiene decidida la pérdida de mi señor Marinaga.

—Pues yo lo defenderé á costa de mi vida, si es preciso, contestó exaltada Shinaye. Combatiré ayudada de Amaterasu y Kamiya-San-No-Imary. Veremos quién puede más, el viejo déspota ó la mujer que ama.

Marinaga al salir de su cueva alcanzó á oír las últimas palabras de su amada. Nada dijo; pero su rostro dibujó la expresión más viva del agradecimiento y del amor.

Shinaye suplicó á Marinaga volver al escondite:

—¡Por el gran Budha, oh, dueño de mi corazón! no os espongaís inútilmente. Alguien puede veros. Regresad al subterráneo. Sé que os aburriréis; pero pensad en la que tanto os ama y haced por mí ese sacrificio.

El rendido amante volvió sobre sus pasos sin intentar siquiera una protesta. Amine abrazó entonces á su hermana y murmuró á su oído:

—En tu empeño no serás sola, yo te ayudaré.

Shinaye miró la redondeada faz de niña de Amine, flor virgen nacida para el amor y la simpatía.

—Mi pequeña, le dijo, dejando caer una de sus manos sobre el hombro de su hermana, tienes un corazón tan valiente

como el de un hombre y tan sincero y generoso como el de una mujer. Que los dioses me olviden si algún día llevo yo á olvidarme de labrar tu felicidad.

Amine estrechó nuevamente entre sus brazos á Shinaye.

—Mi amor por tí es más grande que una montaña, y puesto que tú amas á Marinaga, yo moriría por salvarlo para tí...

Omitsu interrumpió la conversación de las dos hermanas.

—Creo, dijo, que hoy no habrá paz para nosotras: junto con salir unos entran otros, y el flojonazo de Tsuge que no ha venido á librarme de estos incasantes viajes á la puerta. Primero fué el comerciante, después el florista, en seguida la peinadora y más tarde el bribón del criado del gobernador.

¡Infeliz de mí! ¡Santo Budha! ¡Otro golpe en la puerta! Parece que todo el mundo conspira para no dejarnos un momento solas, ¡y en qué circunstancias! Vamos á ver quién llega. En la puerta volvió á encontrarse con el mensajero de Tonosuke.

—Mi señor envía un pequeño presente á las señoritas: ¿quisiera usted presentárselo y devolverme el paño en que viene envuelto?

Era éste un enorme paño verde que llevaba bordado de blanco el escudo de armas de su dueño.

—Mi señor, prosiguió el criado del Gobernador, ha tenido mucho gusto al saber que la hermosa Shinaye y la encantadora Amine habían aceptado su invitación para danzar esta noche en su casa.

Los ojos del mensajero escrutaban y examinaban todo mientras hablaba, y Omitsu pudo constatar que sus sospechas habían sido fundadas: la casa debía haber estado vigilada durante todo el día.

La criada dió las gracias al enviado de Tonosuke y cerró la puerta de calle.

★

A la hora del crepúsculo Shinaye, con sus cabellos artísticamente arreglados, pero llevando aún sobre los hombros el kimono matinal, llegó hasta la cocina y posando su hermosa mano sobre un brazo de Omitsu,

—¿Querías hacer por mí dos cosas muy difíciles, "hama" querida? la dijo.

Omitsu hizo un mudo signo de afirmación.

—Necesito, continuó Shinaye, que aparezcais repentina y gravemente enferma. Yo os daré algunos remedios y saldré llevando otra persona conmigo para que toque el chamicen y simularé estar muy intranquila por vos. En el momento en que nosotras salgamos vos debéis tomar todos los objetos pertenecientes á Marinaga, que están ocultos en la cueva que le sirve de refugio y destruirlos en algunas forma. Os confío esta tarea. El sitio que esas cosas ocupaban deben llenarlo en seguida cosas vuestras y mías, como si ese lugar hubiese sido siempre destinado á nosotras.

¿Me habeis entendido? Deberéis proceder con toda rapidez, porque la policía estará seguramente aquí tan luego como nos haya visto salir. Si los agentes vienen antes de que todo esté listo, poned fuego á la pieza de enfrente. Ellos os ayudarán á apagarlo y la confusión que se produzca puede salvarnos.

—¿Prender fuego á la casa? ¿A vuestros hermosos kimonos? ¿A vuestros objetos preciosos? Nó, eso no lo haré, gritó Omitsu. Vacíemos por ahora la pieza secreta nada más. Tsuge no ha venido y podemos quemar papeles desde luego.

—Esperad, prosiguió la geisha, no he concluido todavía. Mi proyecto consiste en intentar la huida de Marinaga, llevándolo en lugar vuestro á casa del Gobernador.

Lo disfrazaremos con uno de tus vestidos y diremos que es una nueva tocadora de chamicen. El se desempeñará bastante bien ante los ignorante amigos de Tonosuke. Mediante esta maniobra lograremos sacar de la casa á mi señor antes que lleguen á ella los esbirros de ese viejo canalla.

Ambas mujeres se dedicaron entonces á disfrazar al joven bohemio. La empresa era arriesgada y requería muchas precauciones.

Felizmente la profesión de Shinaye le facilitaba su tarea. Allí había un arsenal de pelucas, pinturas y trajes. Mucho trabajo costó á Shinaye dar á su amante el aspecto de una mujer de edad; pero al fin y al cabo el viril orador quedó convertido en humilde cantora. Era una vieja extraña, un poco robusta; pero el arte de Shinaye había conseguido que fuera difícil descubrir la superchería.

Cuando ya las sombras de la noche eran bien densas, tres figuras femeninas, prolijamente envueltas en amplios kimonos de invierno, salieron de la pintoresca casa de la Geisha más famosa de Kyoto.

Tsuge iba alumbrando el camino con una linterna. Los transeuntes y vecinos familiarizados con la cotidiana salida de Shinaye á esta ó otra fiesta saludaban á su paso distraídamente.

Un hombre que estaba parado en la acera del frente se aproximó entonces á varios otros que estaban apostados más lejos.

—Allá van, les dijo, manos á la obra.

—Esperad un momento, respondió uno del grupo, pueden regresar. Estas bailarinas casquivanas siempre olvidan algo. En media hora más podemos intentar la empresa. La cosa es grave y si cometemos algún error, líbrenos Budha de la cólera de nuestro amo.

Cuando Omitsu hubo oído cerrarse la puerta de calle tras Shinaye y sus acompañantes, se apresuró á levantar la estera y se introdujo en la cueva. La luz de una linterna alumbró allí varios objetos, entre ellos, una mesa baja en que Marinaga tenía sus papeles, que no se habían alcanzado á destruir durante el día. Omitsu pudo cerciorarse de que el tiempo era escaso para hacer desaparecer todo aquello sin dejar rastros; pero puso inmediatamente manos á la obra y empezó á lanzar, ropa, almohadones y papeles por el agujero del escondite. Hecho esto, subió y restableció la estera en su posición primitiva.

Nada se escuchaba. El silencio animó á Omitsu en su tarea, juntó la ropa con la de su lecho y arrimó la mesita á la mampara. Tomó en seguida los papeles y se dirigió á arrojarlos á la basura que había en el interior, cuando oyó distintamente pasos en la calle. El terror se apoderó de ella, pero no vaciló. Dejando la linterna que siguiera alumbrando el aposento, corrió con desesperada rapidez y enterró los papeles en el montón de desperdicios. Volvió á la estancia y se metió apresuradamente en su lecho. Trató de serenarse. En ese momento se abrió la puerta de calle. Omitsu comenzó á quejarse amargamente.

—¿Aquí hay alguien? dijo el hombre que hacía de jefe.

En ese instante los visitantes oyeron una doliente voz que venía del interior de la casa.

—Mi señora ha salido, noble visitante, y yo estoy demasiado enferma para darle el honor de atenderos. Tened la bondad de regresar mañana y entonces encontrareis á Shinaye.

Se siguió una pausa y después una conversación en voz baja entre los esbirros de Tonosuke. La presencia de la criada era una grave dificultad para llevar á cabo la empresa que les había confiado su amo. Era de todo punto necesario que aquella pesquisa se hiciera en secreto á fin de no despertar sospechas de la Secta Bohemia. El jefe tomó, sin embargo, su resolución y se introdujo en la casa.

—Pido humildemente vuestro perdón, dijo á Omitsu. Cuando patrullábamos la calle hemos visto un hombre que escalaba la muralla interior de vuestra mansión. De seguro es un ladrón. Permittednos buscarlo.

—Con el mayor gusto, replicó la fingida enferma. Registradlo todo como queráis.

Los agentes se diseminaron por la casa.

Hicieron un minucioso examen de todo, nada hallaron. Volvieron al aposento en que se quejaba aún Omitsu.

—Usted nos va á permitir, la dijo el jefe, echar una ojeada por aquí.

En un momento el gabinete de Shinaye quedó dado vuelta y cubierto de flores artificiales, doradas cajitas, abanicos lujosos y elegantes kimonos. La indumentaria de la bailarina, arrojada en confuso desorden, presentaba un aspecto pintoresco á la luz vacilante de la linterna. Llegó su turno á las esteras, que fueron retiradas apresuradamente. Omitsu tuvo que hacerse á un lado y á poco quedó descubierto el agujero del escondite.

—¿Qué significa esta cueva? preguntó el jefe á la vieja criada.

—Este departamento es el guardarropa de mi señora; pero como he estado enferma últimamente, no he podido colocar en él sus vestidos.

El jefe se dió por satisfecho con aquella explicación y mal humorado y mohino salió con su gente de la casa de Shinaye.

★

—Señor de mi corazón, murmuró Shinaye al oído de su compañero, mientras el pequeño grupo se aproximaba a la residencia del Gobernador, os ruego que acorteis vuestro paso y no levanteis el pie del suelo en esa forma varonil. Deslizaos suavemente, sed en todo una mujer durante estas breves horas. Procurad imitarnos y, si por desgracia os vierais obligado a hablar, que vuestro acento sea el nuestro y no la voz vibrante que usais.

—Creo que ni siquiera se fijarán en mí, contestó Marinaga mirando con infinita ternura el azorado rostro de la Geisha. Su cara, de ordinario tan tranquila y suave, estaba ahora encendida y sus labios temblaban de temor y de cariño. Shinaye estrechó entre las suyas delicadas la vigorosa mano del joven, donde se adivinaba la oculta y misteriosa energía del amante y del apóstol.

—No temais por mí, prosiguió éste, hermosa mía. Tú imperas sobre los corazones, atraes todas las miradas y las invitás en forma irresistible á posarse en tu rostro divino, como invita con su abrigo el acanto del muro á la paloma amante.

Bailarás esta noche, como podría hacerlo Amaterasu, la diosa del sol y del amor. Tu cuerpo ondulará como las flores del cerezo á la brisa de la mañana.

Recuerda que tu danza es por mí. Pasarán el tiempo y la nieve de los desengaños, blanqueará mi cabeza fatigada, pero el recuerdo de esta noche vivirá conmigo para siempre.

—Quizás, murmuró con tristeza indefinible Shinaye; la luna se oscurece cuando el sol la deja, y las flores del cerezo son hermosas, ¡pero mueren!

La casa del magistrado apareció en la semi-obscuridad. Allí no había sino cuatro huéspedes de faz oscura, que esperaban á la danzante bebiendo copiosamente saké.

Shinaye dispuso rápidamente lo necesario y luego el chamicen y los tsondezonous dejaron oír sus notas plañideras.

La situación de Shinaye era cruel. Allí estaba su amado, á quien salvaría á toda costa; pero que podía ser descubierto, y entonces todo se había perdido. La conciencia de su responsabilidad exaltó á la artista enamorada. La vida de Marinaga dependía de su arte. La empresa era ardua; pero se lanzó á ella con desesperación. La helada pieza, aquellos espectadores turbados por la bebida y el áereo olor del festín que terminaba, la excitaban. Ella debía llenar el espacio de chispas de color, debía ver aquellos ojos velados alumbrarse de admiración y de deseo, si era necesario, hasta que todo, excepto ella, fuese olvidado en el tumulto de los sentimientos que ella sabía despertar con tanta maestría.

Tonosuke saludó á la Geisha y la invitó á comenzar la danza. Shinaye avanzó lánguida y precisa en sus primeros pasos, sintiendo, más que viendo, el interés que siempre despertaba. Su kimono riquísimo parecía absorber y reflejar después la luz de las lámparas.

Un movimiento de sus brazos mostró los bordados de oro y los nobles pliegues de seda.

A medida que la danzante se iba entusiasmando, parecía que aquel oro á cada nuevo movimiento caía en cascadas del regio vestido. Caía hasta sus pies para levantarse en seguida hasta el pecho y llegaba hasta sus mejillas, sus guedejas negras y sus ojos oscuros.

Poco á poco se fué apoderando de su público. Los huéspedes de Tonosuke seguían anhelantes los movimientos de la ballarina. Ya no tenían ojos más que para aquella intérprete sublime de las viejas leyendas del Japón.

Pero aquella prueba era terrible para Marinaga, que veía aquellos hombres fijar ardientemente miradas sobre aquella belleza que era suya. El chamicen dió algunas notas falsas que hicieron temblar á la Geisha. Amine levantóse rápidamente y se apresuró á rodear á Shinaye con una gasa azul para dar un nuevo giro á la danza, y fijar más en ella las miradas de los espectadores.

Felizmente éstos no notaron la torpeza de la apócrifa tocadora.

Shinaye avanzó entonces hasta el centro del escenario y giró inclinándose ya á un lado ya á otro, con vertiginosa rapidez hasta llegar á formar una especie de arco de luz y de sombra. En seguida se balanceó por un instante y Amine en un rápido é invisible movimiento soltó el lazo de su cinturón y entonces la tela de seda y oro que cubría á Shinaye, se deslizó de sus hombros y cayó á sus pies como onda deslumbrante.

Un murmullo de admiración se dejó oír. La Geisha se había adueñado por completo de Tonosuke y sus amigos, que ya muy excitados por el alcohol, tenían fija su vista ardiente y brutal en aquella creatura hermosa, en sus seductores movimientos, en sus brazos desnudos y en sus labios palpitantes.

Pero, ¿cuánto tiempo podría mantenerlos absortos? ¿Ellos debían ver y oír sólo á ella hasta las cuatro de la mañana, hora en que se retiraba la guardia de las puertas de la ciudad? Aquella danza terminaría, y en los momentos de descanso, los ojos del Gobernador podían descubrir al tribuno aborrecido bajo la vestimenta humilde de una mujer. ¿Era tan posible que Marinaga se revelase en algún movimiento brusco ó en alguna mirada de ira celosa?

Estos pensamientos turbaban el corazón de la joven mientras seguía bailando.

Sucedió lo que se sospechaba: la atención de Tonosuke y sus huéspedes fué cediendo y Shinaye sintió un escalofrío de pavor, cuando en una de sus vueltas, pudo ver el rostro del Gobernador vuelto hacia el lugar en que su amante tocaba y los ojillos del viejo detenidos sobre la faz de aquella tocadora... pero sonó la campana del templo. Faltaba media hora para el fin de la fiesta.

Shinaye no se atrevió á volverse para mirar á su amante. En aquel instante, tomó su resolución. ¿Qué importaba ello si salvaba á aquel heraldo de la patria y aliento de su vida.

Era preciso retorcer los miembros de aquellos viejos, de aquel Tonosuke que tantas veces había ido sediento tras su huella y su perfume.

Aún quedaba algo que podía arrebatarse á aquellos viejos de ojos brillantes y cabellera gris. Sí, quedaba la danza popular que las muchachas de los arrabales bailaban para entusiasmar á los extranjeros: quedaba el yonkina. A ella se la habían enseñado en los duros días de su aprendizaje. No la había practicado nunca desde entonces, porque aquel baile era sólo ejecutado por las musmees de las casas alegres: con esa se enloquecía á los marineros de regiones lejanas. Cada uno de sus movimientos era una sugestión de placer, era una promesa de gratos momentos, era un latigazo encantador y cruel dado en los nervios del espectador. Con ese excitante maravilloso, como una cantárida de los tiempos antiguos, se conseguía lo imposible. Y sólo una japonesa podía hacer aquello.

¿Debía ella lanzarse á bailar aquella danza ardiente y desprestigiadora? ¿Pero se trataba de Marinaga y los ojos del viejo libertino estaban fijos en ella mientras pensaba!

—¡No importa! se dijo Shinaye y haciendo una seña á Amine le significó que iba á intentar aquel supremo esfuerzo.

La hermana comprendió aquella llamada á la suerte. Marinaga tembló en su cojín de seda. Se hizo cargo de lo que se trataba y arrancó tristes acordes del chamicen. Pensó en su misión, en su gran obra y aceptó aquel sacrificio.

Shinaye dió un golpe sobre el piso y lanzó la voz de mando.

La lenta y misteriosa armonía hizo palpar el pulso del amante con duda, celos y confusión.

Los amigos del Gobernador conocían aquel prelude; pero jamás habían pensado oírlo en aquella ocasión, aquello que lababa para las pobres muchachas que ganan su vida tristemente.

Los acordes del yonkina y lo que significaba llenó de interés y entusiasmo violento á aquella gente sensual. Los ojos de Tonosuke estaban clavados en la divina ballarina: jamás habría creído que Shinaye se hubiera entusiasmado tanto; jamás se hubiera atrevido á proponerle aquel desahogo voluptuoso.

Ello venía por sí sólo y aquellos comensales ahitos de saké, creyeron que aquel supremo ardor de la Geisha, se debía al ambiente cálido de la fiesta.

El Gobernador había olvidado la faz de aquella tocadora de chamicen y esperaba ávido el momento en que la Geisha dejase caer las telas pudorosas delante de él y mostrase sus formas divinas y frescas y tan ardientemente deseadas.

Llegó el momento que señalaron los rápidos é hirientes compases del chamicen, y Amine, obediente y resignada, empezó á despojar á su hermana del hermoso kimono, del obi, y de sus suaves túnicas de seda. Todo cayó á los pies de aquella mujer heroica, y su cuerpo rosado, fino, encantador como una estatua pagana quedó inmóvil un momento ante los ojos brillantes de los convidados.

Shinaye se inclinó por un instante para levantarse en seguida y sus movimientos imitaban la gracia fresca y pura de la mañana y, acompañada de la música, ansiaba alcanzar con su voz, al acento melodioso de los risueños. Era una diosa, era la Amaterasu ceñida del suave crespón del primer lampo de la luz del amor.

EL CORAZON DE UNA GEISHA

Sus mejillas estaban coloreadas con el carmín de la aurora y sus movimientos, sus ondulaciones eran suaves y elegantes, como el correr del arroyuelo y como la sonrisa de la virgen.

Pero era preciso exasperar, llegar hasta lo imposible, y la danza se apresuró. Amine ayudaba y á los pobres sonidos que del chamicen arrancaba Marinaga, Shinaye improviso, hizo maravillas y arrobó los ojos y los sentidos de aquella gente, de aquellos libertinos ansiosos de promesas.

La campana dió las 4 de la mañana en la torre del templo sintoísta.

Tonosuke con los ojos brillantes se levantó de su asiento. La fiesta había concluido: pero no los cuidados del magistrado: un hombre se presentó ante él y le habló en voz baja mientras Shinaye se vestía y se acercaba á Marinaga y Amine. Aquel criado daba cuenta al egregio gobernador de que en casa de Shinaye no había sido encontrado el alborotador, el maligno tribuno bohemio.

La faz de Tonosuke se volvió sombría y amenazadora, ¿dónde se habría metido aquel agitador? Sabía que la Geisha admiraba al arrogante joven. Si no estaba en casa de Shinaye, ¿en qué lugar podía haberse refugiado?

Shinaye debía saberlo y era necesario acompañarla á su casa y tratar de inquirir el paradero del ausente. Volvió su vista hacia el grupo que hacía la Geisha con la tocadora y su hermana.

Shinaye, en ese momento, se presentaba en todo el esplendor de su radiante hermosura. Su rostro se había coloreado como los tintes de los arboles de las tardes de estío, sus ojos de almendra brillaban de manera avasalladora, y su cuerpo, su todo, incitaba, punzaba y llamaba el amor.

Tonosuke, con un deseo comprimido, se acercó á Shinaye:

—He sabido, le dijo, que en vuestra casa se ha albergado un conspirador.

—¡Conspirador, no sé á qué os referís! Hubo un tiempo en que honró mi hogar un sér querido, que era enemigo del regimen que reina en nuestra patria. Yo no niego que ese extranjero y sus teorías me entusiasmaron, pero ya se fué y hoy lloro por él y por mi patria.

—Sois muy audaz, Shinaye, dijo Tonosuke.

—¿Qué entendéis por audacia?...

—No discutamos; pero no me neguéis el favor de acompañaros hasta vuestra casa. Deseo ardientemente hacerme grato á vuestros ojos y espero que me concedáis el honor de acompañaros.

La maquiavélica disposición del Gobernador echaba por tierra todos los planes de la amante Geisha. Si el Gobernador la acompañaba, Marinaga no tendría ocasión de escapar. ¿Qué hacer?

—Permitidme, señor, ir á dar mis órdenes á Amine y á la tocadora, dijo Shinaye.

—Id y volved pronto, respondió Tonosuke.

El momento había llegado. Tonosuke no debía moverse. Debía dar tiempo á la huida de Marinaga. Shinaye se acercó á Amine y á su amante, cuyo papel era ya un tormento indecible.

—Amado de mi corazón, le dijo, tú ves bien que el sacrificio se impone. Yo te amo. Sólo te pido que me digas si el sublime privilegio del suicidio es sólo patrimonio de los hombres.

—Fiel y bendecida creatura, respondió Marinaga, has hecho lo que los dioses mismos habrían querido hacer. Te lo agradezco profundamente y comprendo tu dolor. No creas que los celos me atormentan. ¡Te comprendo demasiado! Voy a partir. Si fuera posible te llevaría; pero no hay que pensar en eso. Vive, querida mía, para mí. Espérame hasta que vuelva y traigamos para nuestra patria la libertad y el progreso que son el patrimonio de los países de Occidente. No caeré en la vulgaridad de creer que el hábito de Tonosuke vaya á empañarte. Eres demasiado querida para mí, conozco tu alma y sé que el contacto de ese viejo será para tí el más cruel de los martirios. Por todo lo que has hecho, mi corazón está agradecido más allá de lo que las palabras pueden expresar. Lo que haces no sólo es por mí sino también por nuestro emperador. Tu nombre vivirá con el de aquella noble dama que se vendió a sí misma para comprar armas y caballos para que su esposo fuese al combate. ¡Adios, la más pura y la más valiente de las mujeres! Que nuestros corazones sean uno hasta que yo vuelva, porque yo he de volver hacia tí, Shinaye, al través de mil mundos. Hasta entonces ten fé, ora y espera. ¡Adios! ¡Oh! ¡Qué sacrificios tan grandes exige la patria de sus hijos!

Shinaye no contestó, se acercó lentamente á Tonosuke y le dijo:

—Oh, señor, dejad los cuidados para mañana. He dado orden á mi hermana y á mi criada para retirarse. Hoy, es día de placer y de fiesta. Quedaos en casa y albergad bajo vuestro techo á esta pobre mujer que habeis enternecido con vuestra generosidad...

Los ojos de Tonosuke brillaron. Todo lo olvidó. No quería creer en su suerte, y radiante de alegría y ebrio de licor y de lujuria, tomó á la Geisha de la mano y la llevó al interior de su mansión.

Amine tuvo que remecer á Marinaga, á quien esta escena había clavado en el óvalo de la puerta. El tribuno dió una última mirada y salió precipitadamente, perdiéndose pronto en la espesa bruma del alba invernal...

★

Venticinco años después, dos damas europeas charlaban en una animada recepción oficial en Tokio.

—Aquel es el gran Marinaga, decía una de ellas, en momentos que entraba á la sala un alto y anciano caballero. Vestía un sencillo traje de tarde y llevaba el cordón de una gran orden al rededor del cuello.

—Qué rostro tan demacrado y triste tiene, prosiguió la señora, jamás se le ha visto sonreír.

Su compañera replicó:

—Ya ha olvidado los días en que fué perseguido y casi apresado por los partidarios del antiguo régimen. Ha sido uno de esos patriotas feroces del resurgimiento del Japón, que huyó á Europa para aprender allí los conocimientos científicos que hoy día son tan comunes en este país.

—¿Esa mujer pálida, vestida de japonesa que lo acompaña?.....

—¡Es su esposa, una antigua Geisha! ¡Una bailarina pública, que logró pescar al pobre muchacho!

—Qué necedades cometen á veces los grandes hombres, concluyó la elegante señora.

KYOTO

Barbey D'Aurevilly

(Con motivo de haberse inaugurado últimamente en Francia un busto de este escritor hecho por Rodin)

RECUERDO que hace tiempo—¡tanto tiempo!—impulsado ya por ese soplo misterioso que, suavemente en un principio y con fuerza después, nos trae al País del Ensueño; recuerdo, digo, que un día de aquel tiempo distante, un día gris de invierno, con chorros de agua en las aceras, lodo en las calles, aserrín en los pasillos y tamboriles monótonos en los vidrios, acurrucado en un sillón de la Biblioteca Nacional leí por primera vez algunos cuentos macabros y desconcertantes, de un autor para mí desconocido.

Había en aquellos cuentos, cuyos títulos se han borrado de mi memoria, una mezcla tal de brutalidad y delicadeza, de realidad y de imaginación, y sobrecogían sus asuntos de tal manera el ánimo mío, que, al ensombrecerse el recinto y sonar la hora de la salida entre el rumoreo de la lluvia, no advertí que ya era preciso cerrar aquel libro endemoniado y devolverlo; y con los ojos apegados á sus páginas permanecí hasta que alguien hubo de tocarme el hombro.

¡Esa última historia de aquel día, ansiosamente devorada mientras las claraboyas parecían absorber la escasa luz de la sala! Creo que se llamaba "Una venganza", y en ella aparecía un amante celoso—bien cierto estoy que no era un marido—un monstruo apasionado y cruel, que castigaba la infidelidad de la amada sellándole los labios con lacre fundido... Aquella escena grotescamente trágica, en que yo creía oír los gritos de la desventurada, los feroces resoplidos del vengador y luego el chirriar de las ardientes gotas sobre la piel sensible y delicada... ¡Aquel relato me produjo la enfermiza obsesión de un mal sueño y fué como un embrujamiento, pues desde ese día y durante más de una quincena todas mis boletas de la Biblioteca llevaban el nombre de Barbey D'Aurevilly, el extraño autor de "Una venganza".

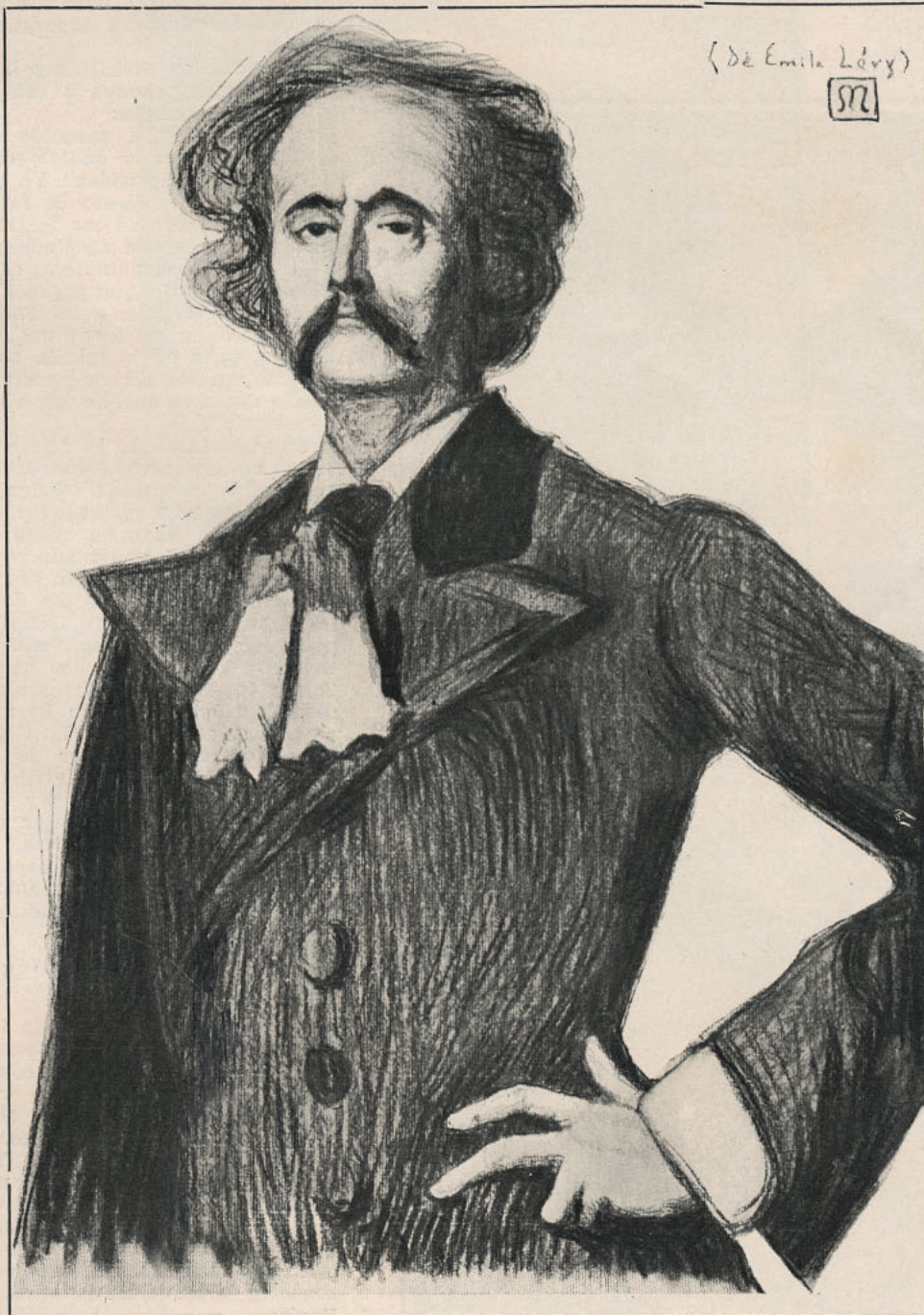
Así fué como me leí, unas tras otras, casi todas las obras del original literato, del mismo modo que un fumador enviciado va encendiendo un nuevo cigarro en la colilla del anterior.

Leí "Una historia sin nombre", "Las Diabólicas", "La Hechizada"... Leí "El Caballero Destouches", especie de poema fantástico y heroico en el cual revive la sangrienta gloria de los chouanes normandos, esos terribles defensores de la religión y del terruño. Libro aterrador y seductor; libro que hace pensar en una extensa proyección cinematográfica con figuras negras sobre fondo rojo. Libro del cual ha dicho Anatole France: "He creído oír silbar las balas de los bandoleros entre las quejas del viento. Ese libro me ha producido escalofríos".

Y luego—recuerdo que fué un día de sol—no olvidaré jamás la última emoción que despertaron en mi alma las primeras doscientas páginas de "Lo que no muere", esa novela de un

niño enamorado hasta la locura de una mujer cuyo amor pareciera un imposible y que al fin cede á los ruegos del muchacho, y le sacrifica todo, y le miente cariño, por piedad, por "esa piedad inagotable que, cuando todo ha muerto en el corazón de la mujer, tanto sentimiento como pasiones, permanece y vive perpetuamente en él, como la única cosa que nunca puede morir". Y en esta obra sentimental y romántica, también hallé esa mezcla de delicadeza y brutalidad de que antes hablaba, ese contraste de finura y grosería que está en todas las obras de Barbey, que es como el carácter de su literatura y que

siempre me ha hecho pensar en una viñeta que ví en cierta edición inglesa del "Otello" de Shakespeare: la mano negra, enorme, musculosa del apasionado moro, estrechando la mano blanca, pequeña, suave de Desdémona. Nada más que las dos manos en la viñeta oval. Y sin embargo, ¡qué expresión de inefable ternura en aquella estrecha unión de la rudeza y la fragilidad, de la fuerza y el desmayo! Así, en las obras del escritor normando, siempre hay una mano fuerte y brutal oprimiendo á una pequeña mano blanca, que palpita como una paloma atrapada en su vuelo...



Barbey D'Aurevilly

Pocos artistas de una originalidad más estupefactante en su vida que este Barbey D'Aurevilly. Parece que su gran preocupación fué siempre diferenciarse de los demás, huir del aire humano, que es á los hombres lo que á los parientes el aire de familia. Por no parecerse á la vulgaridad, por no formar parte de lo que se llama "todo el mundo", el autor de *Ce qui ne meurt pas* cometió las mayores extravagancias, y parece que la causa determinante de esta preocupación suya no fué el deseo de llamar la atención, no fué el afán de exhibirse, sino sencillamente el anhelo—bien comprensible, por cierto....—de no caer en el montón, de no ingresar en el re-

baño, de no ponerse el uniforme ni entrar en el casillero. De ahí esa originalidad un tanto infantil, un tanto ingenua, un tanto de niño grande, que un escritor francés ha caracterizado en la siguiente frase: *Il était excentrique avec un heureux naturel.*

Exéntrico, y á veces extravagante y en ocasiones ridículo. Desde luego, hay que recordar su dandismo desaforado, su indumentaria de una exagerada elegancia. Algo de su especial manera de vestir se ve en el retrato de Emile Lévy que adorna esta página, y en el cual aparece el Duque de Guisa de la Literatura, como lo llamara Lamartine, preso de su ajustado redingote, ostentando la valona de encajes y los puños de mosquetero, con la rara cabeza erguida en un movimiento de altivez y de energía y la mano femenina descansando en la cadera.

Pero ahí no está todo. No están las genialidades del historia-

dor de Brunnuel, no están las mil y una anécdotas que de él se cuentan y que, como las pinceladas sobre la tela, van haciendo surgir expresiva y viviente la figura del literato.

Recuerdo, por ejemplo, que en un libro llegado hará un año y que no estoy cierto si se llamaba "Les Dandys", contábase cosas deliciosas de Barbey. (Siento no tener mi biblioteca entre los árboles que me rodean, porque así habría podido citar títulos, autores y hasta números de páginas; pero, qué quereis, el calor me ha echado al huerto y hasta los pájaros, que suelen ser aves de erudición, han olvidado esos datos que yo en vano quiero recordar. Lo cual no será un impedimento para que os refiera aquello que creo haber leído en el libro ese...)

Una vez, por ejemplo, hubo entre Barbey y una gentil doncella cierta discusión acerca de cual de los dos tenía la cintura más esbelta y más airosa. Como ninguno de los dos cediera en sus pretensiones, hubo necesidad de apelar á la medida y refiere el escritor en sus memorias que se vengó de la doncella probándole que él era "más delgado sin corsé que ella con el suyo, que estallaba por todas partes".



FLORA Y CEFIRO

ARTURO T. NOWELL

Por lo demás, él llevaba el dandysmo á todo, hasta á la política, como se verá en la siguiente anécdota:

Al estallar la revolución de 1848, Barbey fué elegido presidente de un club obrero llamado "Club des Ouvriers de la Fraternalité" y que contaba con unos veinte mil socios. Fácil es comprender que las asambleas de una institución tan vasta no habrían de ser ni muy tranquilas ni muy silenciosas. Sucedió, pues, que en una agitada sesión de aquellas, á alguien se le ocurrió gritar: "¡Abajo los jesuitas!" Para el catolicismo de Barbey, aquel grito fué como una bofetada en pleno rostro. Trémulo de indignación, erizados los escasos, rebeldes y largos cabellos, olvidado por un momento de sus elegantes actitudes, sube como un torbellino á la tribuna y desde allí grita á sus consocios:

—¡Señores! Siento no tener como Cromwell una compañía de coraceros para caer encima de vosotros! (**Sensación prolongada**). Como no es tolerable que la garrulería y los gritos triunfen en este recinto, declaro el Club disuelto. ¡Salgamos! El trimestre del local está pagado y voy á echarme la llave al bolsillo á fin de que no sirva de albergue á los tribunales de taberna!

Tampoco es difícil imaginarse el escándalo y el bullicio consiguientes á tan formidable declaración.

Una vez escribía:

"Mi folletín ha parecido esta tarde. Parece que lo han encontrado endiabladamente paradójico. ¡Las paradojas! Ah, **parbleu!** Yo se las seguiré arrojando al paso. Verán. Siento de tal modo el odio á lo común, que la verdad me fastidia y me carga desde el instante en que es aceptada por los demás".

Es el odio incontinente, confesado á gritos, de la vulgaridad. Odio que aparece en los más solemnes y en los más triviales actos de su vida. Odio que lo hizo, dentro de su fervoroso catolicismo, dar la nota cómica, pues en la iglesia acostumbraba "rezar á la Virgen con las manos puestas en las caderas y lanzando á las santas de los **vitreaux** miradas llenas de coquetería".

Por apartarse de la rutina, Barbey D'Aurevilly escribía en sus cartas frases como éstas, que hacen sonreír por su rebuscada originalidad:

"Mil respetos en rededor de un afecto inviolable como perlas finas en rededor de un diamante". O bien: "¿Quereis poner mis respetos á los pies de esos bellos ojos que se llaman Mme. de Saint-Vigor?"

Por distinguirse de los demás, el **Condestable de las Letras**, que así era llamado Barbey por sus compañeros y admiradores, "escribía los artículos de crítica con tinta negra, los cuentos trágicos con tinta roja y los idilios sentimentales con tinta azul". (Gómez Carrillo, *Literatura Extranjera*). Y cuéntase que su primer artículo en "Le Figaro" fué una feroz diatriba contra el director de la "Revista de Ambos Mundos", M. Buloz, diatriba que originó una acusación ante los tribunales y de resultados de la cual el inflamable literato, á pesar de la elocuente defensa que de él hiciera Gambetta, hubo de pagar dos mil francos de multa, lo que hace exclamar al director de "Le Figaro", M. Villemessant: "¿Cómo queríais, Barbey, ganar un pleito usando ese redingote?"



Como la mayor parte de los novelistas franceses, como Balzac y como Flaubert, como Daudet y como France, como Bourget y como Maupassant, Barbey D'Aurevilly escribió versos, versos delicados y amorosos, pero en los cuales vibra siempre ese sentimiento de aversión al vulgo, llámese sociedad, pueblo ó sencillamente mundo. Y para que los lectores de esta revista comprueben por ellos mismos la veracidad de lo que digo y, al través de una deslucida traducción en prosa, se formen siquiera un vago concepto de la poesía de Barbey, voy á copiar aquí las cuatro estrofas de una composición casi desconocida y acaso inédita que me he encontrado en una revista de París:

¡Sí! Permanezcamos enmascarados para el mundo!
—No vale el mundo lo que él vería—en nuestra intimidad profunda,—si sorprendiera nuestro secreto!
—Sin duda él abusaría:—es tan cruel y tan mezquino!
—Clara mía, temo por tí—aquello que tú no conoces!

Tú no conoces de la vida—sino lo que ha soñado tu alma...—Pero yo, Clara, desconfío...—Yo sé lo que ella tiene de mentirosa,—y sé cómo los corazones envidiosos hieren á los corazones felices...—Nuestras máscaras serán nuestras corazas!—Pongámonos la máscara, Clara, ¿quieres?

Huela tus encantadores ojos que adoro,—ó, mejor aún, mi Clara, llénalos—de desdén y hasta de cruel-

dad...—Ríete de mí, te lo permito!—Que jamás se pueda decir:—“Ved cómo se miran con dulces ojos—y cómo impera el uno sobre el otro...”—Pongámonos la máscara, Clara mía!

No por eso serás menos encantadora—y acaso seas más—embriagante así, falsa,—y así me embriagarás mejor!—Es tan grande el encanto del misterio—y á las frentes blancas sienta tanto la máscara negra!—Mentir es mejor que callar;—sentirse es más que verse!

¿No es verdad que todo eso es de una delicadeza y de una profundidad realmente admirables?



A semejanza de aquellos legendarios tipos de hidalgos españoles, que en medio de la ruina y la desventura conservan su actitud altiva y se yerguen ante la plebe y ante la burguesía que los rodea, y que muchas veces los protegen, como se erguiría un rey ante su corte; á semejanza de esos nobles testarudos que jamás confiesan su inopia y que, por no abandonar el gesto superior, capaces serían de rechazar el pan que su vacío estómago reclama humildemente, Barbey D'Aurevilly, sereno y fuerte como un Dios pobre, ocultaba las miserias de su vida en un modesto cuarto de la rue Rousselet, en París. Tengo ante mi vista la fotografía de esa pieza, sencilla como la de un estudiante, sobria como la de un burgués acomodado. Por ese culto piadoso que las naciones verdaderamente civilizadas rinden á los muertos ilustres, la habitación del autor de *Diaboliques* se conserva poco más ó menos como quedó el día que murió el escritor, y así puede verse sobre una silla de brazos el redingote en que Barbey enfundara su elegante cuerpo, la cama en donde exhalara su último suspiro y, sobre una mesita, el libro abierto (alguna obra de Balzac, tal vez, de cuya lectura era Barbey gran aficionado) el libro que adulzó probablemente las crueles horas de la vigilia y de la enfermedad.

Ahí, en esa pobre habitación, trajeado con su capa de carretero normando—porque el que era en la calle un dandy, gustaba de trabajar en holgada *deshabillé*—Barbey vivió durante largos años. En esa pieza, cuyo arrendamiento importábale quinientos francos anuales, escribió varios de sus libros: *Le Bas Bleu*, *Goe the et Diderot*, algunas de sus *Diaboliques*, *Une Histoire Sans*



NIÑO DEL VOLANTIN.—Bronce de Lidia Berroeta, segunda medalla Salón de Bellas Artes.

de Anatole France: “No os asustéis. Ese gran blasfemo se ha salvado. En su impía audacia de tambor mayor y de romántico conservó una divina inocencia, un santo candor que le hicieron encontrar gracia ante la eterna sabiduría. San Pedro debe de haber dicho al verlo:

—He aquí á Barbey D'Aurevilly. Quiso poseer todos los vicios, pero no pudo, porque es cosa difícil, y para lo cual son menester particulares disposiciones. El habría querido cubrirse de crímenes, porque el crimen es pintoresco; pero, á pesar de todo, continuó siendo el hombre más galante del mundo y su vida fué casi monástica. Dijo á veces cosas bien perversas, es cierto; pero como no las creía él mismo ni las hacía creer á nadie y todo aquello no era más que literatura, la falta es perdonable. Chateaubriand, que también fué de nuestro partido, se burló en su vida de nosotros más seriamente”.

Creamos que Barbey entró al cielo...

M. MAGALLANES MOURE

Otros Barrabases

“Pensar en hallar (en el reino de Chile) un gobernador bueno, sin defectos, es moralmente imposible, ni es eso lo que se pide”.

CARVALLO Y GOYENECHÉ

EN “El Mercurio” de los últimos días se ha podido leer algo más de lo preciso acerca de la vida y milagros de don Francisco de Meneses, vulgarmente conocido con el sobrenombre de *Barrabás*, que desde sus mocedades y por exceso de ellas, diéranle sus compañeros de armas, y que por los siglos de los siglos quedará en los fastos nacionales como el más malo de los hombres que han llegado á gobernar en Chile, acaso el único tirano que ha oprimido á un pueblo sin dejar en contrapeso de sus maldades el recuerdo de una sola obra buena, según se desprende de las relaciones contestes y uniformes de todos los testigos que le trataron y padecieron.

Pero escrito todo aquello ha quedado como aleteando en el aire esta grave y curiosa cuestión, bien digna de inmediata respuesta.

Don Francisco de Meneses, ¿era por ventura para Chile una excepción entre los gobernadores de la la Colonia en el afán

de enriquecerse sin consideración alguna al honor ni al dolor de nadie, y en la crueldad de los métodos que para ello empleó?

En lo de la crueldad, evidentemente, sí fué una excepción; pero en lo de la codicia, Meneses se confunde y á veces queda atrás en la masa de sus colegas.

Fray Juan de Jesús María, buscando ejemplos para reprochar los peculados de los gobernadores y exhibir el triste fin que algunos tuvieron, pudiera mostrarles, dice, “desde la tragedia lamentable de don Pedro de Valdivia, que fué el primer glorioso capitán á quien la codicia ocasionase su precipicio...”

“Pero acerquémonos á los modernos, á aquellos que conocimos y tratamos.

“¿De qué le importaron á don Francisco Laso de la Vega lo glorioso de sus victorias si acabó la vida en el gobierno y la hacienda adquirida se volvió humo? Al marqués de Baidés le

vimos perecer ahogado á la vista de Cádiz y con él toda su hacienda. Don Martín de Mujica se cayó muerto y su hacienda adquirida en la guerra, como si fuera de duendes, se convirtió en carbón. Don Alonso de Figueroa que sucedió en interin, y que afirman que juntó cien mil pesos en un año, apenas se le halló una sábana que le sirviese de mortaja. En qué paró don Antonio de Acuña y Cabrera sino en perder el crédito y la hacienda? Don Pedro Porter Casanati, que murió gobernador con muchas haciendas un criado suyo se quedó con ella, sin que haya habido quien le pida cuentas".

Eran, pues, los gobernadores, cuál más cuál menos, todos iguales, á excepción de uno que otro como aquel don Marcos José de Garro que gobernó el reino de 1682 á 1592. Impuesto de los cargos que por ganancias indebidas se hacían contra su antecesor, don Juan de Henríquez, hizo pasear en andas por la plaza de Armas unas talegas que contenían la suma de cinco mil pesos, fruto de sus economías en los gobiernos de Tucumán y Buenos Aires, y así lo efectuó á fin de que el pueblo viera lo que traía y lo que después se llevara y supiese que "no venfa ni á pedir, ni á quitar, á vender, ni á comerciar".

Honrado y trabajador, aunque bien duro á las veces, Garro, sin embargo, mereció de los santiaguinos el nombre de santo. Pero si Meneses había barrido con cuanto había en el reino,



ADOPTADOS

WALTER HUNT

preguntará el curioso lector ¿qué podían robar los otros Barrabases, si es que después vinieran otros iguales? Véase, aunque sea de pasada, algo de lo que ocurría al respecto.

Don Juan de Henríquez gobernó en Chile desde 1570 hasta 1682, y fué su gobierno como un soplo de vida para la ale-

targada colonia. Mejoró los servicios públicos, cuidó de la higiene, instaló en la plaza una pila, trayendo el agua desde las vertientes de la cordillera; favoreció el comercio y la navegación; abarató los fletes y el precio de las mercaderías y obtuvo que el presidio de Valdivia fuera incorporado á la administración chilena; trató de formar el censo de la población y creó como reserva del ejército permanente, una verdadera guardia nacional que en Santiago llegó á tener ochocientos soldados.

Era hombre "de suma prudencia", dicen los historiadores. "Ni dejó sin premio el mérito, ni se embarazó en persecuciones y por eso vivieron todos contentos, y no hubo quien tuviese motivo de queja".

Pero... "salió de su gobierno tan acaudalado como ninguno hasta entonces. Le tocaron de presa ochocientos indios prisioneros que vendió en doscientos cincuenta pesos cada uno, y la insaciable hambre de oro le sugirió un rasgo de negocios muy ventajosos. Los repartió entre los labradores con la condición de pagárselos con trigo á razón de cuatro reales la fanega, que es allí su precio corriente cuando se anticipa el dinero, y lo vendía al rey para abasto del ejército al precio de dieciséis y tomaba anualmente su importe del caudal del situado. De este modo cuadruplicaba el valor del esclavo, y siendo constante que le tocaron ochocientos prisioneros, le rindieron éstos ochocientos mil pesos, que fué excesivo lucro en este sólo ramo de comercio".

Y así, pagados de sus buenos modales como agradecidos de sus obras, los santiaguinos lloraron sinceramente la partida del gran gobernador Meneses, á quien por poco no canonizaron los padres jesuitas, cuya amistad había buscado con tanto empeño como las riquezas que se llevó, lo cual sujeta la sospecha de que si Meneses hubiera sabido hermanar sus intereses con el buen servicio y el mejor trato, sus rapiñas habrían sido igualmente perdonadas ó disminuidas.



VENDEDORA DE NARANJAS EN LIGURIA

H. H. LA TANGUE

Ochocientos mil pesos sacados á este pobre país, en un sólo ramo de negocios! ¿Qué de bienes, qué grandiosa transformación no se hubiera apoderado en él si un hombre honrado hubiera empleado esos caudales en aliviar la suerte del pueblo,

cubrir las necesidades de la administración y fomentar las riquezas abandonadas, como años más tarde lo hizo don Ambrosio O'Higgins?

Pero á pesar de todo y por más extraño que parezca, los gobernadores antedichos no habían llenado todavía la medida de los escándalos y peculados.

Resérvase este record, como ahora se dice, al sargento general de batalla, don Francisco Ibañez y Peralta, que gobernó sin grandes molestias desde 1700 hasta 1708.

Como militar distinguido y hermano del marqués de Mondejar, grande de España por su mujer, tenfanle asignadas cuantiosas pensiones; pero como el tesoro real no las pagaba, viéndose pobre y ya viejo, solicitó y obtuvo lo que solicitaban para rehacer su fortuna los nobles venidos á menos, especialmente los tunantes y segundones, esto es, un empleo en las Américas.

Para eso se le nombró gobernador y capitán general de Chile, y ningún otro hasta entonces había venido con más firme propósito ni más urgencia de enriquecerse de la noche á la mañana, si ello fuera posible.

Porque Ibañez no traía, como Meneses, la primera carroza que vió Santiago, ni cortejo, ni caballos, ni galgos de gran precio. No traía ni siquiera ni los cinco mil pesos de Garro. Muy al contrario, había salido de España con dinero prestado y como en el viaje desde Madrid tardara más de dos años, siguió viviendo de empréstitos hechos tan á la desesperada á que por un abonaba el ciento diez por ciento de interés, de modo que se sintió muy aliviado cuando en Lima encontró quien le facilitara otra suma sólo al cincuenta por ciento. Los galgos de Meneses eran para Ibañez una deuda de ciento veinticinco mil pesos con la cual hizo su entrada á Santiago.

No obstante esta triste circunstancia y tal vez por aquello que decían entonces: "majestad y pobreza todo en una misma pieza", Ibañez se negó con enfado á prestar juramento ante el Cabildo, menosprecio que hizo exclamar á los santiaguinos:

—¡Cielos, si será un nuevo Barrabás!

Y por razones que él se sabía, tampoco rindió la fianza de estilo para responder á las resultas de su administración.

Aunque altanero y voluntarioso como Meneses, pero mucho más discreto y humano en sus métodos económicos, no comenzó como aquel á solicitar obsequios por fuera, sino á pedir en préstamo á los vecinos más acaudalados sumas considerables que empleó en aplacar á los acreedores menos respetuosos y establecer negocios que debían multiplicar sus recursos.

Como para principiar, estableció una carnicería y tiendas de artículos europeos, que luego tuvieron relaciones con plazas de Cuyo y Lima; se apropió las multas; vendió el corregimiento de Aconcagua en mil pesos y el de Maule en dos ó tres, vendió también los otros empleos públicos; revendió las encomiendas; negoció con la justicia, y hasta se negó á pagar el cánón de arrendamiento de la casa que ocupaba; porque ni él ni sus parientes pagaban lo que compraban, á la vez que vendían al contado todo lo que no les era licito vender.

El general don Pedro de Prado, que no escarmentaba de gobernadores, le prestó una chacra en los alrededores de Santiago para que mantuviera en ella sus caballos y las mulas de su carroza. Ibañez hizo siembras y estableció una crianza de aves, ovejas y cabros de los cuales sacaba cordovanes para la venta.

Con él vinieron de España don sobrinas, una casada con el marqués de Corpa y la otra con un hermano de éste, y en

cabeza de ellos compró valiosas propiedades, en condiciones calculadas para burlar su pago. Declarando acerca de la compra de la hacienda de Chocalán que entonces comprendía el cajón de Aculeo, las dos haciendas del Carmen y la de la Vega, dice un testigo: "Desde el principio de su gobierno impulsó á los censuatrios á que la ejecutasen, y habiéndola sacado de remate, la sacó en su cabeza su sobrino en cantidad de once mil pesos ó más, y se sabe que no se han pagado, habiendo dejado á los dueños en estado miserabilísimo... y que sabe que en dicha estancia hizo muchas poblaciones y viviendas, estrayendo los indios de sus pueblos.

Las matanzas que todos los años hacía de vacunos y cabríos pasaban de catorce mil cabezas, y éstas se compraban "con ropa que entregaba en su propia casa por don José de Solís, su criado", ó que enviaba el gobernador á todos ó los más correjidores de este reino". Estableció además en Chocalán un molino y una curtiembre y para poblarla dió al de Corpa una encomienda de sesenta y ocho indios de trabajo.

Prohibida la esclavitud de los indios, la guerra de Arauco había dejado de ser un negocio para los gobernadores. A fin de suplir este ramo de entradas, Ibañez pidió autorización al rey para traer á Melipilla, Tango y Renca los indijenas de Osorno, Villarrica y Valdivia.

Para realizar obra tan reproductiva é ingeniosa, Ibañez sólo pedía el envío puntual del situado, que en esa fecha se elevaba á \$ 200,000. Aún cuando solían transcurrir siete y hasta ocho años sin que llegara ninguno más, á lo que parece, el nuevo plan no fué del agrado del rey.

Por lo demás, el reparto de lo que recibió por este capítulo, lo hizo de tal manera que sucesivamente se sublevaron los tercios de Yumbel y Arauco al grito de ¡Viva el rey! ¡Abajo el mal gobierno!

Ibañez los calmó y burló y aún impuso á varios oficiales le pena de muerte, medida por la cual el rey le reprendió severamente y le condenó al pago de una multa, castigo que no afrentó á Meneses.

Aunque muy estimado de los santiaguinos, el fin de Ibañez fué más triste que el de este último. Acusado el marqués de Corpa, que se había trasladado á España, primero de hacer armas contra el rey, y de conspirar, en seguida, para que los ingleses invadieran á Chile, se decretó la espulsión de su familia y el embargo de sus bienes, que eran los mismos de su tío.

Al término de su administración el rey dió á Ibañez un reemplazante sin ninguna de las recompensas que eran de costumbre. Pensaba avecindarse en el país cuando su sucesor, don Juan Andrés de Ustariz, le hizo salir violentamente para el Perú, infamándole con la injusta sospecha de que también podía servir de agente á esa soñada invasión inglesa, que había llegado á ser la pesadilla del gobierno español, y hubiera dado á Chile otros destinos.

Pero ehando al olvido á Ibañez y á otros iguales á él durante el largo cautiverio de la Colonia, se llega á esta conclusión:

La honradez administrativa en Chile iba á ser el timbre de honor de la República, el laurel reservado á cada uno de sus Presidentes.

I. CONCHALI

Entrevista con Swinburne

LA muerte de Swinburne, nos ha recordado una curiosa narración de Maupassant, que presentamos á nuestros lectores:

"Encontré hace tiempo á este poeta, cuya extraña fisonomía además de interesantísima, es de lo más inquietante. Hízome el efecto de un Edgard Poë idealista y sensual, con alma de escritor más exaltada, más depravada, más amante de lo extraño y lo monstruoso, más curiosa, investigadora y evocadora de los refinamientos sutiles y anti-naturales de la vida y de la idea, que el alma del americano, sólo evocadora de fantasmas y de terrores, y he conservado, de mis pocas entrevistas con él, la impresión del ser más extravagantemente artista que tal vez exista hoy en el mundo.

"Y como artista, lo es tanto, á la manera antigua como á la moderna. Lírico, épico, adorador del ritmo, poeta de epopeya, lleno del soplo griego, es también uno de los más refinados y de los más sutiles, entre los exploradores de matices y de sensaciones, que forman escuelas nuevas.

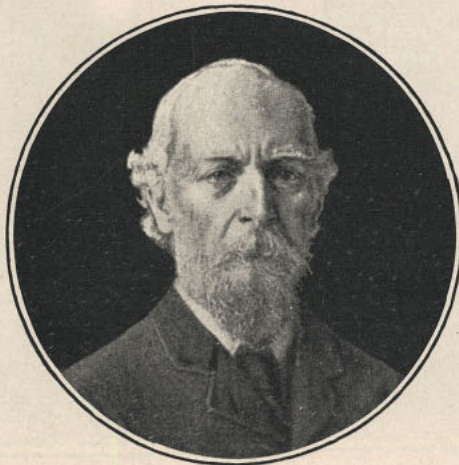
"Hé aquí cómo lo conocí:
"Era yo muy joven y pasaba el verano en la playa de Etretat. Una mañana, como á las diez, unos marineros llegaron gritando que un nadador se estaba ahogando bajo la Puerta de arriba. Tomaron un bote y lo acompañé. El nadador, que ignoraba la terrible corriente que pasa bajo esta arcada, había sido arrastrado, y había sido recogido en seguida por una barca que pescaba tras de esa puerta, llamada comunmente la Puerta Pequeña.

"Supe, en la misma noche, que el bañista imprudente era un poeta inglés, Mr. Algernon Charles Swinburne, venido, desde hacía algunos días, á casa de otro inglés, con quien conversaba yo á menudo en la playa. Este

inglés era Mr. Powel, propietario de un pequeño chalet bautizado por él con el nombre de "Chaumière Dolmancé".

"Este Mr. Powel tenía admirada á la gente por su vida enteramente solitaria y extraña, sobre todo para los burgueses y marineros, poco acostumbrados á fantasías y excentricidades inglesas. Supo que yo había tratado, demasiado tarde, de socorrer á su amigo, y me envió una invitación á almorzar para el día siguiente. Los dos hombres me esperaban en un bonito jardín sombreado y fresco, tras una casa normanda muy baja construída de piedra y cubierta de totora. Ambos eran de talla pequeña: Mr. Powel gordo; Mr. Swinburne, delgado, muy delgado y sorprendente á primera vista; una especie de aparición fantástica. Entonces al mirarlo por primera vez, pensé en Edgard Poë. Su frente era muy grande, cubierta de largos cabellos y la cara se iba angostando hacia la barba delgada, adornada de escasos pelos. Un fino bigote sombreaba unos labios extraordinariamente delgados y apretados, y el cuello, que parecía interminable, unía esta cabeza viva por sus ojos claros, fijos y escrutadores á un cuerpo sin hombros, pues lo alto del pecho apenas aparecía más ancho que la frente. Todo este personaje casi sobrenatural estaba agitado de sacudidas nerviosas. Fué muy cordial, muy amistoso; el encanto extraordinario de su inteligencia me sedujo inmediatamente.

"Durante todo el almuerzo, se habló de arte, de literatura y de humanidad; y las opiniones de esos dos amigos arrojaban sobre las cosas una especie de resplandor inquietante, macabro, pues tenían unas manera de ver y de comprender que me los mostraba como dos visionarios enfermos, ebrios de poesía perversa y mágica. Sobre



El último retrato del poeta. Nacido el 5 de Abril de 1837; muerto el 10 de Abril de 1909.

Las mesas, yacían osamentas; entre ellas la mano de un desollado, de un parricida, según parece, cuya sangre y cuyos músculos secos estaban adheridos á los huesos blancos. Me mostraron dibujos y fotografías fantásticas, todo un mobiliario de increíbles "bibelots". Rondaba vecino á nosotros, gesticulando, un mono muy divertido, familiar, lleno de burlas y bromas que hacer, amigo decidido de sus amos, enemigo solapado de los recién llegados.

"El mono fué ahorcado, según dicen, por uno de los jóvenes sirvientes de los ingleses, que tenía ojeriza al animal. Enterróse al muerto en medio del césped, delante de la puerta de la casa. Se encargó para colocarlo sobre su ataúd, un enorme bloque de granito en que se grabó simplemente el nombre "Nip" y que llevaba en la parte alta, como en los cementerios orientales, una copa de agua para las aves.

"Algunos días después fui invitado nuevamente á casa de esos ingleses originales, con el objeto de almorzar un mono al asador, que se había encargado con ese objeto á un comerciante de animales exóticos del Havre. El sólo olor y el sabor detestable del animal me arrancó para siempre al deseo de repetir semejante comida.

"Pero Mr. Swinburne y Mr. Powel estuvieron, en cambio, deliciosos en fantasía y lirismo. Me contaron leyendas irlandesas traducidas por M. Powel, leyendas de una rareza sorprendente y terrible. Swinburne habló de Víctor Hugo con infinito entusiasmo.

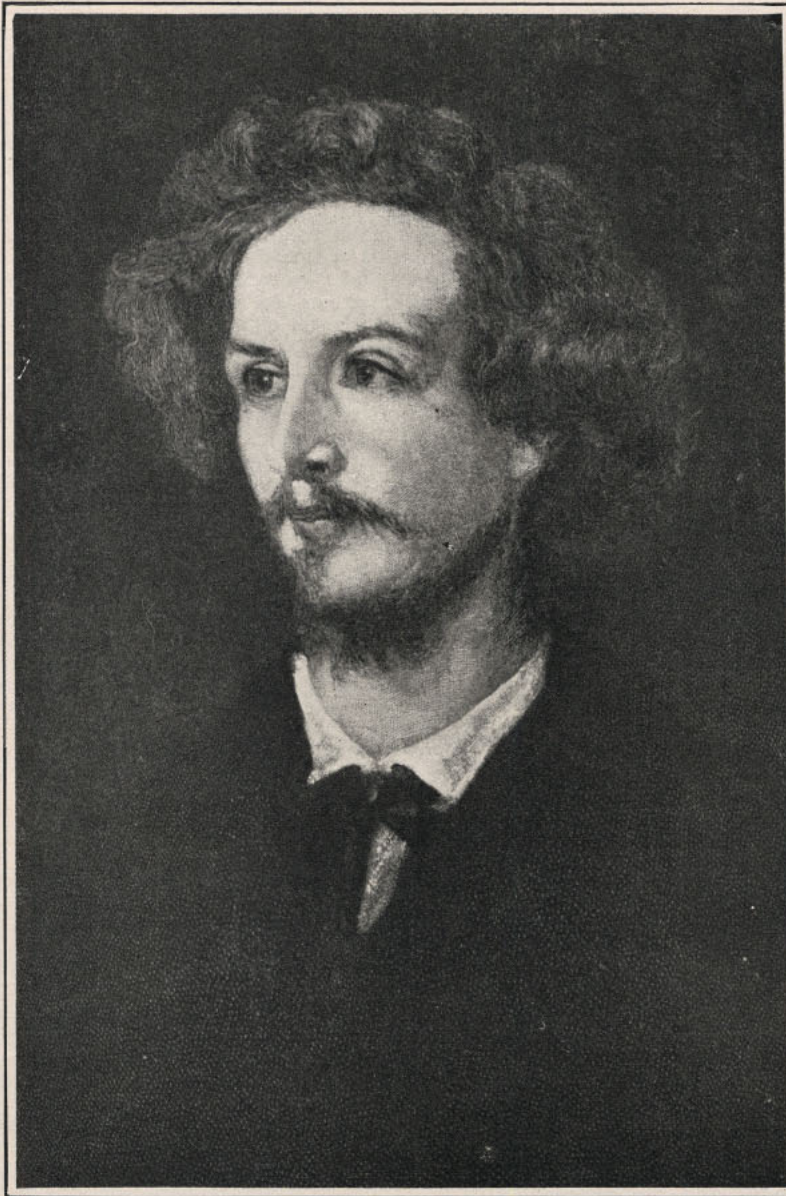
"No lo he vuelto á ver. Otro escritor extranjero, muy grande, el hombre más intelectual que he conocido, quiero decir, dotado de intuiciones más perspicaces sobre la humanidad, de más amplia filosofía, de opiniones más independientes en todo, el novelista ruso Ivan Tourgueneff, me tradujo á menudo poemas de Swinburne con verdadera admiración. Criticaba también. Pero todo artista tiene defectos. Basta con ser artista.—GUY DE MAUPASSANT".

Damos en seguida algunas muestras de la literatura de Swinburne:

1. HIMNO DE AMOR

El amor ha posado su cabeza, que ya no conoce el sueño, en un espinoso lecho de rosas; sus ojos estaban enrojecidos por el llanto, y pálidos sus labios

sobre el amor ligero, sino sólo el canto de un ave misteriosa.—A. C. SWINBURNE".



Algernon Charles Swinburne

como los de un muerto. Y flor, y amargura y desdén estuvieron de guardia en torno de su cabeza desfalleciente hasta que la noche tocó á su fin y vino la mañana á devolver la alegría al universo.

Y la alegría llegó con la aurora y depositó un ósculo en los labios de Amor dormido y los guardianes, grises fantasmas, huyeron en tropel de su cabecera.

E ilumináronse sus ojos como la Aurora y sus labios tomaron el rojo destello de la luz. El reinado del dolor puede durar una noche, pero el día traerá el encanto.

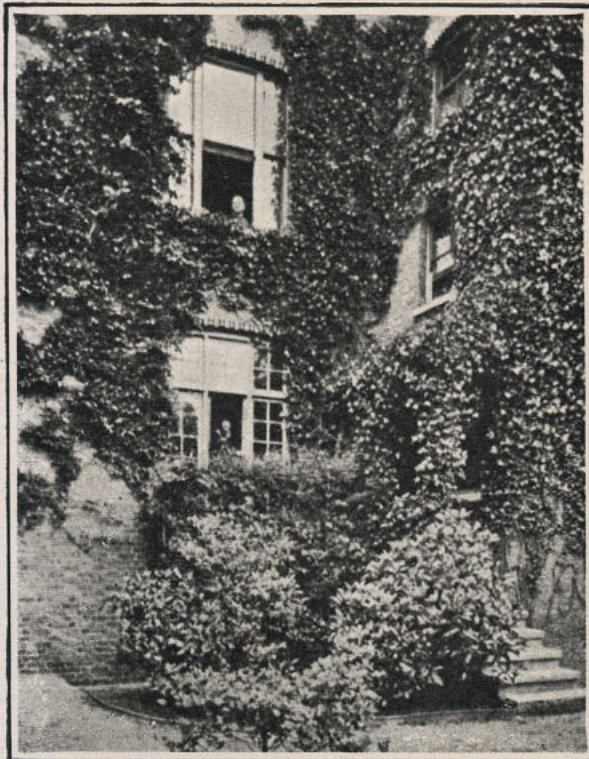
2. BALADA DEL PAIS DE LOS SUEÑOS

He ocultado mi corazón en un nido de rosas, fuera del camino que sigue el sol, muy escondido en la soledad, en un lecho más suave que el de la blanca y blanda nieve. Bajo las rosas he ocultado mi corazón. ¿Por qué no habría de dormir? ¿Por qué huiría cuando no palpita una sola hoja del rosal para que el sueño agite sus alas y emprenda el vuelo? Sólo se oye el canto de una ave misteriosa.

Quédate inmóvil, dije, pues el viento repliega sus alas y las tiernas hojas embotan el aguijón del sol penetrante; quédate inmóvil, pues el viento se amodorra sobre el cáldo mar y el viento es más turbulento que tú. ¿Hay aún en tí algún pensamiento como la herida dolorosa de una espina? Sientes aún removerse en tí el anzuelo ponzoñoso de una esperanza aplazada? ¿Qué hace entreabrir los párpados á tu sueño? Es sólo el cantar de un ave misteriosa.

El nombre de este verde país cerrado por encantamiento no ha sido jamás escrito en la carta del viajero. Y, por dulce que sea el fruto que se ostenta en las ramas de sus árboles, no ha sido vendido nunca en el mercado. Las golondrinas de los ensueños se deslizan á través de sus vagos espacios, y en las cimas de los árboles, se oyen aires de sopor. El grito del perro de caza no despierta aquí al ciervo salvaje de la selva. Sólo se oye el canto de una ave misteriosa.

En el mundo del ensueño, he fijado mi lugar para dormir una estación y no oír palabra alguna de verdad sobre el verdadero amor, ó de artificio



En el retiro de Putney Hill. Asomado á la ventana superior, Swinburne; á la inferior, Mr. Theodore Watts-Dunton.



Un rincón de una de las piezas de Mr. Watts-Dunton. Puede verse un busto de Swinburne sobre la chimenea, á la derecha.

El poeta y Watts-Dunton compartieron esta casa durante treinta años, llevando una vida muy tranquila y alejados de las febriles agitaciones de la vida social...



...Y los pastores nos miraban pasar con los mismos ojos tranquilos...

EN EXTREMADURA

TRES días de vacaciones; el último de Octubre y los dos primeros de Noviembre... La cosa está clara; á huir de la ciudad y de sus cuidados, á respirar aire de campo libre, á correr tierras, villas y lugares. Y me fuí primero á Béjar, en ella refresco mi vista reposándola en la pureza de la nieve de la sierra. En aquellas alturas de silencio y libertad, protegidas ahora por el manto de la nieve, pasé una noche inolvidable. Y Béjar todo está ya para mí poblado de recuerdos: he dejado en él ya muchas horas de mi vida.

Desde Béjar bajamos á Extremadura, en busca de mejor temple de aire. El día desapacible; anchos nubarrones y á ratos llovizna fría. Devoraba el auto la carretera, por entre frondosos castaños, á la vista de la enhiesta sierra nevada. Se abrió ante nuestros ojos la serena extensión de Extremadura, la tierra de las dehesas, de los vastos encinares, de las majadas y de los rodeos.

Entre peñascos revestidos de verdura, mirándose en el Jerte, alza Plasencia las moles de sus antiguos castillos y en el centro la fábrica de su inconclusa catedral. La rodeamos, siguiendo la ronda de su carretera, dejándola en su secular siesta sólo interrumpida de tiempo en tiempo por las intestinas disensiones de su belicoso cabildo, luchas de canónigos que ponen en conmoción al pueblo entero. Y alguna vez un proceso célebre como aquel del muerto resucitado que dió pábulo largo tiempo á estas imaginaciones enmohecidas. Si no hay muerto resucitado, ni batalla de canónigos, ni eclipse, ¿qué van á hacer? Jugarse el dinero, que es su manera de matar el tiempo y la vida.

Allá quedó Plasencia, entre sus verdes riscos, y nosotros cruzando dehesas. Desfilaban á nuestro lado solemnes encinares, henchidos de reposo, y de cuando en cuando los alcornoques, despojados de su corcho, nos mostraban su rojo tronco desnudo, como cuerpos desollados de sufridos San Bartolomé vegetales. Alguna vez el auto levantaba una bandada de perdices; otras tenía que refrenar su marcha para que nos abriese paso un rebaño de ovejas. Y los pastores nos miraban pasar con los mismos ojos tranquilos, inasombrados, con que sus ovejas nos miraban. Probablemente pensarían unos y otras lo mismo de nosotros y de las maravillas de la mecánica. Son los mismos pastores á que dirigió su eterno discurso nuestro señor Don Quijote. ¿Y si hoy volviese Don Quijote en auto? ¿Cómo le recibirían?

La hostilidad de arrieros, carreteros y trajinantes al auto es evidente. Les obliga á ir despiertos por los caminos, á no dejarse dormir sobre sus carros, y una de las peores ofensas que á un español pueden hacerse es interrumpirle la siesta, obligarle á andar despierto por los caminos de la vida. Natural es, pues, que estos caminantes durmientes aborrezcan al auto.

Para ir de Plasencia á Trujillo hay que cruzar el río Tajo, y se le cruza por el puente llamado del Cardenal, junto á la confluencia del Tajo con el Alagón. Hermoso rincón de nuestra España este del puente del Cardenal, y muy característico. Corre el Tajo por su abrupta hoz, que unas veces se cierra en riscosa cañada y otras se abre en apacibles vegas. Entre aquellos peñascos crecen las madroñeras que nos brindan su salvaje fruto, y las jaras que perfuman el ambiente. Muy cerca del puente atravesamos las Portilleras, unos enhiestos peñones donde los buitres hacen nido, que dejan entre sí paso al cauce del río. Los buitres se ciernen solemnemente sobre las corrientes aguas. Y allí encima, encaramado entre tornos y riscos, se yergue la ermita de Monforte, nombre que el pueblo ha alterado en Monfrane y Manfrane. Estaba el antiguo castillo, las ruinas que de él quedan, envuelto en niebla. El Tajo se perdía á nuestra vista entre los recodos de las montañas que le hacen lecho, de esas montañas en que se resuelve, al romperse por la acción secular de las aguas, la meseta castellana.

Un río es algo que tiene una fuerte y marcada personalidad, es algo con fisonomía y vida propias. Uno de mis más vivos deseos es el de seguir el curso de nuestros grandes ríos, el Duero, el Miño, el Tajo, el Guadiana, el Guadalquivir, el Ebro. Se les siente vivir. Cogerlos desde su más tierna infancia, desde su cuna, desde la fuente de su más largo brazo, y seguirlos por caídas y rompientes, por angosturas y hoces, por vegas y riberas. La cuna de agua es para ellos algo así como la conciencia para nosotros, unas veces agitada y espumosa, otras alojada de cieno, turbia y opaca, otras cristalina y clara, rumorosa á trechos. El agua es, en efecto, la conciencia del paisaje; en el agua, cuando queda quieta y serena, se reflejan los árboles y las rocas, en el agua se ven como en espejo, en el agua se desdoblán, adquieren reflexión de sí: el agua es, repito, la conciencia del paisaje. Donde hay agua parece el paisaje vivo. Y el agua del río es conciencia viviente, conciencia movediza.

¿Hay algo que mejor simbolice la vida de un hombre que la de un río, desde que brotando de una fuente entre montañas va á morir en otro río ó en el mar?

Nuestras vidas son los ríos
que van á dar en el mar
que es morir,

como cantó Jorge Manrique en sus inmortales coplas.

Tiene el río su infancia, su adolescencia, su madurez, su vejez y su muerte; tiene sus horas de angustia y de tormenta, sus horas de descanso, sus horas de desfallecimiento. Yo que he visto al Tajo cuando próximo á morir ensancha enormemente su pecho, allá en Lisboa, para recibir en él las aguas en que va á fundirse, para llenarse de mar antes de en el mar perderse, le veo aquí abrirse paso valientemente, luchando á brazo partido, rompiendo peñascos, por entre las Portilleras. ¡Bravo luchador! Bien merece aquélla, su augusta y majestuosa muerte, aquella su imperial desembocadura de Lisboa. Y ¡qué llena de enseñanzas esta vida tormentosa y brava, de recio luchador, desde que pasa al pie de la imperial Toledo y se abaja después bajo las horcas caudinas del majestuoso puente romano de Alcántara—una de las mayores hermosuras que en España pueden verse—y entra en Portugal á morir rindiendo sus fatigadas aguas al Atlántico!

Dejando á la espalda el Tajo, fuimos á dormir á una finca en medio del campo entre las encinas. Uno de esos sueños como sólo en el campo, en lo hondo del silencio, cabe gozarlos. El sol entró á despertarme en la cama. Y á la tarde emprendimos nuestra marcha á Trujillo.

Trujillo, la cuna de los Pizarros, la patria de los conquistadores. Fué esta bravía y recia Extremadura la que más nutrió con sus hijos las filas de aquellos legendarios aventureros que, desde el fondo de estas sierras y estos campos, sin haber nunca visto el mar, que cae lejos de aquí, se lanzaron á cruzar el mar para ir á la conquista del Eldorado, sedientos de oro y de aventuras. El que no conozca algo estas gentes, apáticas al parecer, violentas y apasionadas en el fondo, mal puede explicarse aquella nuestra epopeya.

Se ha llamado á los extremeños los indios de España, aludiendo á su braveza. Y bravos y extremosos son, en efecto. La braveza que los Pizarros mostraron en las armas mostró Donoso Cortés en la oratoria y en la poesía Espronceda. He llegado á suponer que el paludismo, azote de esta tierra extremeña, es el que ha modelado el carácter de estas gentes. Les ha hecho irribles á la vez que apáticos; pasan de la inacción de la modorra á una actividad febril, siendo poco capaces de la acción sostenida y lenta. Los veranos son terribles en esta región. El que quiera formarse idea de ello lea en el libro portugués "El Equina", de Fialho d'Almeida, aquella portentosa descripción de la

siega en el Aleutejo—que corresponde en Portugal á nuestra Extremadura—aqueel trozo que es de lo más fuerte, de lo más robusto, de lo más trágicamente sugestivo que se haya escrito en la península y fuera de ella. Se titula "A ceifa". Aquello os dará idea de lo que ese infierno del verano extremeño sea.

Dimos vista á Trujillo. La masa de sus torres y sus ruinas se recortaba sobre el cielo, entre las lloviznas. Entre esas torres la que dicen levantó ó hizo levantar Julio César, pues la más corriente etimología de Trujillo, el antiguo Turgellum, es la que le supone derivar de "Turrís Julii" torre de Julio, etimología ciertamente muy discutible. Pero en los pueblos una de las cosas indiscutibles son las etimologías que vienen refrendadas por antiguos historiadores y eruditos, que de esto de etimologizar sabían bien poco, y autorizadas por los eruditos locales. El arqueólogo local—y apenas hay villa y ciudad que no le tenga—es uno de los sujetos más amenos y más dignos de ser conocidos. No me enteré si le había en Trujillo, aunque no puede faltar en él. Cierta es también que cuando no me sobra tiempo y humor huyo de tales arqueólogos.

Sin arqueólogo alguno ni más cicerone que un chiquillo cualquiera que topáramos al azar de las calles, emprendimos nuestra visita.

Es Trujillo una ciudad abierta, clara, confortable, regularmente bien urbanizada, apacible y que da una cierta sensación de bienestar de hidalgo campesino. Su plaza ofrece un hermoso punto de vista; casas señoriales, con sus escudos historiados, y entre ellas la que fundaron los marqueses de la Conquista, los descendientes de Gonzalo Pizarro, y torres de iglesias en derredor.

Subimos á visitar la iglesia mayor, la más antigua—no mucho—y de allí nos llevó un chiquillo á las ruinas de un antiguo convento. Por unos infectos pasadizos, sobre un piso de pedruscos, nos condujo, por entre escombreras, á las ruinas de un antiguo claustro. Allí, bajo las ruinosas arcadas, en un rincón, seis hombres se acurrucaban en el suelo en corro. "¿Qué hacen esos hombres ahí?", le pregunté al chiquillo que nos guiaba, y me respondió: "jugar al cané". Nos asomamos luego á un saliente, sobre las ruinas de la antigua muralla, y por allá fuera, junto á la muralla, resguardándose algunos de la llovizna con paraguas, otros seis ú ocho hombres se acurrucaban en corro. "¿Y aquellos otros?", y me respondió: "¿aquellos? pues jugar también al cané".

Como de la casa natal de Pizarro, si es que se sabe dónde naciera, no quedan ya sino informes ruinas, fuimos pasando al pie de unos peñascos revestidos de chumberas ó nopales—lo que me recordó á Méjico, y Méjico á Hernán Cortés, otro extremeño—á ver el Casino. El Casino es lo que hay que ver en estas ciudades y villas extremeñas, el Casino es su verdadero hogar colectivo, en el Casino es donde se les conoce. El extremeño de los pueblos es, sobre todo, casinero. No se concibe lugar extremeño sin su Casino, á donde concurren los señoritos de estos pueblos, señoritos ociosos.

En el Casino nos mostraron primero la biblioteca, una biblioteca pobrísima, cuyo catálogo podría hacer de memoria después de no haberle echado sino un vistazo. El inevitable Diccionario Enciclopédico que sirve para dirimir las cuestiones con apuesta, la colección de Autores Españoles de Rivadeneira, y los volúmenes de dos ó tres de esas llamadas "bibliotecas", generalmente ilustradas, que se publican en Barcelona, volúmenes que tal ó cual "ilustración" da de regalo á sus subscriptores. Es decir, libros que no hay que escoger, pues se los dan á uno escogidos; basta decir: "envíenme los tomos todos que vayan publicados de la biblioteca ó colección tal ó cual". En resolución, la biblioteca del Casino de Trujillo es la típica biblioteca que no se forma para lectores, sino para visitantes, para que no se diga que en el Casino principal de esta población no hay una biblioteca, para que no se nos tenga por incultos. Y sobre la mesa lo único que se lee algo: periódicos, diarios y la indispensable "Ilustración Española y Americana", para ver los santos. En la tal biblioteca no encontramos ni un alma; estaba completamente vacía.

Lleváronnos luego á ver el salón de baile, y para ello tuvimos que atravesar la sala de juego. Estaba llena.

El juego es el terrible azote de estos lugares, villas y ciuda-

des de Extremadura: jugar á juegos da azar es la ocupación principal de los hacendados de Trujillo. Y esta pasión del juego, terriblemente absorbente en los extremeños, nos explica en gran parte la epopeya de la conquista. El Perú fué el gran tapete verde en que echaron sus cartas, sangrientas cartas, los Pizarros. ¿Quién puede negar que en el alma de aquellos conquistadores, así como en la de estos jugadores, no hay algo más que la sed de oro, que el afán de lucro? Sí, hay también en ellos el amor á la aventura, á lo imprevisto, al azar. Cabe decir que más bien que ser para éstos el juego un medio de ganar dinero, es el dinero un medio de jugar. "El dinero se hizo para jugarlo"; he aquí una máxima extremeña.

¿Y, por qué, me he preguntado mil veces, buscan en el juego de azar la natural pasión de la aventura, de la emoción fuerte, de la expectativa, el instinto de lo imprevisto, que no es, en el fondo, sino el amor á la libertad? En el juego se busca salir de la monotonía lógica y rutinaria de la vida, en el juego se busca satisfacer la imaginación. ¿Y por qué en el juego y no en el arte ó en la ciencia ó en la acción social? Pues por pobreza de imaginación.

Fué Schopenhauer quien dijo que los tontos, no teniendo ideas que cambiar, inventaron unos cartoncitos estampados para cambiarlos, y que de aquí se originó el juego de naipes. Lo indudable es que el jugador lo es por una mezcla de pasión del azar unido á una gran pobreza imaginativa. Es esta pobreza la que le hace supersticioso. El jugador, por muy diestro que en su oficio de jugar sea, suele ser un hombre pobre de imaginación. Y es pobreza de imaginación, es achacamiento mental, es plétora de sentido común, y del más común, es decir, del más sanchopancesco, lo que arrastra á jugar á estas gentes. Les falta sutileza y finura intelectuales. No discurren mal en las cosas de la vida práctica, pero discurren con un criterio rustrero, bajo, materialista grosera-

mente utilitario ó egoístamente pasional. No busqueis idealidad en estas tierras de jugadores.

Lo de la imaginación meridional es una de las mayores vulgaridades erróneas que se propagan. Llamen imaginación á la facundia, á cierta viveza externa de expresión. El andaluz sabe administrar su ingenio, por escaso que éste sea; lleva su dinero todo en perras sueltas, en monedas de cinco céntimos, porque así abulta y suena más en el bolsillo. Circulan por Andalucía cien, mil, diez mil ó un millón de chascarrillos, dicharachos y chistes, y quien más, quien menos, se saben una buena parte de ellos y colocarlos á tiempo. Pero si el caudal se acrecienta con uno más, tened por cierto que se lo llevaran de fuera, del norte. Los escritores meridionales son de los que han parido menos metáforas nuevas, aunque combinen con soltura las del común acervo, de los menos fecundos en paradojas, de los menos imaginativos, en fin.

Y el extremeño es aún más materialista, más pegado al suelo, más de la tierra que el andaluz. En éste cabe más idealismo verdadero, envuelto en palabrería pseudo-idealista, por supuesto, que en aquél. Estudiad bien á Donoso Cortés y veréis cuán vacía es su pompa toda, cuán de aporte y de traducción sus metáforas y sus epifonemas, cuán poco original, cuán poco imaginativo era. Su dón era un dón verbal.

Y es esta pobreza de imaginación, es este materialismo, es el predominio de la vida fisiológica, es su falta de idealidad—todo lo cual se compadece bien con una cierta dosis, á las veces elevada, de inteligencia práctica para la vida inmediata y el manejo de los intereses—es todo eso lo que les lleva al juego. Es, digámoslo con su palabra, retardo en la civilización, cuyos más altos ideales son aquí incomprensibles.

Emprendimos el retorno dejando allí, entre sus dehesas, entregado á la modorra y al juego, á este hermoso pueblo de Trujillo, digno de tener otra alma.

¿Cambiará esta hermosa tierra extremeña? ¿Sabrán sus hijos sacudirse el paludismo espiritual, cien veces más dañino que el del cuerpo, esa ciega y loca y embrutecedora pasión del juego, y elevarse á otro nivel de vida? ¿Alboreará al fin en estos espléndidos campos la verdadera civilización, que avanza sin cesar en casi todo el resto de España?

MIGUEL DE UNAMUNO



... "¿Qué hacen esos hombres ahí?", le pregunté al chiquillo que nos guiaba, y me respondió: "jugar al cané".



La Catedral de Milan

MILAN es una gran ciudad moderna, industrial, llena de bullicio y de confort. Es fabril, estando en el centro de una comarca productora. No hay que creer, sin embargo, que las formas de la vida moderna han hecho desaparecer en Milán los misteriosos encantos de la leyenda que encierra cada ciudad italiana. La leyenda es tan poderosa en esa patria antigua de la civilización y de la fe, que ni Nueva York, plantada en suelo italiano, hubiera conseguido "destruir las ruinas", ni borrar los rincones perdidos y legendarios, todo

maestras melancólicas, servilismos del arte ante la vanidad humana, que lleva su competencia más allá de las fronteras de la vida.

La Scala de Milán es el primer teatro lírico del mundo. Milán es el gran centro de los cantores italianos, ahí está el Conservatorio, ahí está el mercado en que éstos se ofrecen á los empresarios de todos los países del universo. Como hay tantos países más acaudalados que la Italia contemporánea, los cómicos italianos viven cantando en el extranjero. Muchas veces

bio y un artista quien formó esa galería, con el lento é iluminado trabajo de toda una existencia. Ese museo fué obra de una voluntad particular. El señor Poldi-Pezzölli, al morir, en 1879, lo legó á la ciudad. Ese espíritu generoso, ese amor de los particulares por el público, es una herencia de las antiguas repúblicas, y forma el excelente fondo sobre el cual la Italia se ha rehecho. Si tuviéramos en Chile un espíritu semejante, más rápido avanzaríamos en la obra de darle al Estado brillo y consistencia. En Chile los millonarios se



"Ocupa una superficie de 11,700 metros..."

lo que forma la divina y contemplativa ociosidad del arte.

Milán, al transformarse en ciudad moderna, no dejó de ser italiana; sus palacios flamantes obedecen á los bellos estilos del pasado, sus avenidas son sedentarias, sus estatuas tienen un tipo de familia, y sus *contadinas* (hijas del pueblo) se parecen todas á la *donna e mobile* de Francisco I.

Hay tres cosas en Milán que son principalmente artísticas y de cierta naturaleza que, en los días que corren, sólo las ciudades ricas pueden tenerlas. Milán es ciudad rica, es el primer centro monetario de la península. Esas tres cosas son: el cementerio, los museos y el teatro de la ópera.

El cementerio de Milán es, ahora, lo que fué el de Pisa en siglos anteriores: una maravillosa agrupación de obras

en la tierra originaria del arte lírico no se encuentra quién cante: "en casa del herrero, cuchillo de palo..."

Milán se ha formado dos galerías de pintura que son, no de las más grandes, pero sí de las más valiosas que hay en Europa. La galería Brera es una de esas. Encierra la Magdalena de Procaccino, el *Sposalizio*, la obra maestra del primer período de la carrera artística de Rafael, cuando estaba en Umbría; y la cabeza de Cristo de Leonardo de Vinci, en medio de tipos perfectos de todas las escuelas.

La otra es el Museo Poldi-Pezzölli, cuyo interés es mayor por el hecho de estar instalado en el magnífico palacio de su antiguo propietario. Este Museo guarda el *Eclesiástico*, una de las obras más típicas de Ribera; tiene cuadros de Tiepolo y está lo mejor de la obra de Perugino y de Moretto. Todo ahí es elegido. Fué un sa-

mueren, salvo raras excepciones, sin pensar en su ciudad, en su patria, en el bien de la colectividad, que es el todo de una nación. Uno se pregunta: ¿para qué habrán sido millonarios? Para dejar su dinero ó á alguna congregación religiosa ó entregado al despilfarro de hijos mal educados... Pero no seamos injustos, no olvidemos que un millonario le regaló un parque á la ciudad de Santiago, y otro una escuela (la escuela Olea) y otro un monumento. Eso ha sido poco. En bien del progreso nacional, no juzgaríamos inmoral que el Gobierno ó las Municipalidades fundaran instituciones destinadas á captar herencias.

En el palacio Poldi-Pezzölli se respira ese noble civismo que indujo á un hombre á legarle á su patria una colección de arte que es una escuela, y que vale una inmensa fortuna. Se respira un am-



(Galería Brera) Procaccino.—Magdalena penitente.

biente artístico delicioso. Ahí lo pasé, mientras estuve en Milán, ante ese Niño Dios que Boticelli nos muestra jugando con espinas y con clavos, lleno de la ignorante credulidad de los primeros años, como si el maestro antiguo hubiese penetrado la naturaleza humana de ese Niño divino. Ahí lo pasé extasiado ante esa Dalila de Carpaccio, que arrulla el sueño de Sansón, al lado de una fuente que campanillea en un jardín dulcemente verde y silencioso. Ahí me abrigué del bullicio y de la monotonía de la ciudad comercial.

★

Desde la época romana, Milán fué una ciudad importante. Guerras y calamidades la dañaron muchas veces. La última devastación tuvo lugar en 1162, y poca cosa existe anterior á eso.

Por su situación geográfica, Milán hubo de ser siempre, á pesar de todo, una ciudad concurrida y rica. Desde el tiempo de su última ruina se convirtió en campo de luchas arquitectónicas interesantes. Todo ha sido lucha en Milán, colocada en

el centro del campo de batalla de la Europa. Se conserva todavía el castillo de l'Ospedale Maggiore, que obedece al estilo del renacimiento toscano. Los maestros lombardos no tardan en introducir el estilo ojival y la influencia de la arquitectura del norte. Estos diversos elementos se combaten al principio, y acaban por avenirse, después de algunos siglos, en el conjunto prodigioso de la catedral de Milán, que fué comenzada, según se lee en el ábside, "nel anno 1386".

Esa catedral, que los milaneses llaman "la octava maravilla del mundo", pasa por ser el más vasto monumento del estilo gótico. Pero una atenta observación de ese bosque de mármol—ocupa una superficie de 11,700 metros cuadrados—hace ver que el arte gótico de la idea general y primitiva está lleno de influencias extrañas. Los maestros lombardos, los alemanes y los franceses iniciaron la construcción según los modelos puros del gótico del norte, de París y de Colonia. A medio andar de la construcción llegaron los italianos del sur, exigiendo la introducción de otros modelos. Una querrela se armó. Durante un siglo los trabajos estuvieron paralizados. El año 1500 los italianos del

sur se sobreponen á los lombardos y alemanes, y edifican la cripta, el baptisterio y la fachada, en estilo barroco.

Como la construcción total duró más de tres siglos, los detalles que son infinitos, abrumadores, ofrecen una disparidad loca. Al desborde fantástico de los motivos góticos se agregan arabescos venecianos, cornisas y chapiteles de Grecia y de Roma, toscas figuras de las épocas decadentes, reminiscencias salvajes de la idolatría india. Es un capharnaüm que fascina en conjunto, pero que resulta disparatado si se le observa en detalle.

La masa del edificio ostenta, exteriormente, dos mil estatuas de mármol, basadas sobre otras tantas torrecillas y columnas, de las cuales la más alta tiene 168 metros. Tanto estas torrecillas como los arcos que comunican y afirman las diversas partes, están plagados de rosetas, relieves y talladuras, tan variados como puede serlo la naturaleza en sus infinitas formas. Colocándose en la espina dorsal del edificio y mirando los costados, se cree asistir á la petrificación de uno de esos fenómenos que nos pinta la fantasía tropical de los poetas indios.

Esas dos mil estatuas representan todo el armorial de la religión católica, desde Adán y Eva y los profetas del pueblo judío, hasta el último obispo duque del Milánés. Napoleón I tiene ahí su estatua, semi-desnudo como un emperador romano, entre un santo lleno de llagas y un mirrado corpulento. Ahí está el fundador de la república cisalpina, el que aprisionó á Pío VII y puso sobre la Iglesia el molde del Concordato; ahí está aquel cuya orgullosa grandeza quiso ser una negación de Dios: está sobre una iglesia, incorporado á la leyenda cristiana.... En otra parte, junto á una púdica imagen de la Virgen, hay una estatua de Leda. Las castas maceraciones del cristianismo se dan la mano con las sensuales desnudeces del arte pagano. Así es el laberinto, cómico y grandioso, la admirable confusión de ideas y tendencias que forman ese templo increíble.

El espíritu disciplinario de Bonaparte no pudo soportar ese desorden de ideas y de líneas. Ordenó que se hicieran proyectos para unificar ese mundo de piedra. Los acontecimientos que entonces se desencadenaron sobre la Europa hicieron imposible la realización del deseo severo del Primer Cónsul. En 1888, el Gobierno italiano abrió un concurso á fin de elegir un plano de unificación y terminación de la catedral de Milán. Fué aceptado el magnífico proyecto de Brentano, arquitecto de veinticinco años, que murió pocos meses después. El destino parece no querer que se unifique y se termine ese estupendo monumento de mármol, el más disparatado, sin duda, de todos los que existen, pero el más imponente.

Que la catedral de Milán no está terminada, hay que saberlo para creerlo. Es muy difícil, en una aglomeración semejante, deducir lo que está inacabado. Tampoco es fácil darse cuenta de la diversidad de sus estilos. Hay que tener, para ello, el ojo avezado de un artista ó la paciencia de un anticuario. El golpe de vista que ofrece es superior á cuanto se puede imaginar. Figúraos una alta montaña de mármol y de piedra, en la cual, durante siglos, tejedores de encajes, joyeros y escultores de todo el mundo hubiesen trabajado de noche y de día hasta convertir la montaña maciza en una inmensa cristalización de formas y de ideas, en un calado liviano que se recorta sobre el cielo como un tejido fantástico.

Hay en la cordillera de los Andes, en el paso de Uspallata, un cerro arcilloso, que las lluvias, dando y cavando al través de las edades, han convertido en un laberinto de agujas y de ojivas. A la distancia produce el efecto de una inmensa basílica gótica. De tal modo lo produce, que los viajeros, creyendo que se trata de un templo inaccesible y misterioso, lo llaman "Los Penitentes". Ese templo inopinado, cuya obra duró tanto como la del mundo,

hecho por la acción constante de las lluvias y el poderoso capricho de los vientos, es el único gemelo que existe de la catedral de Milán. El esfuerzo de los hombres se igualó al esfuerzo inconsciente y gigantesco de la naturaleza.

Es difícil abarcar ese conjunto, como es imposible abarcar lo infinito. Las grandes aglomeraciones tienen ese punto de contacto con los espacios vacíos. Recuerdos confusos, tradiciones dispersas, ensueños poéticos, pesadillas eróticas, éxtasis místicos, entran en esa mole, la agrandan, la transfiguran. Millares de fantasmas, perdidos en las tinieblas del tiempo, permanecen en ella. Absorbe las leyendas, se asimila las razas, resume los pueblos. Como ese paladín fabuloso que heredaba las fuerzas de todas sus víctimas, la catedral de Milán heredó el genio de todos los que en ella trabajaron. Por eso sus estilos son diversos, y su conjunto es híbrido; porque no es un edificio comenzado y terminado como los demás, sino la lenta incubación de una idea grandiosa, inspirada por la fe cristiana, y á la cual todos los pueblos y todas las épocas aportan un grano de su imaginación y de su esfuerzo.

Así resultó ese templo, cuya vista anorada y fascina, cuya grandiosidad justificaría por sí sola la existencia de un Dios. Es, esa catedral, una gigantesca paradoja que se levanta, como un eterno fenómeno, en medio de una ciudad transformada al tipo común de las ciudades modernas.

En la catedral de Milán trabajan, todo el año, más de cien obreros, que la observan y la reparan: son los cultivadores de ese jardín de piedra. Para atender á los gastos de ese cultivo, el Arzobispado de Milán ha hecho poner una boletería en la puerta del templo. El boleto de entrada vale una lira. No es caro. La catedral de Milán es un dramote de corte antiguo, y no ha creído el Arzobispado que sea dable pedir más por el boleto de entrada. Así el Arzobispo paga los trabajadores de la catedral, y además ganará algo... Millares de turistas la visitan sin cesar.

★

Habiendo recorrido sus cinco naves imponentes, sus capillas todas de mármol, sin imágenes recargadas de joyas y trapijondas como en otras catedrales, subí á las galerías, á los entresuelos, á los tejados, á las torres. En esa excursión minuciosa pude darme cuenta de algunas de las contradicciones de que he hablado.

Dichas contradicciones no aminoran la admiración, el estupor, diré más bien, la idea de prodigio, que produce esa iglesia cuyo patrón es San Carlos Borromeo.

Al verme ascendiendo por esos tornillos de piedra, rodeado de santos, clérigos, dioses paganos y monstruos apocalípticos que gesticulan en la fría inmovilidad del mármol, me creí transportado á otro planeta, á un mundo hecho con los despojos del cielo, de la tierra y del infierno.

Había visitado anteriormente otros edificios góticos de importancia: ese alto y magnífico torreón de San Miguel, á cuyas plantas juegan las mareas de la costa bretona, ese peñón legendario que nos presenta Walter Scott en la bruma soñadora de su estilo; Nuestra Señora de París, que, de todas las catedrales, es la más puramente gótica y la más patética por la historia que la rodea y lo que sobre ella escribió Víctor Hugo. Al bajar de esos monumentos majestuosos y evocadores, se me figuró, siempre, haber hecho una excursión por el pasado, conducido de la mano por esos hombres de corazón poderoso y de ingenio superior, que hicieron revivir á los héroes y á los señores que yacen pulverizados bajo las lápidas de esas catedrales y de esos castillos. Al bajar de la catedral de Milán sentí esa emoción intensa y angustiada que dejan los capítulos de la Divina Comedia. Hay algo del terrible poema en ese pandemonium de piedra.

★

Cuando estuve arriba, en la más alta torrecilla, quise completar mi emoción

abarcando el panorama que describe el Baedeker. El guía que me acompañaba se puso á describirme el grandioso horizonte:

"Allá—me decía con elocuencia, pero asfixiado por la marcha ascendente—está el Monte Cenis, acá el Monte Blanco, el gran San Bernardo y el Mont-Rose, notable por su tamaño y su forma simétrica; más lejos el Monte Cervin, de triste memoria, el Simplón, la poética Cartuja de Pavía.... Estamos, aquí, colocados en el punto céntrico de la Lombardía, el Piemonte y el Veneto, en el único punto desde el cual se puede abarcar todo el semicírculo que forman los Alpes sobre la Italia.... Y créame, señor, que los que edificaron esta catedral, tomaron muy en cuenta el punto de vista...."

Problemática me pareció esa idea. Estaba en el oficio del pobre hombre hacer el panegírico del punto de vista, pues la mayor parte de los turistas suben hasta arriba, y en eso consiste el negocio del guía, por gozar del panorama. Pero el terreno de la Lombardía, como terreno muy regado, es brumoso. De modo que el mentado panorama no se ve casi nunca. Lo cual no tiene importancia, porque el guía lo explica invariablemente. Y eso basta. Ya me había tenido que contentar, en San Pedro de Roma, con la explicación, hecha por un guía profesional, de un mosaico visto á través de un impenetrable paño negro, es decir, no visto. Luego tendrí que admirar en Suiza una supuesta salida de sol sobre un fondo de nubes oscuras como la noche. Hay que aceptar estas imposiciones de los guías, porque los ingle-

ses las aceptan, y todo el que viaja tiene que "ser inglés".

Del punto de vista de la catedral de Milán no vi sino los tejados de la ciudad, destacándose sobre una de esas brumas plateadas que forman la luz y la humedad. Lo cual no me impidió, á la bajada, tener el siguiente diálogo con el fraile portero:

—Preciosa vista, señor mío (mio signore) ?

—Admirable, señor cura....

El turismo, que es una de las formas de la vida moderna, ha creado una nueva profesión, de naturaleza secundaria, como esos corpulentos árboles que alimentan parásitos pequeños. Esta profesión es la de los guías, los antiguos cicrones, que ahora abundan en todos los países y son los satélites de los viajeros.

Como la profesión de cartero, la profesión de guía es poco lucrativa y muy fatigosa. El guía pasa su existencia paseando gente que no conoce, ante objetos y por sitios que tampoco conoce, recitando un discurso explicativo de esos sitios y de esos objetos, de un modo mecánico, cansado, triste, monótono. Esos pobres viejos que esperan á los turistas en las puertas de las iglesias de Roma, ¿cuántas veces habrán contado la historia, más ó menos falsa, de esas iglesias, con sus cuadros y sus estatuas, á personajes que escuchan ese recitado como quien escucha una charanga callejera, para pagar cincuenta céntimos una vez que ha terminado? ¡Pobres hombres! La miseria ó la ineptia los arrinconan en semejante oficio.



(Museo Poldi-Pezzoli. Bosquejo de plafond.—Tiepolo)

No obstante, en las infinitas compensaciones de la vida, el oficio de cicerone tiene un lado por el cual la pasión lo anima y lo levanta, llegando á veces á ponerlo irónico y alegre. Esta es la aguda competencia en que viven los guías impresos con los guías humanos. Joanne y Baedeker, instruyendo á los viajeros en todos los idiomas, arruinan á los instructores de carne y hueso. Estos no hacen otra cosa que aprovechar las ocasiones que se les presentan—cuando no se les presentan las traen por los cabellos—para desprestigiar á Joanne y Baedeker, haciendo notar que tal ó cual fecha está equivocada, que tal ó cual concepto está exagerado, que existe

Napoleón I entre las figuras bíblicas y los monstruos de la edad media, me dijo: "Fíjese usted, señor, que está cerca de una estatua de Eva, y que parece guiñarle el ojo"... Al mostrarme el monumento de Humberto I, abajo, en la plaza del Duomo, por la cual circulaban los tranvías y los vehículos, me agregó: "Ahí está el pobre rey pasándole revista á los tranvías urbanos"... Acompañaba cada una de estas observaciones con carcajadas estrepitosas, ante las cuales permanecían impasibles los santos y los monstruos de piedra. ¡Cómo no habían de permanecer impasibles ante eso que habían oído mil veces! Porque era evidente que ese guía recitaba

Milán es una ciudad encantadora; tiene una particularidad extraordinaria: las cordilleras de los Alpes le forman una frente nevada, como los Andes á Santiago de Chile, mientras las cálidas brisas que le vienen del Mediterráneo le dan una vejección exhuberante. Apurando la metáfora, se le podría comparar con esas mujeres del siglo XVIII que se ponían pelucas blancas sobre sus rostros animados por el ardor de la juventud y la pasión.

Todos los caminos que conducen á Milán añaden al encanto de lo pintoresco la riqueza de los recuerdos. El camino que viene de Venecia pasa por Padua, por Verona y por el lago de Garda, que es el



"Al transformarse en ciudad moderna, no dejó de ser italiana..."

tal ó cual laguna. De esto resulta una lucha sobre capítulos históricos muy divertida, superior á las polémicas de los doctores del Bajo Imperio. Si no fuera por esto, los guías no darían sino lástima.

No me gustan los cicerones con su modo de hablar inconsciente y precipitado; se trata de despachar luego á un cliente para tomar otro: "los negocios son los negocios..." Prefiero á Baedeker, que uno consulta libremente; pero más me gusta visitar las cosas al azar de mis conocimientos y mis impresiones. En arte, como en amor, hay que dejar á la naturaleza en libertad; todo libro, toda tercera persona, modifica el encanto de esa comunión.

En la catedral de Milán un guía se me insinuó de tal modo, que tuve que aceptarlo, y no me arrepentí porque me resultó gracejo. El buen hombre se había figurado que era conveniente amenizar con un poco de ironía sus discursos históricos. Al hacerme notar la presencia de

á todos los visitantes sus mismos chistes. Figuraban en ese repertorio algunos chistes obscenos, que me hicieron pensar que hay turistas que aman los comentarios eróticos en los lugares santos.

Al bajar me pasó un "cuaderno de condiciones", por el cual me impuse de que ese guía costaba tres liras por la primera hora y dos por cada hora siguiente. Como esa tarifa me pareció exorbitante, me explicó el infeliz que los cicerones de Milán se habían asociado, en un congreso solemne, y habían resuelto alzar la tarifa ó renunciar á la carrera. "La competencia de Joanne y Baedeker nos abruma, me dijo; si no levantamos nuestros honorarios, nos morimos de hambre... Además, agregó, nuestra tarifa no es sino el doble de la de los carruajes del servicio público, y usted convendrá, mio *signore*, que nuestra jira por el mundo histórico es un poco más larga que la que dan los coches por la ciudad"...

★

más tibio, el más suave en sus contornos, de todos esos pozos admirables y cristalinos que forman sobre la cabeza de la Península una diadema de diamantes. En Padua y en Verona hay reliquias ignoradas, ruinas de la época romana, trágicos recuerdos de la edad media, y obras maestras del renacimiento. Este fué el camino que seguí para llegar á Milán. Lo seguí rápidamente, devorado por esa vehemencia que se apodera del viajero cuando se aproxima un punto en que hay algo maravilloso. Quería divisar la famosa catedral á treinta leguas de distancia. Sólo me contenté cuando la ví surgir, entre las chimeneas de las fábricas, sobre los matorrales de los bosques de moreras y de olivos de la fértil comarca, como una nave colosal y fantástica, flotando sobre un mar de verdura, como una corona regia, como un pórtico suntuoso de la más bella y de la más noble patria, de esa Italia, de la cual somos hijos todos los latinos.

RECORDANDO A DAUDET

EN este mes hacen doce años que las nieves de París amantaron con flores escarchadas la frente soñadora del autor de "Safo".

Daudet moría entonces, y la gran ciudad alegre y bulliciosa guardó silencio para ir á llorar junto al sepulcro donde dormía para siempre el que tantas glorias literarias dió á la Francia.

El recuerdo tiene imágenes extrañas veladas por la distancia; el tiempo dulcifica los pesares. Por eso, al recordar aquel 16 de Diciembre de 1897, cuando supimos por el cable la triste noticia, nos parece que aquella muerte no fué verdad, sino ficción, sueño angustioso, del que se despierta sobresaltado, para alegrarnos en seguida de que todo ha sido una mentira.

Nos parece que Daudet vive, que lo vemos sonreír desde sus páginas de arte delicado, donde el gran novelista dejó pedazos de su corazón que dan frescura y eterna vida á sus libros inolvidables.

Estamos seguros que muchos años pasarán y la Francia no contará entre sus novelistas una figura tan simpática y suave como la de Alfonso Daudet, un narrador tan delicado, sincero, que nos hacía sentir, emocionarnos; y ya cuando las lágrimas humedecían los ojos, él las enjugaba con una sonrisa, con una alegría, con una flor de bondad recogida en la peregrinación sentimental de su vida.

De sus ojos ardientes y francos de meridional emanaba un fluido de simpatía, de seducción, ojos que muchas veces se vieron empañados por los engaños en los primeros pasos de su carrera.

¿No os acordáis de Petite Chose, que es la pequeña gran alma de todos los artistas que luchan en la vida por el ideal? Todos los niños de sus novelas son buenos y soñadores, porque todos son alentados por el alma del novelista viviendo en distintos cuerpos.

Los recuerdos de la infancia dejaron en Daudet una huella tan honda, que, cada vez que aparecen en sus memorias, en un episodio de sus novelas, parece que lo asalta el pasado con todo su soñador ambiente, se entenece, y, vuelta su mirada hacia lejanas y amadas perspectivas, evoca con maravillosa fuerza plástica y delicado sentimiento.

Sus libros no se guardan en las estanterías bajo llave para que se cubran de polvo, como esos otros que una vez leídos, ya no se les vuelve á ver. Nó. Sus libros están siempre muy cerca de nosotros, como cosas favoritas, amadas; sus libros son artísticos pisapapeles en nuestras mesas de trabajo, y se les abre siempre, se les consulta siempre, en una hora de sentimentalismo, de amor, en una hora en que la ronda de los dulces recuerdos flota á nuestro alrededor, cantando los viejos retornelos.

Recordemos, nos decimos, mientras vamos de viaje, á bordo de un barco para una larga travesía, en un vagón de ferrocarril; recordemos un poco del pasado, cuando éramos más jóvenes, cuando empezamos á saber sentir, y abrimos entonces

un libro de Alfonso Daudet, y una nube de recuerdos nos envuelve voluptuosamente. El representa nuestras primeras sensaciones de arte, el delirio literario que nos poseía cuando, sugestionados por una de sus páginas, cogíamos la pluma torpe y rehacía para esbozar un cuento con olor á flores de primavera, una de esas cándidas y espontáneas historias que acuden á la pluma cuando se tiene veinte años; pero que no podíamos escribir por ser esclavos de lo que aprendimos más tarde, de la técnica. Y nos contentábamos con soñar nuestros cuentos ingenuos, con repetirlos mentalmente, sin forma, caprichosos, como un haz de flores silvestres de todos los matices; y Daudet era el compañero inseparable de nuestras fantasías, de nuestras esperanzas, que nos alentaba con su sonrisa, y que parecía decirnos en aquellos instantes en que más deseábamos ser autores:

"así se hace, así se cuenta"... y nos relataba una de aquellas frescas y encantadoras historias que se llaman: "La última lección", "El espejo", "Un colodorado".

Al mirar su retrato de maestro y buen amigo en el gabinete entibado por la estufa de las noches de invierno, sobre la sencilla mesa llena de apuntes y locos proyectos, vuelven al corazón las golondrinas de otra edad, y creemos adivinar en la penumbra rosa que proyecta la pantalla, los ojos pardos de la pobre Fanny Legend, las tristes pupilas de Jack, el perfil nervioso de Felicia Ruiz ó la sombría cabellera africana del bondadoso é ingenuo Jausoalel....

¡Safo! Toda la vida!... Sí, todos los matices del sentimiento reunidos en el alma de Daudet, todas las finuras del arte en el plumaje de aquella ave blanca y ribereña de las orillas del Ródano que acariciaba el "mistral".

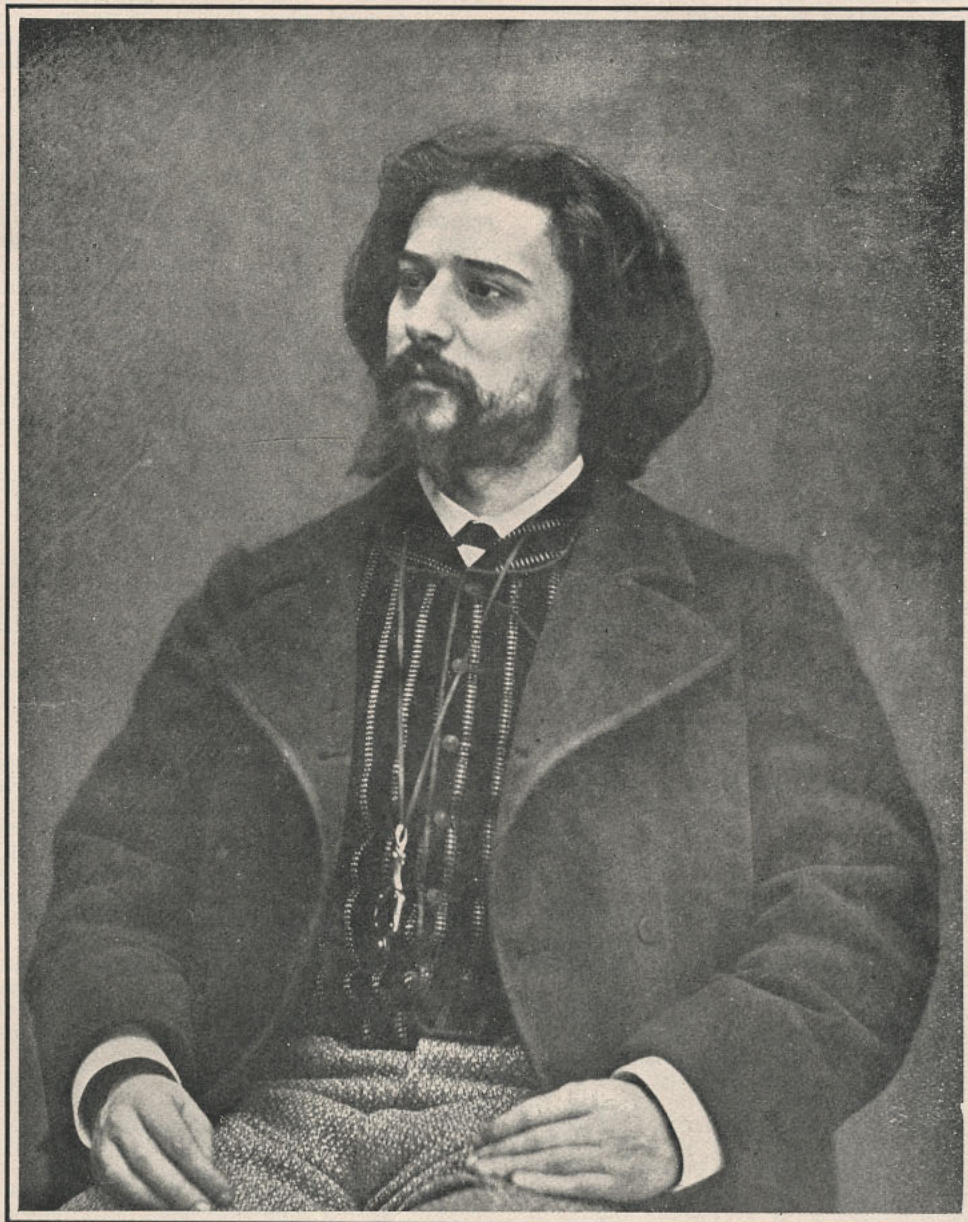
¡Oh! Daudet! Recuerdos! Tiempos felices cuando, saliendo á vacaciones como pájaros en libertad, después de rudas tareas escolares, partíamos para algún distante pueblecillo de costa, caído sobre las arenas como una gaviota ó

como la mancha blanca de un trapo de velero, llevábamos siempre en nuestro equipaje alguna novela de Daudet ó una de esas colecciones de cuentos iluminados con sol provenzal y refrescados por espumas del Ródano. Era la edad de los sueños de amor y grandeza. Sentados sobre algún peñón húmedo y tapizado de algas y líquenes, en una costa solitaria, meditábamos el párrafo recién leído, mientras el vuelo lento de las gaviotas manchaba la superficie azul con una nota alba que se desvanecía mar adentro. Acaso alguna vez sobre una de esas páginas, inclinada una cabeza de mujer nos hizo conocer los primeros besos, aquellos que dejan en los labios olor de fresas y en el alma sensación de brisa.

Daudet...

Sobre las cuartillas ya escritas, para que no se las lleve el viento de la tarde, ponemos una de sus obras. La abrimos, y entre sus páginas encontramos una florecilla seca, un despojo de amor... Es así siempre; ¡los libros de Daudet guardan nuestros mejores recuerdos!

G. DEL M.



Ultimo retrato de Alfonso Daudet

Revista de Revistas

SUMARIO.—I. "Revista Americana". 1. **J. Nabuco**: "El papel de la América en el desarrollo de la civilización"; 2. **A. G. de Araujo Jorge**: la existencia histórica de Jesucristo; 3. **Cannobio**: "Ojeada sumaria sobre la literatura chilena".—II. "Zehntes Jahrbuch der Koelner Blumen-Spiele" (los Juegos Florales de Colonia, Alemania, en 1908).—III. "Poesía" (de Milán, Julio 1909). El Manifiesto del Futurismo.—IV. "The quarterly Review". 1. Opiniones sobre Estados Unidos; 2. Porfirio Díaz.—V. "Revue des Deux Mondes". **Alfred Fouillée**: "Errores sociológicos y morales de las Democracias".

I.—Nos es grato empezar este nuevo año señalando á nuestros lectores la gran revista brasilera, publicada en Río de Janeiro por el señor A. G. de Araujo Jorge, la cual tiene por objeto "trabajar por la aproximación política, por la comunión intelectual, por el engrandecimiento moral de las naciones americanas". (*La Revista Americana*, fascículo de Octubre, pág. 7).

1. Tenemos á la vista sus dos primeros números y, no permitiéndonos la estrechez del espacio de que disponemos analizarlos con la atención que quisiéramos, sólo señalaremos el artículo del señor Joaquín Nabuco sobre el "Papel que desempeña la América en la civilización" y el del señor Araujo Jorge sobre la "Negación de la existencia histórica de Jesucristo". Consta el primero de un discurso pronunciado ante la Universidad de Wisconsin por el embajador del Brasil.

Distingue el señor Nabuco en la civilización un factor intelectual y un factor moral, dando, sin embargo, al segundo una importancia predominante.

Según esta distinción, mientras el Viejo Mundo está empeñado en promover la civilización intelectual y sobrepuja á la América en todo lo que pertenece á las ciencias y las artes, el Nuevo Mundo, personificado en los Estados Unidos de Norte América, promueve la civilización moral.

No hemos visto, al leer el discurso que analizamos, una demostración clara de esa proposición, ni nos parece evidente, como lo dice el orador, que la educación americana sea la única enteramente libre de convencionalismo. Dice el señor J. Nabuco que la América encabeza el progreso moral de la humanidad (arbitraje, prohibición de las guerras de conquista, etc.); pero esta afirmación sólo puede ser cierta en teoría y exceptuando á la América del Norte. El mero hecho de formular teorías humanitarias no basta para que sus formuladores merezcan grandes alabanzas, pues de otro modo no sería verdadero el dicho de los antiguos: "Obras son amores y no buenas razones". Las buenas razones, en tales materias, son tan viejas como el mundo... Nadie puede pedir por ellas privilegio exclusivo...

2. El señor Araujo Jorge critica el muy bullado libro de Bossi sobre la *No existencia personal de Jesús*. Es cosa extraña que, hoy en día, en medio del progreso de que tanto nos preciamos, haya quien pretenda seriamente poner en duda la existencia de Cristo. Vieja paradoja cuya repetición periódica sólo demuestra la sempiterna credulidad del vulgo anticlerical para quien es destinada y la total falta de crítica ó de escrúpulos por parte de quien la reedita. Con razón dice el señor Araujo Jorge que, siendo Cristo un mito destituido de realidad personal histórica, el cristianismo se torna incomprensible. Esa sola reflexión basta para echar abajo todo el edificio de citas evangélicas truncas y torcidas y de comentarios estrafalarios construido por Bossi. Es curioso que en América haya quien tome á lo serio á ese farsante, cuando en Europa y América todos los críticos tanto racionalistas como cristianos saludaron con un estallido de risa la publicación de su libro, simple repetición de paradojas ya gastadas. (Sobre su aceptación en la América Latina, ver el libro del eminente filósofo uruguayo J. S. Rodó, intitulado "Ariel", pág. 136-138, publicado en la misma colección española en que apareció el de Bossi). Creo, con todo, que la obra del propagandista italiano no merecía la atención con que lo ha discutido el muy distinguido director de "Revista Americana".

3. Señalaré, entre otros artículos de la misma, dos que son de origen chileno: el del señor B. Vicuña Subercaseaux sobre la "Originalidad de los Estados Unidos" y el del señor Cannobio intitulado: "Ojeada sumaria sobre la literatura chilena". Este artículo es, en realidad, un inventario de fin de año. A todas luces ha costado trabajo, pero creo que los lectores no chilenos de la "Revista Americana" habrían preferido que se pusiera en práctica la vieja máxima: "non numerantur, sed ponderantur". Más valía, en efecto, haber dedicado esas 36 páginas á un análisis de las obras de unos cuantos grandes escritores chilenos y no á una enumeración cuyo interés es dudoso para todo lector que no sea bibliotecario ó bibliófilo. Entre los autores enumerados hay muchos "non-entes" cuyo sueño eterno en las catacumbas de la Biblioteca Nacional más valía no turbar. En una palabra, para dar á conocer la literatura chilena más sirven diez autores bien estudiados que doscientos rápidamente enumerados.

II.—Voy á dar á nuestros poetas un gusto, anunciándoles que se celebran anualmente en Colonia (Alemania), unos "Juegos Florales" á que están convidados todos los amigos de las Musas. Hemos recibido el "Décimo Anuario" de dichos juegos ("Zehntes Jahrbuch der Kölner Blumen-Spiele", Köln, 1909), en el cual hay versos de todas partes, menos de Chile. A fuerza de hojear ese

grosso anuario he descubierto, página 334, las siguientes, dedicadas al fundador de los Juegos Florales:

"No de espinas es florida
la senda del arte á Dios,
y es el arte más subida
la que va de amor en pos.
Fastenrath, portaestandarte
del grande arte que, al amor
cantando, flores reparte,
flores siembra, entre labor;
el cielo te acrezca y doble
los años, que tú le das
en la carrera tan noble
do con paso de angel vas".

No sería mucho pedir el que, en 1910, Chile, tierra fecunda en poetas, tuviera en Colonia una representación algo más "numerosa", en el sentido aritmético y poético de esta palabra.

III.—Y puesto que se trata de poesía, señalaré á nuestros jóvenes escritores el nacimiento de una nueva escuela "El Futurismo", cuyo manifiesto viene publicado por el poeta italiano Marinetti en la revista "Poesía" (Milano, Julio 1909).

Copiaré aquí unos cuantos párrafos de aquel curiosísimo documento, del cual consta que el objeto del "Futurismo" está en "cantar el amor del peligro, el hábito de la energía, la temeridad". Por consiguiente, según la nueva escuela, "los elementos esenciales de la poesía han de ser el valor, la audacia y la rebelión. La literatura hasta hoy ha glorificado la inmovilidad pensativa, el éxtasis y el sueño. Nosotros, por el contrario, queremos exaltar el movimiento agresivo, el insomnio febril, el paso gimnástico, el salto peligroso, la bofetada y el puñetazo... Queremos destruir los museos, las bibliotecas, combatir la moral, el feminismo y todas las cobardías oportunistas y utilitarias... Queremos glorificar la guerra, única higiene del mundo, y el militarismo, y el patriotismo, y el gesto destructor de los anarquistas, y las bellas ideas que matan, y el desprecio de la mujer!"

¡Vaya lo poco!... Pero lo curioso del asunto es que, á raíz del manifiesto, Marinetti, su autor, resuelto á despreciar á la mujer, se casó con la viuda de Catulle Maudès!... ¡Ah! ¡Juventud!...

Marinetti es lo que en Francia se llama "un pince sans rire". Reproduce en el citado número de "Poesía" todos los artículos de diarios relativos á su manifiesto.

De aquella sabrosa lectura resulta que, en el mundo entero, se ha hablado de Marinetti, se ha discutido á Marinetti... (Poco importa que los comentarios sean irónicos...) Marinetti quiere que se hable de Marinetti. Esa es la cuestión... y es cuestión resuelta... ¡Cómo se reirá de la humanidad el joven poeta italo-francés! Lo único que falta para que sea cabal su alegría es que algunos de nuestros poetas "firmen los registros" del Futurismo!...

IV.—Hablemos de cosas más serias. En el número de Octubre de la "Quarterly Review" señalaré el artículo del Rev. F. K. Tennant que trata de la "Influencia del Darwinismo sobre la Teología", el de Gercy F. Martín sobre "Porfirio Díaz, soldado y hombre de Estado", y el de John T. Morse intitulado "Estados Unidos mirados al través de anteojos extranjeros".

1. Este último merecería traducción completa y resultaría en extremo interesante. John Morse analiza allí doce obras relativas á Estados Unidos, entre las cuales las más importantes son las de Monsignor Conde Vay de Vaya (que los lectores de la "Revue des Deux Mondes" conocen bien), y las de H. G. Wells, Paul Adam, Hugo Münsterberg, Paul Bourget y André Tardieu.

Tres reproches de estos autores son discutidos por Mr. Morse, siendo el primero el que hacen al yankee los europeos de ser "adorador del dollar"...

Morse pretende que el campesino francés y el comerciante alemán son como el yankee, amantes del dinero, pero con una diferencia muy notable y es que, mientras el europeo atesora para poder algún día dedicarse al desahogo y ociosidad, el yankee gana dinero para poder trabajar cada día más ensanchando progresivamente el campo de su actividad. El europeo considera al trabajo como preparación de futuros ocios; el americano aborrece el ocio y trabaja para hacerlo imposible. Un rentista, en América, es mirado como un ser abyecto. Por otra parte, mientras el europeo (y el francés, en particular,) sabe ganar dinero y guardarlo, sin gozarse, el americano lo gana con maestría y lo gasta con esplendor. Hé ahí una diferencia muy honrosa para América.

Dicen los europeos que no tardará mucho la inmigración en romper á Estados Unidos, llevando consigo todos los elementos de la decadencia: anarquismo, socialismo, degenerescencia, etc.

Mr. Wells asevera, á este propósito, que, si el inmigrante es inasimilable, los hijos del inmigrante italiano, polaco, húngaro, croata, griego, armenio, ruso-judío lo son mucho más. A esto responde Mr. Morse diciendo que hasta hoy la escuela americana ha sido una gran transformadora de almas, como lo prueba, por ejemplo, el hecho de que no exista en Estados Unidos un partido italiano, un partido judío ó polaco á pesar de ser innumerables los descendientes de polacos, judíos é italianos. No hay, pues, motivos para temer que, en el porvenir, la escuela sea menos eficaz en su obra de americanización.

Al reproche relativo á cierto atraso en materia puramente literaria y científica, responde Mr. Morse: "cierto es que sólo hace poco salieron nuestras Universidades del período constructivo... Pero lo es igualmente que las universidades más nuevas juntan con una rapidez asombrosa profesores competentes y estudiantes serios. Después de todo, la ciencia y erudición ("the scholarship")

son para unos cuantos elegidos en una nación y no faltará en ésta un número de sabios y eruditos proporcional á su importancia". En todo esto, agrega nuestro autor, sólo es tiempo lo que nos ha faltado y lo que pedimos... Por ahora estamos enteramente ocupados en crear industrias y en explotar los recursos naturales del país. Cuanto á lo que no hemos hasta hoy podido realizar ó estudiar con la debida atención, nos limitaremos á decir: "¡Dadnos un poquito de tiempo y vereis!"

2. El artículo sobre el Excmo. señor Porfirio Díaz, Presidente de Méjico, es un breve resumen de la vida y obras de aquel célebre hombre de Estado. Nada hay, empero, en esas páginas que no sea muy conocido en la América Latina. Sólo citaré la curiosa anécdota siguiente: "Aunque no hable inglés, jamás pretendió el Presidente Díaz no entenderlo. Cierta ciudadano del Oeste (norte-americano) tuvo, á este propósito, una decepción. Habiendo solicitado del señor Díaz una concesión minera, fué al palacio presidencial, con un empleado de la legación americana, á dar algunas explicaciones y á arreglar el asunto. Ignorando el castellano, valíase el yankee de su compatriota para intérprete. Como pareciera el Presidente vacilar en concederle todo lo que le pedía, dijo el yankee al empleado de la legación: "Reassure the old fool... tranquilícese usted viejo chocho: no tiene por qué temer..." Al fin de la conversación, Porfirio Díaz, que no había manifestado emoción alguna, se dirigió tranquilamente al empleado de la legación americana diciéndole: "Diga á este caballero que el "old fool" estudiará el asunto y le comunicará más tarde su resolución", y con una sonrisa los despidió á ambos... Lo más revelador del carácter del Presidente es que, pasados algunos días, el insolente minero recibió una contestación favorable"... De lo cual resulta, como moraleja, que todos los gentlemen no viven al norte del Río Grande..."

Del artículo del Rev. Tennant sobre el influjo del Darwinismo en Teología, sólo diré que, por su índole especial, no puede ser analizado aquí; más no por eso dejaré de encomendar encarecidamente su lectura á aquellos que miran siempre al darwinismo como á una especie de mina flotante destinada á volar á la teología cada vez que ésta éntre en contacto con él. Tendrán un desengaño provechoso...

V.—"La Revue des Deux Mondes", entre otros artículos de importancia, trae uno de A. Filon sobre "Israel Zangwill", el cual será para no pocos una verdadera revelación. Zangwill es el novelista de la vida israelita en Inglaterra. Sus obras, particularmente "The Children of the Ghetto" le señalan, al lado de Kipling, un lugar eminente entre los literatos ingleses. Es probable que, revelado á los países latinos por la "Revue des Deux Mondes" y la "Revue Bleue" (en la cual viene publicándose su novela sobre Benedicto de Espinoza), Zangwill no tardará en ver sus obras tan popularizadas en el continente europeo como lo son, ya desde hace tiempo, en Inglaterra.

El conocido filósofo Fouillée, en su artículo sobre "Los Errores sociológicos y morales de las Democracias", inspirado, sin duda, por las actuales circunstancias políticas de Francia, nos da enseñanzas cuya utilidad es universal, al menos en el mundo latino.

Los dos errores democráticos que más combate M. Fouillée son el falso "igualitarismo", y el falso "individualismo"

Según él "el mayor peligro para las democracias populares, es el que entraña todo menoscabo de las diversas libertades, especialmente en el orden intelectual. Este peligro nace de que no puede el pueblo apreciar en lo que valen aquellas libertades que le son

casí desconocidas y de las cuales no tiene él mismo ocasión de aprovecharse. ¿Qué es la libertad de pensamiento para aquel que no tiene cosa en qué pensar, que nunca pensó ni puede pensar en nada? ¿Qué es la libertad de opiniones filosóficas para aquel que no sabe siquiera lo que es filosofía?... Comprenderá la libertad de los cafés cantantes y de los bailes lascivos... ¿Qué es la libertad de la palabra para aquel que es incapaz de hablar en público y que, en toda asamblea política, rehúsa escuchar al que no es de su parecer?... Con tal que el campesino tenga su diario para leer las "Aventuras de Rocambole", poco le importa la libertad de la prensa".

El socialista Anton Menger confiesa que, en una democracia socialista, los proletarios darían muy poca importancia á la independencia y libertad de los intelectuales...

En dos palabras, el predominio de los proletarios significaría la más absoluta tiranía y el rápido embrutecimiento de una nación.

Esta es la conclusión que puede sacarse del artículo de Fouillée. Nada tiene éste que no sea ya muy conocido; pero es útil y agradable el oír esas verdades de boca de un filósofo que no siempre ha sido tan severo como lo es hoy en día para los socialistas.

En este artículo hay además consideraciones sobre la libertad de educación y sobre la autoridad de los padres de familia en materia educativa que, fuera de su valor intrínseco, adquieren particular importancia bajo la pluma de un escritor á quien nadie puede sospechar de obedecer á influencias religiosas.

Se comprende, dice M. Fouillée, que el Estado exija en los maestros ciertas condiciones de capacidad, moralidad é independencia... Se comprende que, en ciertos casos, imponga el Estado exclusiones; pero lo que no se comprende es la confiscación de la enseñanza en provecho de la mayoría actual, representada por una minoría de hombres, los cuales no tienen más derecho que los demás de decir: La verdad, soy yo. Una vez llenadas todas las condiciones de capacidad, ¿en nombre de qué derecho se me rehusaría el poder de enseñar, si hubiere padres de familia que quisiesen encargarme la educación de sus hijos?...

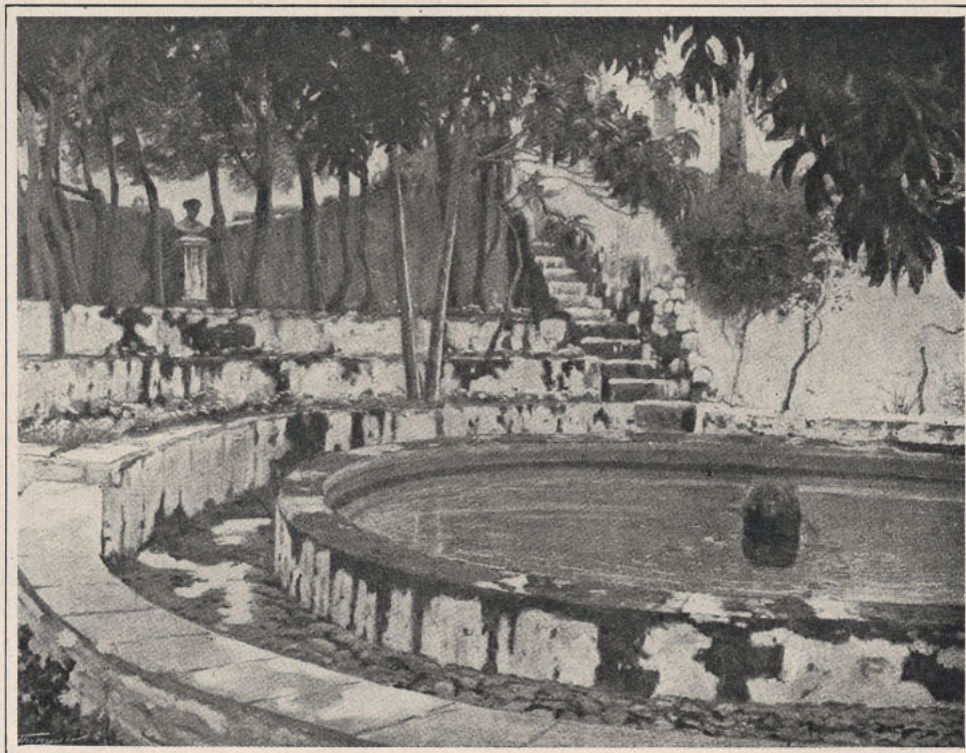
En suma, concluye Fouillée, es el monopolio de la enseñanza, reclamado por los socialistas, una injusticia de la cual las víctimas serían no sólo los individuos capaces de enseñar, los padres de familia y sus hijos, sí que también la nación entera, cuya libertad de conciencia y progreso intelectual resultarían gravemente comprometidos".

No terminaré este artículo sin traducir unas cuantas líneas de una "exquisita" escritora de mediados del pasado siglo.

Escribiendo á Barbey d'Aurebilly dice Eugenia de Guérin á propósito de su hermano Mauricio, el célebre poeta autor del "Centaurio": "Siempre he buscado una amistad sólida y tal que sólo la muerte pueda derribarla: dicha y desdicha que me tocó en suerte con la amistad de mi hermano Mauricio. Ninguna mujer (ninguna amiga) pudo ni podrá reemplazarlo. Ninguna aún la más distinguida, pudo ni podrá ofrecerme esa vinculación de inteligencia é inclinaciones, esa relación amplia, unida y sostenida. Nada de fijo, de duradero y vital en los sentimientos de las mujeres. Sus mútuas amistades no son sino bonitos lazos de cintas. Adviertolos, esos cariños sin substancias, en todas las amigas. ¿No podemos pues amarnos unas á otras sino así?... Pierdo la paciencia cuando pienso en ello y cuando veo que vosotros tenéis algo de que carecemos nosotras..." ("Revue des Deux Mondes". 15 de Noviembre de 1909. Pág. 419-420)...

Así pensaba Eugenia de Guérin... Pero en aquellos tiempos, 1841, nadie soñaba con el feminismo...

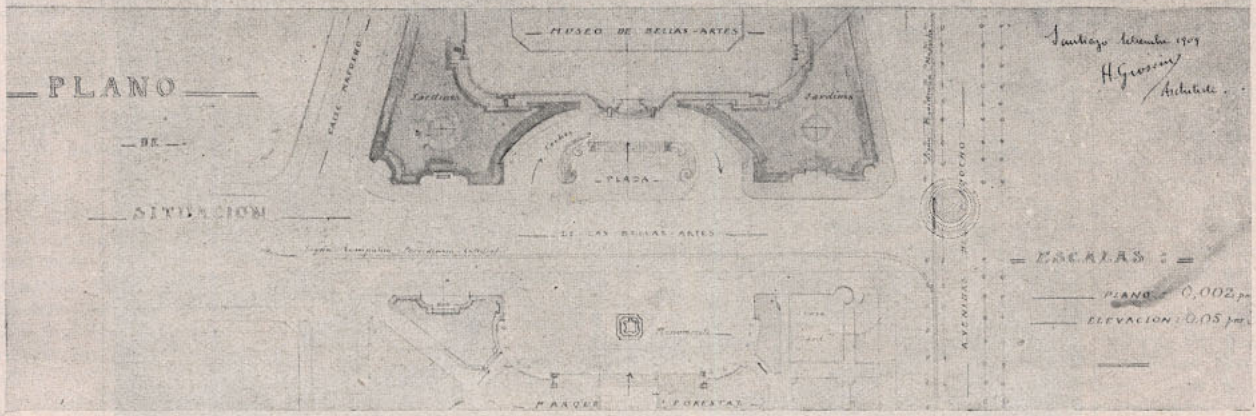
OMER EMETH



LABERINTO DE BARCELONA.—Cuadro de Santiago Rusiñol.

MONUMENTO

"Las Bellas-Artes glorificando"
 — 1810 — la República — 1910 —



Proyecto del monumento de la Colonia Francesa para el Centenario



CAMPO, PLAYA

EMBALAJE Y CONDUCCION GRATIS

Provisiones, Conservas, Licores finos. Por mayor descuento 5 por ciento. Toda mercadería puesta libre estación Alameda.

Importadores HAYES y Co.
CALLE ESTADO ESQ. AGUSTINAS
Casilla número 6



No se necesita ser un Morgan para convertirse en un hombre elegante. Basta estar bien enterado de donde le conviene hacer sus compras. Nosotros le ofrecemos artículos de novedad y de buen gusto, y le garantizamos que ha de gastar 50% menos y comprará artículos Superiores por todos conceptos :: ::



Saetería, Popa Hecha, Camisería y Sombrerería

La Matritense

ESTADO 98 esq. MONEDA

GARCIA y PALACIO



TE DEMONIO

ES EL MEJOR

OLIVER

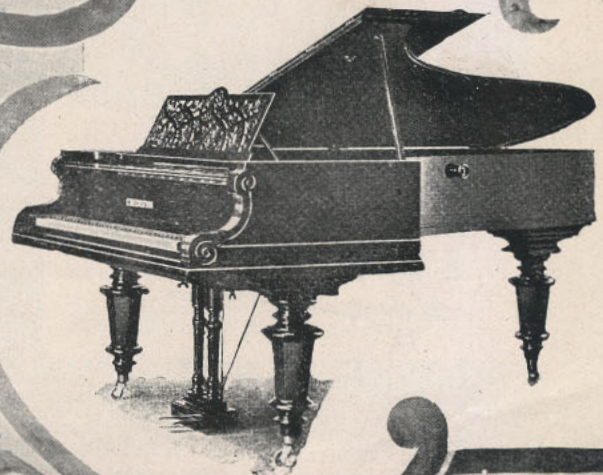


THE OLIVER STANDARD VISIBLE WRITER No. 3



PIANOS

Steinway & Sons, C. Bechstein, R. Ibach Sohn, C. Ronisch, Schiedmayer & Sohne, Gebr. Perzina, E. Rubinstein, J. Pfeiffer, P. Görs & Kallmann ::
Universalmente apreciados por su EXCELENTE VOZ Y GRAN DURACION



Existencia permanente de 250 Pianos á la VISTA EN NUESTROS ALMACENES EN VALPARAISO, SANTIAGO Y CONCEPCION

C. KIRSINGER & Co.

Depósito en Santiago:

ADOLFO CONRADO, Estado 375

VALPARAISO

Depósito en Concepción:

ADOLFO STEGMANN

El mejor locador automático de piano LA FONOLA - LA CONTINENTAL. Máquina de Escribir. de escritura muy visible

Cosme Vitagliano y C^a
 Importadores de Casimires
 Perú — Chile — Ecuador
 Valparaíso Santiago
 168, Victoria, 168 III. Estado, 111
 Siempre nuevos arribes.
 Esta casa tiene las mas altas novedades en Casimires Ingleses.
 Constantemente enorme surtido.
 Ventas por mayor y menor a precio sin competencia III. Estado, 111
 casi esquina Alameda

Casa Grain Band
 Importadora de
 Gramófonos y Fonógrafos
 de las principales marcas del mundo. Discos cantados por los principales artistas del mundo.

 909, Huérfanos, 909

Lasreria L. Correa

 Recibe constantemente las ultimas novedades directamente de Londres.
 Especialidad en obras de lujo.
 Catedral, 1285

puede Ud decir que
 donde Riddel
 encontrarán el
 mejor surtido para
 Senoras, Caballeros
 y Niños.
 266, Estado, 266


Agua de Colonia de Flores
 A tres pesos litro, media botella un peso 50¢

 Quince mil litros de produccion al año.
 No fué enviada a ninguna Exposición.
Agua de Colonia tipo Atkinson
 Un peso frasco, tres frascos por dos pesos 50¢
 Laboratorio Perez Barahona
 Portal Fernandez Concha, 913 - Casilla N.º 2146 - Santiago

La Malla Pouget
 Ultima creacion de la Maison Pouget.


La Pelojeria y Joyeria
 de
 José Huber y Cia
 está a disposicion del público.
 323, Ahumada, 323
 al lado del Hotel Ocho

SELECTA

Revista Mensual
 A. fística

Editada por la
 Empresa "Zig-Zag"

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

UN AÑO.....	\$ 10.00
SEIS MESES.....	5.50
NUMERO SUELTO.....	1.00



Apasionado de perfum
 trovo tra n più soardi
 soavisimi quelli
 della casa Bertella

J. Schinazzari
 Salparaiso

**TÉ
 SANTA
 FILOMENA**

TÉ
 SANTA
 FILOMENA

*El mejor de los
 tées que se
 conoce.*

MUEBLES!

LOS
 MEJORES
 EN
 CALIDAD
 Y PRECIOS
 LOS HALLARÁ UD.
 EN LA
**CASA
 BRESCIANI**

47, ESTADO, 47

**PASTILLAS
 DR. COMAS
 ESTOMACALES**

PASTILLAS ESTOMACALES
 del DR. COMAS

Curación radical de las enfermedades del estómago, intestinos, hígado y riñones.—Se vende en todas las Droguerías y Boticas.

Agente por mayor
P. PEREZ BARAHONA
 Portal Fernandez Concha, 918. Casilla, 2146
 Santiago

Unico importador para América, **DOMINGO FIGUERAS**, Santiago-Valparaiso.

E.D.



“SELECTA”

Sumario correspondiente á Marzo de 1910

	Pags.		Pags.
HECHOS Y NOTAS, L. Orrego L.....	384	RETRATO DE JUAN LORENZO BERNINI, por Bac- ciccia	403
ROSA, Wini.....	385	APOLO Y DAFNE, por Bernini.....	403
LOS LIRICOS Y LOS EPICOS, Miguél Luis Rocuant..	387	SANTA TERESA, por Bernini.....	404
FILOSOFIA OPTIMISTA.....	400	BUSTO EN MARMOL DE FRANCISCO 1.º DE ESTE, por Bernini	405
EL CABALLERO BERNINI.....	403	MONUMENTO DEL PAPA ALEJANDRO VII, por Ber- nini	406
LAS JOVENES EN EL JARDIN, René Boylesve.....	407	LA AMAZONA, dibujo de Harrison Fischer.....	411
CHARLA, Carlos Luis Hübner.....	410	GOURMANDISE, M. Chrétieu.....	412
FLORES MARCHITAS, Rosa Hochstetter.....	412	ARISTOCRATAS Y PLEBEYOS, Lucy E. Kemp-Welch	413
GAMBETTA	415	LOS ORDENANZAS, E. Meissonier.....	414
CUADROS DE CONTROVERSIA, Hon. John Collier..	417	PRIMAVERA, fotografía.....	416
LOS CUENTOS DE ANDERSEN, Amanda Labarca Hu- bertson	420	LAS NODRIZAS, E. D. Etcheverry.....	417
LA CASA DE LA SEÑORITA MARIPOSA, José Zaho- nero	422	LAS VICTIMAS DEL MAREO.....	418
FEDERICO CHOPIN, Prof. Edmundo Georgi.....	424	TOCADORA ESPAÑOLA, Villegas.....	418
WILLIAM JENINGS BRYAN.....	425	LOS GATOS EN LA COCINA, L. Huber.....	419
PARIS	427	LOS CUENTOS DE ANDERSEN, dibujo.....	420
		RETRATO DE MR. BRYAN.....	425
		VISTAS DE PARIS.....	427

GRABADOS

ROSA, ilustraciones de P. Subercaseaux.....	385
EDUARDO DE LA BARRA, retrato.....	388
AL ANCLA, cuadro de Stanhope.....	400
EL TE EN LA TERRAZA, J. M. Avy.....	401
UN VIRTUOSO, dibujo de León Guipón.....	402
BUENA PIPA, dibujo de P. Renouard.....	402

GRABADOS EN COLORES

EL BOSQUE SILENCIOSO, cuadro de Eduardo Ru- disuhli	383
LAS JOVENES EN EL JARDIN, ilustraciones de Lelong	407
Mme. RECAMIER, por David.....	423